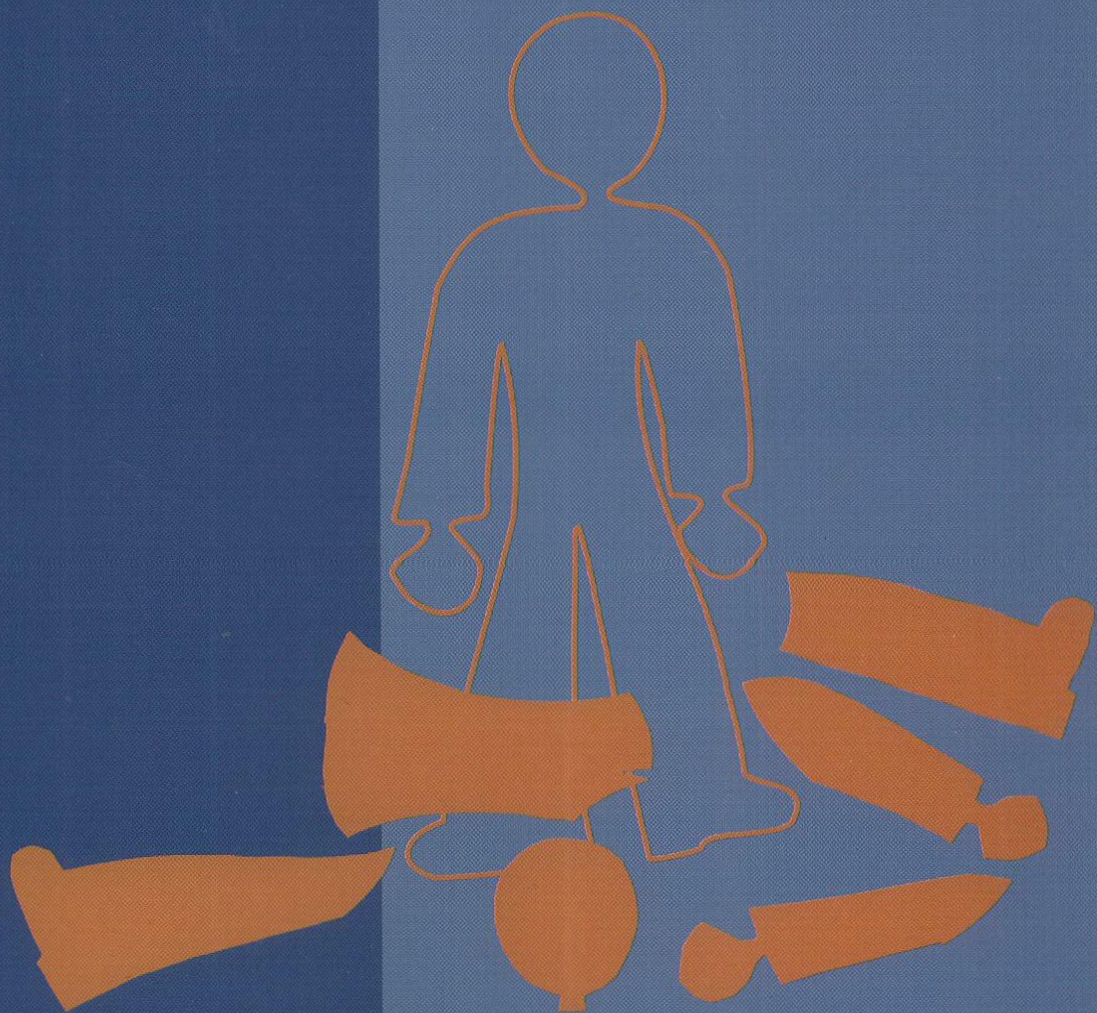


María Clemencia Castro

Transgresión, Goce y Profanación

Contribuciones desde el Psicoanálisis
al estudio de la violencia y la guerra



Transgresión, Goce y Profanación

Contribuciones desde el Psicoanálisis
al estudio de la violencia y la guerra

María Clemencia Castro

Transgresión, Goce y Profanación

Contribuciones desde el Psicoanálisis
al estudio de la violencia y la guerra



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

Serie Psicología Social

Primera edición:

Abril de 2005

© María Clemencia Castro

mccastrov@unal.edu.co

© Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Departamento de Psicología

www.humanas.unal.edu.co/psicología

Decano Facultad de Ciencias Humanas

Germán Meléndez Acuña

Vicedecana Académica

Olga Restrepo Forero

Director Departamento de Psicología

Juan Guerrero

ISBN: 988-8063-29-9

Diseño y diagramación:

Julián R. Hernández R.

gothsimagenes@yahoo.es

Impresión y encuadernación:

Medios Gráficos

Tel: 2682472

Distribución:

Unibiblos - Ciudad Universitaria

Librería, Torre de Enfermería

Tels: 368 14 37,

316 5000 exts. 19 645, 19 647.

Siglo del Hombre Editores

Cra. 32 N° 25- 46

Tels: 337 77 00 - 368 73 82

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Prólogo	7
Introducción	15
Primera parte	
De la violencia	19
1. Acercamiento a la violencia: un recorrido de varios giros	21
• De la banalidad y otros destinos	21
• Los recorridos del significante	24
- Una exploración etimológica	25
- Las lenguas derivadas del Latín	27
• De la violencia y lo social	29
• Avances en la vía de una elaboración psicoanalítica	33
2. La noción de violencia en Lacan	41
• El término <i>violencia</i> en Lacan	41
• La violencia y la palabra	43
• La violencia y el significante	46
• Entre la agresividad y la pulsión	49
• La violencia como acto	50
• Violencia y función paterna	53
• La violencia, el deseo y el objeto	54

• La violencia del deseo	58
• La violencia, el cuerpo y la pulsión	60
• A modo de síntesis	61

Segunda parte

De la guerra	65
---------------------	----

1. Los psicoanalistas y la guerra	67
--	----

2. Lacan y la guerra	82
-----------------------------	----

• Preliminares	82
• La guerra y las producciones	87
• El colectivo militar y la guerra	88
• El odio y la guerra	89
• La dialéctica de la mirada	91
• De la guerra y el camuflaje	93
• La teoría de los juegos	93
• El objeto y el cuerpo	94
• La guerra y su nervadura significativa	95
• El acto y la muerte	97
• Motivos y razones	98
• La guerra y el pacto	101
• Los efectos de la guerra	102

3. Lacan y Clausewitz	105
------------------------------	-----

4. De la guerra y su fin	115
---------------------------------	-----

• Aproximaciones	115
• Una elección y un posicionamiento	118
• Entre la vida y la muerte	123
• La guerra y su violencia	125
• De la guerra y su final	130

Bibliografía	135
---------------------	-----

Prólogo

Con esta obra la autora nos invita a realizar un recorrido transitado por ella, exploración que toma dos vías distintas cuyas diferencias y particularidades están determinadas por los conceptos a examinar: la *violencia* y la *guerra*. Son campos entrelazados a través de redes que los conectan pero cada uno con su cause definido, no sólo por su propia especificidad, sino también por el trazado diverso, organizado para cada cual en el presente trabajo.

El derrotero forjado para la noción de *violencia* lo suscita el deseo de la autora de precisar la significación del término, sus relaciones, asociaciones y giros significantes en la búsqueda de establecer su punto nodal, estructural, para superar la trivialización en la cual ha caído el concepto por la amplitud de fenómenos que designa y por la expansión de su uso. También, de modo cuidadoso, la autora escudriña en la obra de Jacques Lacan los usos y los contextos donde hace presencia el término violencia para analizar las significaciones dadas por él a este concepto.

El abordaje de la noción de violencia desde la etimología en diferentes lenguas y el rastreo de su devenir en las Ciencias Sociales y en el Psicoanálisis, permite resaltar algunos puntos esenciales, develando el carácter paradójal que encierra esta dimensión de lo humano. Los puntos a destacar son: 1. La violencia como fundamento constante

de lo social formado por dos realidades opuestas: la fuerza de la destrucción y la fuerza del empuje vital, dimensiones inseparables pero con posibilidad de disociarse o de arrebatar uno de sus extremos, situándose el mayor estrago en el sujeto o en lo social cuando se intensifica la dimensión aniquiladora. 2. La violencia referida a la fuerza que mantiene el ordenamiento de lo humano, al poder regulador de la Ley y de los pactos y, de igual modo, a su transgresión, implicando ante todo la profanación “del vínculo social, de lo sexual, del cuerpo y de lo sacro”. 3. La presencia permanente de algunos elementos que constituyen un nudo: “el significante, el acto y la huella”, a los cuales puede agregárseles “el sentido”, elementos que en su articulación permiten hablar de un nudo borromeo de la violencia. El significante introduce la dimensión simbólica de la violencia; el acto y la huella dan cuenta del movimiento y de los efectos en lo real del cuerpo de un sujeto o del cuerpo social; y el sentido despliega el carácter imaginario en juego. Estos son aspectos que a la vez se entrelazan con el goce, real siempre presente en esos actos, y con el Otro en su faz ordenadora, pero también en su faz mortífera que escapa al mandato pacificante.

Seguir la pista en la obra de Lacan del uso dado al término violencia, permite reconocer su variada aplicación. Se ubica el empleo de este término ante todo como adjetivo para calificar diversos fenómenos o para exponer algunas de sus características, también se encuentra su uso como nombre denotando realidades humanas y formas de relación o de actos. Así, es un término que modula diversas elaboraciones psicoanalíticas. Sin embargo, nos dice la autora, es una noción “bastarda” por no alcanzar a situarse como concepto psicoanalítico.

En su uso tan diverso se reconoce una no univocidad tal, que aparece en ocasiones señalando aspectos contra-

dictorios con respecto a cómo podría situarse o definirse la violencia. El seguimiento emprendido le ha permitido a la autora puntualizar algunas categorizaciones que organizan el carácter comprometido en la significación del nexo de la violencia con ciertas dimensiones de lo humano y con algunos conceptos psicoanalíticos. Ese ordenamiento da forma a los diversos apartados contemplados en el segundo capítulo del trabajo.

En el análisis que realiza la autora de los diversos usos dados por Lacan a la violencia, se destaca la violencia más allá del instinto para ser situada como característica ante todo humana. La violencia hace frontera con lo no simbolizable dejándose ver como un punto de real anclado en lo imaginario y en lo simbólico. Está allí, opuesta a la palabra, donde la palabra declina o donde la palabra opera, ante todo, orientada al otro más desde lo imaginario que desde la dimensión simbólica. A la vez, lo simbólico con todo su poder, en tanto palabra, significante o ley, porta la violencia, dejando ver el ímpetu aplastante de lo simbólico en su inscripción en el lazo social y en el inconsciente, que como letra organiza al sujeto y a los colectivos, sometiendo también al goce y la filiación a ese dominio. Por otra parte, se reconoce la presencia de la violencia allí donde la lógica se hace insuficiente, es decir, en los límites de la organización social, de la institución y, por ende, de la religión, dejando ver cómo la violencia opera y se sitúa como fundamento de lo sagrado en el hombre.

La violencia aparece entonces como “perenne sustrato del vínculo humano”; está ahí en lo subjetivo y en lo social, de modos diversos, a veces como puro real, en otros momentos en su despliegue imaginario, cuando en los vínculos prima lo especular con la rivalidad y la agresividad concomitantes, y también aparece ante el imperativo y la fuerza

ordenadora de lo simbólico. Este reconocimiento permite articular lo encontrado a través de la indagación etimológica del término violencia, dejando ver esas facetas opuestas y necesarias de lo vital y lo mortífero, de la fuerza que produce y ordena la vida y de aquella que la aniquila.

Además de ese nexo de la violencia con la palabra, con el significante y con la ley, ésta aparece ligada al acto, a la agresividad, al cuerpo, a la pulsión, al deseo y al objeto. Una vertiente que anuda la violencia con el acto involucra al fantasma, al evocar la escena en que el semejante es golpeado, es despreciado, es odiado para transformar luego el valor de ese acto a través de un cambio de sentido y de protagonista, a partir del cual ese golpe es signo de amor del Otro proferido al sujeto.

Desde otra perspectiva se vincula la violencia con el acto, con el cuerpo y su inevitable relación con la pulsión quedando situada del lado del masoquismo y del sadismo como formas que dan cuenta de la erogenización de los actos de daño al cuerpo propio y al cuerpo del semejante, con su cuota de goce, de dominio y de reducción del sujeto a puro objeto. Desde la perspectiva del cuerpo, también aparece la violencia ligada a lo sexual, a su furor y desmesura; así mismo, a aquellos actos que mediados por el odio aniquilan, dejando la vía abierta a la crueldad excesiva.

Con respecto a la agresión humana la violencia se presenta como algo esencial, a la vez que se plantea no equiparable; pues la agresividad en su vertiente de intención puede reprimirse, mientras que la violencia, no asimilada por lo simbólico, no es susceptible de la represión. De esa forma, en su relación con la agresividad, la violencia parece quedar más ligada a su dimensión de tendencia, es decir, a aquello que la acerca a la pulsión de muerte.

Otro apartado organizado en el trabajo atañe a la violencia en relación con el deseo y el objeto. Se señalan los desarrollos de Lacan referidos al aspecto constitutivo del “deseo como deseo del Otro”, a partir del cual se expande la violencia cuando se despliega de modo privilegiado lo especular, sin mediación simbólica, quedando reducido el sujeto a mero objeto para el Otro, punto crucial en la angustia y en el desarrollo de la violencia. En otro sentido se señala cómo en la relación del ser humano con los objetos y los bienes, estos se constituyen en un foco de violencia y de malestar. Así mismo, para indicar la fuerza cautivante del deseo anudada a la fascinación especular del Otro como ideal y como significante, hay en Lacan un recurso a la violencia del deseo, dejando ver la imbricación en juego de lo vital y lo mortífero.

El recorrido por el tema de la violencia da paso a otro campo, al de la *guerra*, “esa majestuosa creación destructora que se erige como paradójica ilustración de lo humano”, tema que constituye la segunda parte del libro.

Inicialmente se presenta la relación de psicoanalistas y del psicoanálisis con la guerra, señalando campos de práctica y temáticas que en nexos con la guerra y sus efectos han permitido variados desarrollos teóricos. Podría situarse este apartado como una especie de estado del arte con respecto a los movimientos, acciones y reflexiones que ha propiciado la guerra en algunos psicoanalistas, quienes de diversos modos se han visto involucrados o, por lo menos, interpelados por las acciones bélicas y las consecuencias que éstas acarrearán. Así, las neurosis de guerra, el trauma, los síntomas como la fobia, son abordados en este capítulo por cuanto son secuelas de la guerra en los combatientes, campo inicial enfrentado por los psicoanalistas. Las posturas iniciales de los psicoanalistas y las elaboraciones más actuales se indican a lo largo del capítulo, dejando ver cómo

todos estos desarrollos tienen su punto de partida en los trabajos inaugurales de Freud sobre el tema. Se expone la amplitud del campo que enlaza la guerra con la violencia, teniendo en cuenta que en la guerra se vive de modo pleno la violencia, al permitírsele su despliegue con todo su furor. Así, la tortura, las migraciones, el desplazamiento, la segregación, el holocausto y el terrorismo, entre otros, son temas de los que se han ocupado los psicoanalistas.

La autora nos presenta luego, el vínculo de Lacan con la guerra, conexión que en él fue escasa a pesar de haber vivido “entre-dos-guerras”. Es un tema sobre el cual el psicoanalista francés teorizó poco, de modo directo, para dilucidar algunas de sus características, pero con cierta insistencia aparece en su obra la alusión a la guerra a propósito del análisis de diversos aspectos de la condición humana y de los vínculos sociales. Este trabajo examina las referencias hechas por Lacan a la guerra, señala su contexto y hace uso del aporte del psicoanalista buscando hacer precisiones y abrir caminos exploratorios para la comprensión y explicación de la dinámica de la guerra, de sus lógicas y de su ética en relación con el sujeto y sus pasiones, con los colectivos y sus efectos en lo social. La guerra y sus producciones, la guerra como acto y su relación con la muerte y con el pacto, el lugar del sujeto y de su cuerpo como objeto entregado al sacrificio, son algunos de los temas que organizan el análisis.

Un tercer apartado de la segunda parte del texto está dedicado al estudio de las referencias de Lacan a la teoría de Karl von Clausewitz, el gran teórico de la guerra, planteamientos de los cuales Lacan se sirve para la reflexión de algunos aspectos principalmente clínicos. Al ubicar estos puntos, la autora explicita algunos de los elementos fundamentales que definen y caracterizan la guerra, reconociéndola como una actividad exclusivamente humana que

busca resolver conflictos a través de un intercambio en lo real, exacerbado de violencia, es decir, repleto de transgresiones, de destrucción, de excesos, de actos de profanación y de barbarie, implicando el cuerpo, el derramamiento de sangre y la muerte. A la vez, es un intercambio pleno de poderío y de vitalidad.

Al situar la guerra como acto, se expone el compromiso del sujeto participante en su complacencia mortífera, siendo este goce aquello esencial que se juega en la guerra, más allá de toda razón política o económica; y aunque el objeto en disputa es motivo de violencia e interviene como causa de la guerra, éste remite a otro objeto más primitivo, aquel perdido de modo irrevocable que como *objeto a* es correlativo al goce.

El recorrido termina con una lúcida reflexión de la autora sobre la guerra y su fin, análisis que involucra las diversas resonancias que la expresión evoca. El capítulo abarca el examen de diversos temas que la guerra en su complejidad envuelve: los motivos que movilizan al sujeto para su elección por un colectivo y el actuar guerrero; el espíritu enaltecido de cuerpo del colectivo guerrero con sus insignias, ordenamientos y vínculos de fraternidad y de segregación; la fascinación por el arma y por el desafío a la muerte; la función del ideal y de la causa con sus efectos de supresión de responsabilidades y remordimientos, también como imperativo mortífero y superyoico donde el deber sustituye al deseo; el poderío, la exaltación y el paroxismo producido por la guerra, asunto que conlleva el arrebató y radicalización de las pasiones y los sentimientos, a la vez que empuja a la heroicidad, al sacrificio y a la destrucción del semejante. En el festín de la guerra como en toda fiesta hay transgresión y subversión, se trastoca lo profano y lo sagrado, se reconfigura la ética y la moral; pero es el festín de la muerte y de la sangre: son éstas sus invitadas principales.

Al presentar esta obra reconozco su alcance, no solamente porque se constituye en una herramienta importante para los estudiosos del tema de la violencia y de la guerra, sino también por el valor de las reflexiones y los anudamientos que introduce. Por otra parte, se destaca la laboriosidad en la pesquisa de los conceptos y de los estudios señalados, así como su concienzudo análisis, logrando una construcción inédita y singular de la cual nos hace partícipes la autora.

Este valioso trabajo es uno de los productos del Proyecto *“El cuerpo y el goce. Su anudamiento con la violencia y la guerra”*, investigación que cursa apoyada por la División de Investigaciones de la Universidad Nacional de Colombia (DIB), en la cual participo como coinvestigadora. Su elaboración enriquece el examen de la temática concernida y da vigor a la línea de investigación *Psicoanálisis, Violencia y Guerra*, inscrita en el Grupo de Investigación Psicoanálisis y Sociedad de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura.

Agradezco a María Clemencia por este texto que nos comparte y por permitirme presentarlo a Ustedes, amables lectores.

Carmen Lucía Díaz L.

Psicoanalista
Profesora de la Escuela de Estudios en
Psicoanálisis y Cultura
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

Introducción

El trabajo que aquí se presenta es un nuevo desarrollo en la línea de investigación nominada Psicoanálisis, violencia y guerra. Las elaboraciones anteriores estuvieron orientadas durante un largo trecho por la pregunta sobre las lógicas de la subjetividad en la elección por la vía guerrillera y en el paso a la vida civil. Esa exploración a profundidad llevó a un primer acercamiento al asunto de la violencia y de la guerra, dejándolo abierto para posteriores indagaciones.

A partir de allí, la labor investigativa se ha orientado a interrogar específicamente el tema de la violencia y la guerra. Pero, en tanto la pregunta es planteada desde una perspectiva psicoanalítica, conlleva a un descentramiento con respecto al fenómeno social y conmina a interpelar, en lo específico, por la subjetividad implicada. Así, los nuevos derroteros de la investigación apuntan a explorar sobre el goce y el cuerpo y su anudamiento en la violencia y la guerra, encaminando a dilucidar acerca de la erótica de la guerra. En ese ámbito, encuentra su lugar el presente trabajo.¹

¹ Versión inicial de este trabajo fue aprobada para optar a la categoría de Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia.

Como un momento de este nuevo recorrido se ha encontrado pertinente detenerse a escudriñar los planteamientos formulados desde el psicoanálisis sobre la violencia y sobre la guerra, considerando de especial interés la exploración de los enunciados por parte de Jacques Lacan. La vuelta hacia otros autores permite contrastar los posicionamientos y esclarecer la especificidad del campo que una aproximación psicoanalítica inaugura.

En varias ocasiones de su enseñanza Lacan alude al tema de la guerra y, en otras, a un punto que le es central, la violencia. El seguimiento realizado en su obra tiene el valor de precisar dentro de ella el recurso a la noción de violencia y su acercamiento al asunto de la guerra en sus alcances precisos y esquivos.

Son recorridos que interesa seguir en su particularidad, a sabiendas de lo enigmática que es la escritura de Lacan y, por ende, lo compleja que es siempre su lectura. El presente es un primer avance en un empeño inédito, el cual podrá retomarse por otros para derivar nuevos rendimientos.

La incursión de Lacan en el tema de la violencia devela su función estructurante articulada a la palabra y así mismo su problemática referida a los actos de destrucción del semejante. Al seguir de manera particular los aportes al esclarecimiento de lo que se pone en juego en la guerra, ese escenario del cual nunca se sale incólume, es posible explorar también acerca de su anudamiento con la violencia.

Otros aportes y productos se han logrado por la vía de una elaboración que pone a operar los conceptos introducidos por Freud y Lacan en la teoría psicoanalítica, avanzando en el desciframiento del ámbito de la subjetividad, como propio de la indagación desde el psicoanálisis.

En su escritura, el texto que se presenta se deja llevar en cada capítulo por ritmos y modos distintos acordes al tema, al material que le sirve de soporte y al carácter específico de la indagación. De ahí una cierta libertad que redundará en la variedad a propósito de su estilo.

El texto consta de dos partes, cada una de las cuales tiene su propia estructura y cierta independencia en su desarrollo temático. La primera parte se ocupa del tema de la violencia y consta de dos apartados. En un primer momento se sigue al signifiante en su discurrir en lo social, dando paso a explorarlo en el lenguaje y procediendo luego a un acercamiento que esboza algunas elaboraciones en las ciencias sociales. Este momento introductorio tiene como propósito situar ciertas problemáticas a partir de las cuales se plantean algunos avances para la dilucidación de la violencia desde el psicoanálisis. En un segundo momento se adelanta un recorrido pormenorizado por los planteamientos de Lacan acerca de la violencia. Con fines expositivos, el material se ordena alrededor de algunos conceptos y nociones del psicoanálisis, lo cual permite develar las contribuciones de Lacan al tema en cuestión y, así mismo, dilucidar acerca de su articulación con la teoría psicoanalítica.

La segunda parte del trabajo se ocupa de la guerra. Inicialmente se revisan los acercamientos al tema por los psicoanalistas para puntuar la pregunta que ha organizado sus elaboraciones. Se procede luego a explorar los enunciados de Lacan acerca de la guerra. Sus formulaciones, expresadas en momentos muy disímiles de su elaboración teórica, si bien son puntuales en su escritura, permiten advertir multiplicidad de articulaciones en la dimensión subjetiva. Para examinar sus aportes al tema de la guerra, el trabajo se detiene también en el análisis de sus referencias al teórico de la guerra Karl von Clausewitz. Por último,

a propósito del fin de la guerra, se avanza en el desciframiento de las lógicas de la subjetividad implicada en la contienda bélica; es éste un momento conclusivo del trabajo que permite una nueva vuelta para discernir sobre la guerra y su violencia y, así mismo, para preguntar por las vicisitudes de su final.

Primera Parte

De la violencia

1. Acercamiento a la violencia: un recorrido de varios giros^{*}

De la banalidad y otros destinos

La exploración sobre el tema de la violencia en el campo de la investigación social sugiere una amplitud del fenómeno y, así mismo, la proliferación de intentos por abordarlo. Su alcance involucra contextos y actuaciones muy disímiles que invitan a rastrearlo en la diversidad de formas que adquiere su expresión. Pero, en una búsqueda de dilucidación acerca de su especificidad, no es fácil hacerle un seguimiento a este término en sus extensos usos conocidos contemporáneamente.

Con Hannah Arendt¹ puede constatarse que el término *violencia* hace presencia tardía en ciertos ámbitos. Por ejemplo, aún no está incluido en la edición de la Enciclopedia

^{*} Un primer avance de este apartado enriqueció el comentario a la investigación “Estado del arte de los estudios sobre violencia y subjetividad”, presentado en el Seminario Nacional de Violencia realizado en Medellín a finales del año 2000 y cuyas memorias fueron publicadas posteriormente. Por considerar que el contenido central es de particular relevancia para el tema tratado en el presente trabajo, se decidió tomarlo como punto de partida procediendo a su reelaboración, dando una nueva dimensión al material que se encontraba subsumido en el comentario original y planteando nuevos anudamientos.

¹ Hannah Arendt. *Sobre la violencia*. México, Ed. Joaquín Motriz, 1970.

Internacional de Ciencias Sociales de 1968.² Según esta autora, la violencia se da por supuesta y por consiguiente “nadie examina lo que es obvio para todo el mundo”.³

Ives Michaud,⁴ por su parte, sugiere que se habla mucho de violencia, configurando, según él, una “moda” que toma vuelo a finales de la década del 60, “como si lo que siempre constituyó la fatalidad de la historia hiciera por fin su aparición bajo un nombre claro”.⁵ Tras ese rótulo de violencia se alberga, “... una mezcla: terrorismo, policía, tortura, criminalidad, guerra, agresividad”.⁶ Con el paso del tiempo, muchos otros fenómenos se asocian al vocablo, tales como, bandas, sicariato, rebelión, subversión, segregación, secuestro, desaparición, desplazamiento, en una lista que podría seguirse con múltiples expresiones contemporáneas.

A la violencia también se acude para nombrar una temporalidad. Cabe recordar que con este término fue llamada una época de la historia de Colombia, *la Violencia*, comprendida entre la mitad de la década de los 40 y la mitad de los años 60.⁷

A las formas de lo público, a las manifestaciones de lo político, se coligan unas expresiones más recientemente enunciadas, aquellas propias de la cotidianidad, de lo íntimo, también heterogéneas. En esta vía se inauguran estudios que exploran la violencia en el ámbito doméstico, la

² David Sills (Director). *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*. Madrid, Aguilar, 1977 (ed. original, 1968).

³ Hannah Arendt. *Op. Cit.*, p. 13.

⁴ Ives Michaud. *Violencia y la política*. Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

⁵ *Idem.* p. 9.

⁶ *Idem.*

⁷ Carlos Miguel Ortiz. “Historiografía de la Violencia”, en: *La historia al final del Milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Vol. 1. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

vida conyugal, la crianza, las instituciones sociales, como la familia y la escuela.

Una mezcla tan dispar de expresiones, desplegada en un abanico sin fin, puede sugerir una aparente polisemia de la violencia, pero también conduce fácilmente a la banalidad del término, pues cuando una palabra adquiere tal grado de generalización pierde su especificidad y debilita su poder explicativo. Su estudio termina convertido en una tipología, en una construcción descriptiva, en un ejercicio inagotable de clasificación, donde siempre podrá encontrarse un nuevo asomo de su presencia polimorfa. Tal como lo enuncian H. Gallo y G. Céspedes, al operar una sumatoria en vez de nutrir la explicación y de dar lugar a “una apertura a la verdad sobre el problema, más bien lo oscurece porque se produce un saber que se acumula y se repite sin consecuencias”.⁸

Así como los diversos estudios intentan explorar la violencia en la diversidad de sus matices que dan cuenta de una pródiga presencia en la vida social, la banalidad del término es también fruto de la proliferación de su uso, pues se acude a éste para enunciar desde las formas más estrafalarias y visibles del actuar, hasta las más opacas y encubiertas;⁹ ondulando de la magnanimidad a la trivialidad, de lo excepcional a lo cotidiano, en sus modalidades físicas y hasta simbólicas.

Las extensivas implicaciones de los participantes en la violencia y los variados tipos de vínculo con ésta, que finalmente involucran a todo miembro del conjunto social, ad-

⁸ Hector Gallo y Gerardo Céspedes. “Estado del arte de los estudios sobre violencia y subjetividad”, en: *Balance de los estudios sobre Violencia en Antioquia*. Medellín, Municipio de Medellín y Universidad de Antioquia, 2000, p. 22.

⁹ Daniel Pécaut. “De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano”, en: *Controversia*, segunda etapa, No. 171. Bogotá, diciembre, 1997.

vierten también sobre la complejidad del problema y la vacuidad del término. A unos se los descifra comprometidos en la actuación protagónica, a los otros, involucrados en las complicidades y las indiferencias, en los modos diversos de consentimiento, y aún en la más sutil tolerancia. Esto esclarece acerca del desvanecimiento de los límites entre actores, espectadores y afectados, y lleva a desdibujar los intentos de organizar el asunto en una simple dicotomía de víctimas y victimarios.

El acercamiento a los usos que de la violencia se hacen, aún en su vaguedad, orienta a preguntar también por aquello que está en su trasfondo y a lo cual estos usos pueden aludir unívocamente. En esta perspectiva, la problemática hasta aquí expuesta hace conveniente que la investigación sobre la violencia recurra a nuevas vías que permitan progresar en su elucidación.

Los recodos del significante

El significante es la unidad constitutiva del orden simbólico y campo privilegiado del psicoanálisis por cuanto su efecto sobre el sujeto constituye el inconsciente. Más aún, es en el encadenamiento significativo que surge el sujeto. El planteamiento de Jacques Lacan de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje da pie a una exploración de particular relevancia para el psicoanálisis, organizando con ello un modo de trabajo que compromete a remitirse al lenguaje como aquello que crea la realidad inconsciente.

Aún reconociendo que en la organización inconsciente se privilegian los efectos del significante, el análisis de las significaciones puede tomar relevancia en ciertos momentos. Es así como Freud, por ejemplo, a propósito del estudio sobre lo ominoso, advierte acerca de la polisemia de

las palabras y muestra el valor de la indagación etimológica y del acercamiento a las lenguas, animando a escudriñar el “núcleo que justifica su empleo”,¹⁰ es decir, aquello que se sedimenta en su significado. Por esa senda, Freud se orienta hacia el desciframiento de la paradoja albergada en un significante.

En esa perspectiva, y siguiendo el camino abierto por Freud, para avanzar en la indagación sobre la violencia cabe adelantar un recorrido etimológico y un examen en las lenguas. En este sentido, una pesquisa minuciosa permitirá explorar los alcances del significante y rastrear algunas vías que se abren a partir de la resonancia del mismo, bordeando con ello su especificidad.

Una exploración etimológica

Como una primera precisión puede establecerse que la palabra *violencia* deriva del latín *violentia*, que significa violencia, carácter violento o impetuoso, ferocidad, fogosidad, fuerza violenta, crueldad.

El vocablo *violencia* tiene su nexo con las palabras *violento*, *violentar* y *violar*, con las cuales posee la raíz latina común, *vis (vouis)*, que significa fuerza, referida en particular a fuerza aplicada sobre alguien o algo, es decir, fuerza usada con violencia.

El primer uso de la palabra latina *violentia* se encuentra como realidad física, como fuerza física. Su empleo aplicado a la realidad “moral” es un significado posterior, por extensión o, puede decirse, una utilización metafórica. Aquí queda anticipada una distinción entre violencia material o física y aquella otra que llegará a formalizarse como simbólica.

¹⁰ Sigmund Freud. “Lo ominoso”. *Obras Completas*. Tomo XVII. Buenos Aires, Amorrorrtu, 1976, p. 219.

Así mismo, se halla que el sentido de destrucción y de muerte no está presente propiamente en la semántica de la palabra y podría enunciarse, entonces, más como una consecuencia o como un recurso por asociación. La incursión en el griego y en el sánscrito da nuevas luces sobre el particular.

La palabra correspondiente en el griego es *ισωωισ*, que significa fuerza. Es una palabra poco empleada que no tiene la connotación de fuerza aplicada contra otro. Para esta acepción es necesario recurrir en el griego a otra palabra, *βια*, que significa fuerza, violencia y que posee una raíz distinta (*βι*).

La palabra latina *vis* y la griega *ισωωισ* tienen su equivalente en el sánscrito *váyah* (*vay-as*) que tiene el sentido de fuerza. Todas estas poseen una raíz común en lengua indoeuropea, *wi*, que significa fuerza.¹¹

Es preciso destacar que en sánscrito la palabra *váyah* es también fuerza vital. Por su parte, *vis* (del latín) significa así mismo vigor, potencia, energía. Pero en latín esta idea se halla más bien en la palabra *robur* que significa fortaleza de ánimo, fuerza o vigor moral. Se advierte, entonces, que es particularmente en el latín (*vis*) donde se introduce el uso en tanto fuerza ejercida sobre persona o cosa. El griego *ωισ* y el sánscrito *váyah* no poseen ese sentido, como sí lo tiene el latín *vis*.

Esta exploración etimológica tiene un especial interés, por cuanto permite dilucidar dos líneas sugestivas que derivan de la misma raíz indoeuropea: una línea que marca el sentido como fuerza vital o vigor y, otra, como fuerza aplicada contra algo o alguien. Se trata de un origen y dos

¹¹ Grandsaignes, d'Hauterive, R. *Dictionnaire de raciness des langues européennes*. Paris, Librairie Larousse, 1948.

destinos que no son ajenos a los desarrollos de Freud sobre la teoría pulsional. Por su parte, Freud despliega la contraposición entre unas pulsiones de vida, como una tendencia a la unidad y a la ligazón, y otras pulsiones de muerte con su ímpetu destructivo; pero este dualismo es reconsiderado luego por Freud, al formular una ineludible conjunción de las pulsiones. Esa distinción pulsional es reelaborada por Lacan pues, según él, la pulsión de vida implica la muerte y la pulsión de muerte, como fundamento del mundo simbólico, es fuente vital en el ser humano. En un momento posterior esclarece que esa distinción alude más propiamente a dos aspectos de la pulsión, pues toda pulsión es sexual y, así mismo, toda pulsión es pulsión de muerte, por cuanto es exceso, repetición y destrucción.

Las lenguas derivadas del latín

Al explorar las lenguas europeas derivadas del latín, esto es, el español, el francés y el italiano, se advierte que en todas ellas la palabra violencia y las asociadas guardan relación sólo con el sentido de fuerza en contra. Eso permite concluir que en estas lenguas queda suspendida en algún punto la acepción de vigor, de fuerza vital. Esta operación efectuada sobre el significante presenta un especial interés para la indagación desde una perspectiva psicoanalítica, pues una supresión en la lengua no queda sin consecuencias. Una de ellas es el acento de la investigación social que apunta especialmente a la violencia asociada a situaciones de forzamiento y rudeza, en su efecto dañino y destructor, dejando de lado aquello propio de la fuerza del empuje vital.

La revisión del término en estas lenguas provenientes del latín, pone en evidencia que sólo en el francés *violence* se encuentra la referencia a la expresión brutal de senti-

mientos, a su efervescencia, a la fuerza brutal de una cosa o fenómeno.¹²

En la lengua española se observan algunas novedades. El *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*¹³ no incluye la palabra *violencia*; sólo se introduce el término *violento*, anotándose su uso inicial en 1570. El *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*,¹⁴ no registra el vocablo *violencia* ni sus asociados.

En el *Diccionario de la lengua española*¹⁵ se define la palabra *violencia* recurriendo a términos asociados: *violento*, *violentar*, *violar*. Eso mismo ocurre con la palabra *violentar*. En los dos casos se hace referencia al sentido de forzamiento o utilización de la fuerza. Pero es una acepción mansa, pues no alcanza a expresar su posible intensidad, a nombrar sus efectos y, menos aún, a anticipar sus estragos. Sólo el término *violento* adquiere cierta connotación de brusquedad o de extraordinaria fuerza, en la definición presentada por María Moliner.¹⁶

En la lengua española, la mayor precisión se introduce a propósito de la palabra *violar*, en cuanto se refiere a actos que comprometen la ley, el acceso carnal y el lugar sagrado. Esta alusión es de especial provecho para la investigación psicoanalítica pues permite dilucidar que están implicados el fundamento del vínculo social, lo sexual, el cuerpo y la sacralidad. De allí que el asunto de la violencia pueda

¹² *Le nouveau petit Robert dictionnaire de la langue française*. Paris, Dictionnaires Le Robert, 1995.

¹³ Joan Corominas. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos, 1983.

¹⁴ R. J. Cuervo. *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.

¹⁵ Real Academia Española. *Diccionario de La lengua Española*. Madrid, Espasa Calpe, 1994.

¹⁶ María Moliner. *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 1994.

ubicarse en la dimensión de la relación humana y su regulación, entrañando el ordenamiento social y los pactos, así como en el cuerpo propio y el cuerpo del otro, anudándose con lo sacro, para decir de lo enigmático investido de poderío, de lo intocable y del límite. Más aún, esto interesa a una aproximación psicoanalítica por cuanto, a propósito de la violencia, quedan colocados en serie la trasgresión, el goce y la profanación.

De la violencia y lo social

Otro camino para la exploración de la violencia concierne a interrogarla como acto y como representación, a propósito de la configuración de lo social y de su devenir. Desde finales del siglo XIX, muy diversos autores han advertido sobre la fisura de lo social que hace su emergencia cuando el Estado pierde la capacidad de erigirse como organizador y regulador, como avalista de los derechos colectivos, es decir, como instancia legítima. Con ello se pone en evidencia la fractura de lo social, que en su expresión elocuente da lugar a la aparición de los conflictos y a las oposiciones radicales entre amigos y enemigos. Haciendo su inscripción en el esplendor de la rivalidad, estas oposiciones dan forma a la lógica de la fraternidad y la segregación. De este modo, la quiebra de los referentes simbólicos de la regulación por parte del Estado, revela la profunda amenaza en todo orden social: “una barbarie instalada en el corazón de lo social”, dice D. Pécaut.¹⁷

Esta problemática encuentra una anticipación en la idea de Kant sobre la “insociable sociabilidad” del ser humano como trasfondo del proscenio social. Inscrita en su reflexión sobre el antagonismo, da cuenta de la inclinación del hom-

¹⁷ Daniel Pécaut. “De las violencias a la violencia”, en: Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (comp.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Santafé de Bogotá, Cerec, 1995, p. 266.

bre a la vida en sociedad, a “socializarse”, como inseparable de la insociable cualidad del hombre a someter todo a su capricho, su inclinación a “aislarse”, hostilidad que amenaza la disolución de la sociedad.¹⁸

Michaud plantea que la noción de violencia surge articulada a un modo de pensar lo social, acudiéndose a ésta para tratar de aprehender “lo no social en lo social”,¹⁹ es decir, aquello que en lo social mismo habla de su fragmentación, de la eventualidad de su disgregación, de su disolución. La representación de lo social como atravesado por la violencia advierte de un social dividido; inaugurando su desencanto, en lo esencial, hace referencia a “la desmistificación de su falsa unidad”.²⁰ Lo que está en juego, entonces, es la división radical de lo social que no se deja desmentir y no cede a su eliminación.

Por esas reflexiones pasó Freud en su elaboración acerca de la cultura y de la estructuración psíquica, así como en sus estudios sobre la guerra.²¹ Considerando la violencia como propia de todo individuo, advierte que sólo se desiste de su ejercicio a cuenta de ser enarbolada por el colectivo. La colectividad organizada que sostiene la cohesión por la ligazón de sentimientos entre sus integrantes es, para Freud, la “condición psicológica”²² que impide la explosión de la violencia en su expresión individual. Es en la renuncia al uso individual de la violencia que ésta pier-

¹⁸ Immanuel Kant. *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. Madrid, Tecnos, 1987, pp.8-9.

¹⁹ Ives Michaud. *Op. Cit.*, p.111.

²⁰ *Idem.*, p. 214.

²¹ Véase, Sigmund Freud. “El malestar en la cultura”, “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, y “¿Por qué la guerra?”, en: *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

²² Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad” en: *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p.189.

de su arbitrariedad, a cuenta de su delegación en el poder del colectivo.

Consecuente con esos planteamientos acerca de la fisura de lo social y la función de una instancia reguladora, Freud atina a evidenciar al Estado como detentador monopolístico de la violencia. Aglutinante y proscriptor, el Estado se arroga el derecho a la violencia y, a la hora de la guerra, no encuentra reparo para incitar, y aún para conminar, a la destrucción y la muerte.²³

Por su parte, para R. Girard²⁴ la violencia, en su absurdo desenfreno y su brutalidad ciega que la hacen terrorífica, aún aquella de la aniquilación pura y simple que llega a nombrar como “violencia esencial”,²⁵ encuentra su regulación gracias a la propensión al recambio de su objeto, es decir, al desplazamiento respecto de su objeto original; en ese sentido se enuncia su carácter metonímico.²⁶ En la vía de la sustitución es posible desviarla de los propios, reorientarla en tanto “violencia intestina”,²⁷ esa de las disensiones y las rivalidades, ponerle fuera de la colectividad para evitar el conflicto, restaurar la armonía y reforzar la unidad. En ello el sacrificio tiene una función particular de canalizar y regular sin el riesgo de venganza, cercando así un proceso que sería interminable. Tal como lo sugiere Freud, para Girard una de las formas más o menos ritualizada que permite el desplazamiento hacia fuera de la violencia es la guerra, función que no se modifica con los avances técnicos.²⁸

²³ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad” en: *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 189.

²⁴ René Girard. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1995.

²⁵ *Idem.*, p. 37.

²⁶ María Clemencia Castro. “Entre el sacrificio y el crimen”, ponencia presentada en el Coloquio “Conexiones del Psicoanálisis”, Departamento de Psiconálisis, Universidad de Antioquia, Medellín, 1999.

²⁷ René Girard. *Op. Cit.*, p. 16.

²⁸ *Idem.*, p. 27.

Según Girard, la violencia enraíza con lo religioso y con el principio de justicia, aún en sus modos de prevención y de curación. Para los hombres es más fácil dar curso a la violencia cuando ésta no se presenta como propia sino como imperativo absoluto, ordenanza divina que obliga con su terrible exigencia. Así, la exteriorización de su mandato favorece la posibilidad de darle curso. Está allí el sustrato de lo sagrado, como fuerza que pesa sobre el hombre desde fuera, permitiendo a Girard precisar que “la violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado”.²⁹ Según él, el sistema judicial “toma el relevo del sacrificio”,³⁰ en sus posibilidades de apaciguar la violencia y también de ejercerla, planteamiento cercano al de Freud en los alcances que le otorga la detentación absoluta de la venganza.

Sin la mediación de los rituales, de lo sacro, que apunta a regular la violencia y que le impone sus límites, es decir, sin la mediación de lo simbólico en su faz pacificante y dialectizable, ésta aparece como evidencia de “una violencia originaria irreductible”,³¹ que se halla en el sustrato de la exclusión generadora de la pugna social. Tal como lo expresa Michaud, “... lo social ya no puede negar su violencia, sólo la puede localizar, delimitarla, interpretarla en discursos sobre él mismo en que la admite en su representación sobre el fondo de resignación que es, en primer lugar, la de tener que hablar sobre ella...”.³² Se trata, según él, de un intento por “limitar su extrañeza sin poder anularla”.³³

Según Pécaut, el término *violencia* posee la virtud de atenuar esa “inquietante extrañeza” del fenómeno,³⁴ seña-

²⁹ René Girard. *Op. Cit.*, p. 38.

³⁰ *Idem.*, p. 31.

³¹ Daniel Pécaut. *Orden y violencia*. Santafé de Bogotá, Norma, 2001, p. 605.

³² Yves Michaud. *Op. Cit.*, p. 112.

³³ *Idem.*, p. 113.

³⁴ Daniel Pécaut. *Op. Cit.*, p. 558.

lando la existencia de algo que se sustrae a toda explicación: un exceso de horror que no remite a nada y al que no es posible atribuir un carácter instrumental. El absurdo de su desenfreno hace evidente su sinsentido. Como inscripción en lo real, algo escapa a su configuración imaginaria y a su reelaboración simbólica.

Frente a su semblante inasible, los autores se ven conminados a un redoblamiento del significante que apunta a enunciar “la violencia de la violencia”. Esta idea, planteada inicialmente por Michaud,³⁵ es retomada por otros autores, como Pécaut,³⁶ quien acude a ella para hacer referencia a algo que no se inscribe en la institución social y que encuentra su sinonimia en la barbarie.³⁷

Pécaut insiste, además, en formular la violencia en su unidad, a pesar de la variedad de sus manifestaciones y a riesgo de contrariar a las investigaciones contemporáneas que la dilucidan en su pluralidad de expresiones.³⁸ Según él, “... ni la diversidad de los fenómenos de la violencia, ni la quiebra de las explicaciones causales globalizantes pueden impedir que la violencia sea al mismo tiempo UNA”.³⁹ Así queda propuesto desde el título de uno de sus escritos, “*De las violencias a la violencia*”.⁴⁰

Avances en la vía de una elaboración psicoanalítica

A propósito de la violencia y del recorrido adelantado en los apartados precedentes, es posible situar la especificidad de una aproximación desde el psicoanálisis y avan-

³⁵ Ives Michaud, *Op. Cit.*

³⁶ Daniel Pécaut. *Orden y violencia. Op. Cit.* p.559.

³⁷ Daniel Pécaut. “De las violencias a la violencia”. *Op Cit.*

³⁸ Daniel Pécaut. *Orden y violencia. Op. Cit.* p.561.

³⁹ Daniel Pécaut. “De las violencias a la violencia”. *Op. Cit.* p.263.

⁴⁰ *Idem.*

zar algunas elaboraciones en la vía que inaugura su aporte, dándole un nuevo giro a la temática planteada por las ciencias sociales acerca de la violencia como sustrato indestructible de lo social.

Así, puede esclarecerse que acomodándose a las contingencias de cada época, la violencia adopta sus perfiles en modos que requieren ser descifrados en su particularidad. La coyuntura permite el apogeo de sus formas a manera de semblante, con sus recubrimientos y ropajes. Pero, en una perspectiva psicoanalítica, cabe plantear la distinción entre la contingencia y las realidades asociadas, y el hecho de estructura.

En ese sentido, el Psicoanálisis permite progresar en el desciframiento del fenómeno en sus formas contemporáneas, pero, en lo esencial, hace posible dar un nuevo paso, para ir del fenómeno social al síntoma social. Proponiendo, como lo sugieren H. Gallo y G. Céspedes,⁴¹ un abordaje estructural de la violencia desde la perspectiva de la subjetividad se ofrece una posibilidad de aportar a su dilucidación.

Esta perspectiva permite, así mismo, avanzar sobre las contribuciones de las ciencias sociales. Entre otros, cabe destacar los enunciados propuestos por autores como Girard, acerca del “deseo de violencia”, el “apetito de violencia”, la fuerza y el poder acumulativo de la violencia que llevan hasta el desborde y que incluyen aún efectos corporales. Estas formulaciones no se ven acompañadas propiamente de una noción de sujeto que les de arraigo; más aún, el énfasis puesto en el fenómeno y la manera de enunciarlo parecen en ocasiones atribuir a la violencia el estatuto de sujeto. En este punto de la reflexión, el psicoanálisis, en tanto cuenta con la noción del sujeto del inconsciente, tiene la posibilidad de

⁴¹ Héctor Gallo y Gerardo Céspedes. *Op. Cit.*

dar un nuevo curso a esas elaboraciones. Aún así, una aproximación psicoanalítica no está exenta de encontrar también sus propias dificultades frente al tema.

Con la noción de inconsciente el psicoanálisis introduce una diferencia radical frente al sujeto de la ciencia y la filosofía, enunciándolo escindido estructuralmente por la sujeción al lenguaje, a la cultura, que lo determinan y lo instituyen en su alineación. En ese sentido, el psicoanálisis opera un descentramiento con respecto al yo y a la noción de individuo y, por ende, propone una nueva dimensión de la subjetividad, para decir del sujeto constituido como efecto del orden simbólico, caracterizado por su falta en ser y su división,⁴² que implica al sujeto contra sí mismo, así como el desconocimiento frente a su deseo y su goce.

Hablar sobre la violencia desde el Psicoanálisis obliga a formular algunas precisiones iniciales. Violencia no es un concepto psicoanalítico y, por lo tanto, es un término carente de un estatuto propio en esta teoría. Ante esa situación, en su abordaje se tiende con frecuencia a homologarle a conceptos, tales como, agresividad, pulsión de muerte o goce.

Por su parte, Freud empleó el término violencia como noción auxiliar para enunciar la fuerza desplegada en el sujetamiento de la cría humana a la cultura y, así mismo, en el sometimiento del semejante que le obliga a una renuncia, lo daña o le lleva a la muerte. A partir de allí, muchos trabajos planteados desde una perspectiva psicoanalítica se han ocupado de la violencia en esas dos vías.

Algunos autores, a propósito del ingreso de la cría humana en el orden simbólico que da vía a la estructuración

⁴² Esto hace referencia, entre otros, al planteamiento del psicoanálisis acerca de la división entre consciente e inconsciente y a la ignorancia del yo frente a un saber perdido, en tanto inconsciente.

psíquica, acuden a la violencia para aludir al trazo que inscribe nombrando y otorgando un lugar y que, así mismo, marca un cuerpo. Es la huella imborrable que inscribe en el orden del lenguaje, humanizando y, por tanto, dando posibilidad al desasimiento respecto del plano meramente biológico. Se trata del sometimiento que hace advenir en lo simbólico.

Otros trabajos apelan al término violencia para enunciar el carácter nocivo y destructor del accionar humano que contrapone a los semejantes en una lucha cuyo alcance radical puede llegar a no tener límite. Estas dos vías inauguradas por Freud, inevitablemente le enfrentan a lo mortífero con el desciframiento de la dimensión pulsional, propia del ámbito humano.

Pero, en términos generales, es frecuente encontrar también en los trabajos formulados desde el psicoanálisis el uso reiterado del término violencia y de sus derivados, sin especificar a qué se refiere exactamente. Con ello, de modo ineludible se inauguran en su tratamiento problemas de carácter metodológico, que comprometen a la vez problemas epistemológicos. A modo de ilustración, puede citarse el caso de los abordajes que se quedan en la manifestación del fenómeno o de aquellos que acuden a la aplicación mecánica de los conceptos y no permiten avanzar en el desciframiento ni en la construcción de conocimiento articulado a la teoría.

Así, en los trabajos psicoanalíticos, violencia es una palabra que usualmente no intenta definirse, pero que opera como si para todos fuera claro su sentido, sosteniendo con ello una dificultad. Si bien se asocia a distintos ámbitos y a una gran disparidad de actuaciones y de actores, se alcanza a entrever que la violencia, en tanto nombre, implica la dimensión del acto y condensa unos efectos dejando siem-

pre su huella. Con esto se vislumbra el sustrato estructural de la violencia, anudando tres elementos: el significante, el acto y la huella.

En la perspectiva psicoanalítica, la violencia que procede a la destrucción del semejante puede enunciarse como una puesta en acto del sujeto, donde el psicoanálisis interroga por la implicación subjetiva. Como acto que dice de la trasgresión del cuerpo y de la ley,⁴³ desde el psicoanálisis puede plantearse la violencia en tanto síntoma que compromete el cuerpo y el significante, en su operación como medio de goce, es decir, en una satisfacción paradójica que implica el sufrimiento. La dimensión subjetiva apunta a la singularidad de los motivos y a su dinámica, atendiendo a la historia, a las elecciones, al posicionamiento del sujeto.

La violencia encuentra una florescencia interminable de expresiones, como diáspora de destrozo y de muerte, cuyo alcance llega hasta el espectro deslumbrante de horror y sufrimiento. Dando cuenta de la inclinación a la destrucción y a la muerte, del sujeto hacia él mismo y hacia el semejante, dilucidada por Freud, la violencia expresa lo deletéreo del vínculo humano que se descifra en el exceso y que no requiere de razones. En su paroxismo, así como en su silencio, la violencia halla una fuerza potenciada, por cuanto es punto de conjunción de la agresividad, en la radical rivalidad, con la pulsión en su ímpetu mortífero.

Plantear la violencia en la dimensión del acto da cuenta del empuje irrefrenable que procede a la tachadura del semejante, estremece ante su destrozo y obnubila frente a su exhibición. Esto convoca a elucidarla en los tiempos subjetivos, tiempos del sujeto que en su dimensión lógica no se

⁴³ cf. Los avances presentados en el apartado *Las lenguas derivadas del latín*, de este trabajo.

corresponden con los tiempos cronológicos.⁴⁴ Así, se descifra, por ejemplo, el momento de vacilación del sujeto que puede tener la medida del instante. En esa misma vía, se dilucida el instante de un paso al acto cuya medida puede ser eterna por cuanto el sujeto queda fijado irremediablemente a ese acto, marcando su historia subjetiva; en ese sentido es punto abigarrado, en un tiempo que se perpetúa condenando al estrago.

No hay violencia sin sujeto y con él está implicado su cuerpo. Es sujeto de goce en tanto puesta en acto de la pulsión de muerte, que en la violencia da paso a la destrucción. Hacer al otro objeto de la pulsión compromete la satisfacción pulsional, dando curso al goce al servirse del semejante, al hacer del otro su objeto, enfilando hacia su cuerpo para matarlo, destruirlo, humillarlo o someterlo.⁴⁵ La violencia como acto deletéreo y mortífero pone en escena los cuerpos y la sangre.

Formular que la violencia implica un cuerpo obliga a enunciarlo más allá de su imaginería. Trascendiendo la noción de organismo, el psicoanálisis introduce la noción de cuerpo para referirse a un acontecimiento de discurso y al intento de captura en una unidad. Es decir, que el cuerpo se instaura en tanto lo real de la carne y de los órganos son atravesados por el lenguaje y por la imagen. Son las dimensiones simbólica e imaginaria que, aunadas a lo real, se ponen en operación.

El cuerpo es tenencia esencial que hace conjunción paradójica de la síntesis y la fragmentación. Como soporte

⁴⁴ Cf. Jacques Lacan. "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma", en *Escritos I*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984.

⁴⁵ María Clemencia Castro y Carmen Lucía Díaz. *El goce y el cuerpo: su anudamiento en la violencia y en la guerra*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, proyecto de investigación en curso.

material, sirve al sujeto de semblante y de lugar donde arraiga el significante que opera de nombre. Es ámbito de lo pulsional y, como campo privilegiado del goce, aúna la satisfacción placentera al padecer y al sufrimiento.

Toda ocasión que compromete el cuerpo exige hablar de una inscripción simbólica, de sus investiduras por la palabra y por la imagen, así como de los intentos de constituir una unidad que se confrontan con las vivencias de fragmentación.

Así, cabe decir del cuerpo, en su intento unitario, en su unicidad cifrada, sea en una imagen propia de la dimensión imaginaria, o sea en un nombre por la vía del significante y, así mismo, enunciar el cuerpo como campo privilegiado de goce. A ello orienta la violencia en su agudo tesón de rasgadura, elisión o estallido.

Puede plantearse entonces que la violencia apunta al cuerpo en sus diversas dimensiones. En la dimensión imaginaria y simbólica, como cuerpo que se exalta y enaltece, o como cuerpo que se fractura y desintegra. Pero está, también, el cuerpo en tanto real que padece y goza.⁴⁶

La violencia es punto de quiebra que abre al exceso que se regodea en un cuerpo; es emergencia del goce, de la pulsión de muerte, en el acto destructor, donde el otro adquiere estatuto de objeto degradado, objeto de muerte, siendo colocado por fuera de la prohibición, de aquel fundamento del ordenamiento social que proscribe dar muerte al semejante. El paso al acto en su punto subjetivo puede hallar su argumento y su aval bajo el amparo del discurso, pero irremediablemente el usufructo de goce compete a cada uno con su cuota irreparable.⁴⁷ Es decir, aún cuando los

⁴⁶ M. C. Castro y C. L. Díaz. *Op. Cit.*

⁴⁷ *Idem.*

discursos encuentren razones para justificar la violencia, el sujeto implicado en ella no puede sustraerse del goce que ésta conlleva.

En su estruendo deslumbrante, la violencia pone en evidencia su opacidad, pero, como dice J. A. Miller, “no hay ninguna razón para hacer como si fuéramos sordos a los rugidos de esta actualidad”.⁴⁸ Así, tomar posición ante la violencia, desde la perspectiva del psicoanálisis, implica ocuparse de descifrar el goce que le habita.

Por esa vía, el psicoanálisis permite esclarecer que esa “violencia” de la violencia, a la que apuntan diversos autores de la ciencias sociales, es su punto de real al comprometer al sujeto en su goce; como tal, escapa al orden simbólico por cuanto éste no alcanza a operar su ordenamiento, su regulación, ni su pacificación. Es una puesta en escena que a la vez conjuga la cara mortífera del Otro, es decir, del Otro como ordenamiento simbólico particularizado para cada sujeto, que tiene su faz pacificante pero también su rostro siniestro, introductor de mandatos que incitan al exceso y al borramiento del semejante, sin límite ni contabilidad. La violencia puede encontrar soporte a modo de justificación en el ideal, pero no necesita de razones, pues más bien halla en el motivo, su pretexto.

⁴⁸ Jacques-Alain Miller. *Polí(e)tica*. Cuadernos Europeos de Psicoanálisis. No. 13, 1996, p.10.

2. La noción de violencia en Lacan

El término *violencia* en Lacan

A lo largo de su trabajo, Jacques Lacan acude a la palabra *violencia* en repetidas oportunidades, aunque no de una manera sistemática. Su empleo se orienta en variadas acepciones y en usos diversos.

Un recorrido concienzudo de la obra de Lacan, deteniéndose a explorar sus puntualizaciones en una lectura intratextual, lleva también a escudriñar la inscripción de la violencia en los meandros de la teoría. Con este fin, se examinan específicamente los trabajos compendiados en los *Escritos* y en los *Seminarios*.

El empeño de rastrear el uso del término violencia en la producción de Lacan permite apreciar desde su uso común como atributo, como calificativo, hasta su empleo como sujeto gramatical, enunciado en su singularidad, como nombre que sustancializa. Así, en ocasiones, la violencia aparece como sustantivo, para denotar fuerza, ímpetu, intensidad, empuje, contundencia y, aún como sometimiento. Hay otros momentos en los cuales Lacan avanza en un intento que perfila su recurso como noción. Se trata, en estos últimos, de una tentativa de discernimiento inscrita

en la discusión teórica y, a la vez, de formalizar el vínculo con otras nociones psicoanalíticas.

Sin embargo, en términos generales, a lo largo de su obra se da un uso un tanto esquivo del término, que no alcanza a hacer de éste propiamente un concepto dentro de la teoría. Por eso mismo, quizás pueda decirse, acudiendo a Lacan, que se trata de un término “bastardo”.¹ Este fue un calificativo formulado por él a propósito del término “ambivalencia”² y utilizado precisamente para señalar que éste no logró un lugar ni un desarrollo que lo potenciara dentro del psicoanálisis. Acorde a lo planteado hasta el momento, su empleo puede ser aún más pertinente para el caso de la violencia.

En Lacan, el término violencia hace presencia a propósito de una amplia variedad temática que permite registrar inscripciones heterogéneas y a veces hasta contrarias. La violencia y la palabra, la violencia en el fundamento de la constitución del fantasma, la violencia esencial y el anudamiento con la muerte, son algunos de los recodos de su tratamiento. Está también la violencia entre el amor y el odio, en la pasión y el sentimiento; la violencia y un cuerpo implicado, la percusión, el sufrimiento y el dolor; la violencia y el deseo; la violencia y el capricho paterno, el pacto, lo excluido.

Cabe destacar, así mismo, que la violencia es formulada en una diversidad de categorías que sugieren acerca de su estatuto. A este respecto se la ubica unas veces como fenómeno, otras como acto, dominio, dimensión y aún como medio y como proceder.

¹ Jacques Lacan. *Seminario 20. Aún*. Clase 8, “El saber y la verdad”, abril 10 de 1973. Buenos Aires, Paidós, 1985, p.110.

² *Idem*.

Para efectos de una elaboración sobre los acercamientos de Lacan a la violencia, propósito central de este apartado, sus referencias se articulan alrededor de algunas nociones y conceptos propios de la teoría psicoanalítica o de tópicos de especial relevancia en ésta. Puesto que en lo esencial son referencias puntuales que no encuentran en Lacan un mayor desarrollo, el ejercicio aquí operado tiene el carácter de una aproximación que en lo fundamental, a más de explicitarlas, se ocupa de situarlas en la reflexión teórica, aportando algunos elementos para su discernimiento. Ese es el alcance y también el límite del presente empeño.

La violencia y la palabra

En el *Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud*,³ realizado en 1954, Lacan hace una entrada sugestiva del término violencia. En el contexto de una discusión sobre la técnica a propósito de la interpretación de las resistencias, introduce la pregunta por la función de la palabra y el problema de la degradación misma de lo que él llama “el proceso de la palabra”,⁴ dando lugar a interrogar por las posibilidades para el manejo válido de la palabra en la experiencia analítica.

En esa reflexión, Lacan plantea que cuando la función de la palabra “se ha orientado en el sentido del otro hasta un punto en que ha dejado de ser mediación, pasa a ser sólo violencia implícita, reducción del otro a una función correlativa del yo del sujeto”.⁵ Según Lacan, la palabra puede tener una orientación referida al Otro, al orden simbólico, que la hace operar como mediación, es decir, puede tener una función de mediación en tanto se dirija al semejante

³ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Clase 4, “El yo y el otro yo”, febrero 3 de 1954. Buenos Aires, Paidós, 1981, p.86.

⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

desde la referencia del Otro. En cuanto se dispone en el sentido de la especularidad, la palabra pierde su función de ser mediación y deviene en violencia.

Como violencia, en lo esencial, opera la degradación del otro. De allí deviene “la naturaleza oscilante de este problema.”⁶ Cuanto más adquiere el otro exclusivamente la función de apoyo para el reconocimiento, se vuelve cada vez menos otro, pues reducir al semejante a una función del yo del sujeto es hacerlo objeto, destituyéndolo de su lugar de sujeto deseante. Es un “círculo vicioso”,⁷ pues así mismo cuanto más se afirma el sujeto como yo, más se aliena, es decir, mientras más se afianza en una identificación que lo fija, más se escinde respecto de su deseo.

La violencia alude entonces a una función de la palabra en el punto que abre un cambio de orientación del Otro al semejante, sumiendo en una relación dual, de rivalidad especular, donde no hay un tercero como regulador o garante.

Por otra parte, si la palabra deriva en “violencia implícita”,⁸ sugiere que la violencia está allí, incluida, como silenciosa y sorda, pero igualmente eficaz, sin que necesariamente se exprese. Cabría entonces enunciar también, y en contraposición, una violencia “explícita”, como aquella que irradia su expresión magnificante.

Por esa misma época, en la *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*,⁹ Lacan

⁶ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Clase 4, “El yo y el otro yo”, febrero 3 de 1954. Buenos Aires, Paidós, 1981, p.86.

⁷ *Idem*.

⁸ *Idem*.

⁹ Jacques Lacan. “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”, febrero 10 de 1954, en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984. La Verneinung de Freud remite al texto traducido como “La negación”. Véase, Sigmund Freud. *Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

perfila el “dominio de la violencia” que se inaugura precisamente en los confines donde la palabra dimite. Como dominación y como campo, allí reina, aún sin que se la provoque, ubicándose donde la palabra renuncia. Su campo se sitúa en el linde, al fin de la palabra. Con ello, la violencia parecería ubicarse más del lado de la pulsión en su dimensión de goce, de real, y como tal, situada por fuera del lenguaje y de la simbolización.

Se introduce con esto una vía temprana para el desciframiento de la noción de violencia. Precisamente en el lugar donde abdica la palabra se inaugura el reino de la violencia. Punto límite en el confín, punto de encuentro, comienzo y fin, borde y a la vez quiebre. A partir de allí la violencia se marca en su exclusión frente a la palabra; más aún, puede decirse que la violencia es en el lugar de la falla de la palabra.

Pero, así mismo, la violencia hace su presencia perenne y no requiere de motivo. Está allí en el límite aún si no se manifiesta, está fuera, es exterior, como excluida del campo de la palabra y, a la vez, implícita y presente.

La precisión sobre la violencia, por parte de Lacan, va también por la vía de la negación con respecto a la palabra, situando a aquella, en un momento en su recorrido, por fuera del significante: la violencia “no es la palabra, incluso es exactamente lo contrario”.¹⁰ Frente a la palabra, ubicada del lado del significante, como objeto de la represión, es decir, del orden de lo inconsciente, tratable por la palabra, dialectizable, analizable, la violencia está enfrentada como su contrario. Por consiguiente, para Lacan, en una relación humana lo que puede tener lugar es “o la violencia o la palabra”.¹¹ La violencia es un enunciado paradójico por

¹⁰ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 26, “Los circuitos del deseo”, 18 de junio de 1958. Buenos Aires, Paidós, 1999, p.468.

¹¹ *Idem*.

cuanto dice del significante en su límite, de lo que queda de la palabra en su falla.

Un nuevo matiz se advierte en Lacan cuando precisa que la violencia se refiere también a la que puede implicar la palabra, develada por Freud a propósito del análisis de las resistencias. Así lo plantea en *“Introducción y respuesta a una exposición de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”*,¹² como aquello que motiva una verdadera rebelión de Freud: la violencia de la palabra.

Desde esta perspectiva, formular la idea de la violencia de la palabra implica también preguntar si hay algo de la palabra que no es lenguaje, o algo del lenguaje que escapa a lo simbólico. Es ésta una idea que se complejiza en los trabajos posteriores de Lacan.

La violencia y el significante

Para Lacan, la violencia está excluida de las “coalecencias del significante al significado.”¹³ Estas conjunciones son atravesadas por la retórica de la que el inconsciente nos otorga el asidero que introduce al Otro, como orden simbólico que aún dirigiéndose al prójimo, invoca la fe, aunque sólo sea para mentir. Por la vía del Otro es posible orientar hacia el semejante anudando la fe y llegando hasta el engaño. En la orientación al semejante que no logra un soporte en el Otro, no hay fe que valga.

Pero, así mismo, Lacan plantea que la violencia, en tanto acto, anudada al significante, puede disponer “...aun-

¹² Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Clase 5, “Introducción y respuesta a una exposición de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”, febrero 10 de 1954. Buenos Aires, Paidós, 1981.

¹³ Jacques Lacan. “El psicoanálisis y su enseñanza”, febrero 23 de 1957, en: *Escritos 1*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984, p.420.

que sin que el sujeto lo sepa, las elecciones, decisivas para su destino...”¹⁴ Configurando un devenir por la vía del significante y reproduciéndose de manera enigmática, la violencia puede perfilar la organización de los modos de goce y trascender inclusive las generaciones, a cuenta de su inscripción en lo simbólico y, por tanto, en aquello que se puede colectivizar y legarse en la filiación. A pesar de su inscripción simbólica y de ser compartido, puede operar como un saber esencialmente ignorado por el sujeto.

Así, la marca de arbitrariedad propia de la letra, signada en el saber inconsciente, explica, para Lacan, “la extraordinaria contingencia de los accidentes que dan al inconsciente su verdadero rostro.”¹⁵ De ahí que las elecciones se orientan a objetos cargados de las más sorprendentes valencias en las que se juega el des-conocimiento del sujeto.

Lacan establece aquí una distinción entre la violencia, como acto, y las huellas del significante que se ponen en operación en su decurso, así como una precisión sobre los efectos de su articulación. Se concluye de esto que un acto de violencia, insertado como significante, adquiere su poder y opera su marca imborrable. Cabe decir entonces de su poder de comando y de su efecto que, en su alcance estructurante inaugural, da lugar a la constitución subjetiva.

Por otra parte, al introducir al discurso del Amo, Lacan advierte que el significante está ubicado en el lugar de agente, es decir, que el significante está allí en tanto Amo. Según él, esto es lo que da cuenta del éxito de ese discurso. Lacan se pregunta si habrá algún Amo que reine por la fuerza, para decir luego que en la medida en que el discurs-

¹⁴ Jacques Lacan. “El psicoanálisis y su enseñanza”, febrero 23 de 1957, en: *Escritos 1*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984, p.430.

¹⁵ *Idem*.

so del Amo logra el vínculo de estructura, como ordenador de varias civilizaciones, su resorte no es propiamente la violencia; es de otro orden. Se trata del poder del significante puesto en operación. Lacan hace así una interesante distinción entre la violencia como acto de fuerza y el poder de sometimiento del significante. De ahí podrá deducirse también que, en tanto acto, la violencia no es en lo esencial lo que define la estructura del vínculo social.¹⁶

Una última referencia a la violencia en los *Seminarios* de Lacan, con respecto al significante, aparece en el *Seminario 24*.¹⁷ Aquí la violencia es referida a un proceder sobre la lengua, a una torcedura que se introduce en la relación del significante al significado. La violencia se enuncia como fuerza, forzamiento, sometimiento del sentido y del uso de la lengua, introduciendo una ambigüedad en el entramado de la relación del significante al significado, relación calificada como “imaginariamente simbólica”. Como efecto de una violencia a este empleo de la lengua, cristalizada en su uso, está la poesía, tal como lo evidencia la poesía amorosa.

Otra formulación, enunciada por Lacan en los *Escritos* refiere a “la violencia de la novedad” que aportan los textos.¹⁸ Según Lacan, ha de medirse su riesgo para evidenciar los problemas propios de una elaboración que se soporta en su crítica y en su construcción; es el designio de los textos y de la enseñanza. Esta violencia de la palabra dice de la fuerza, pero también del quiebre, de la ruptura, en fin, de los giros, del movimiento de la letra.

¹⁶ Jacques Lacan. *Seminario 18. De un discurso que no sería de apariencia*. Inédito. Clase 2, enero 20 de 1971.

¹⁷ Jacques Lacan. *Seminario 24. Lo no sabido que sabe de una equivocación se ampara en la morra*. Inédito. Clase 10, “Hacia un significante nuevo: I. La estafa psicoanalítica”, mayo 15 de 1977.

¹⁸ Jacques Lacan. “De un designio”, 1965-1966, en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984, p.349.

Entre la agresividad y la pulsión

La primera ocasión en que Lacan intenta formalmente hacer una precisión conceptual sobre la violencia se encuentra en el *Seminario 5, Las formaciones del inconsciente*,¹⁹ en una reflexión que adelanta sobre la agresividad, la significación de su advenimiento en la teoría y su ubicación en el esquema fundamental, el grafo del deseo. En medio de esta disquisición, Lacan señala dos puntos importantes: por una parte, la ambigüedad que acompañaba el uso del término agresividad en un momento inicial y, por otra, la necesidad de diferenciar la agresividad, suscitada en la relación imaginaria con el otro, del “conjunto de la potencia agresiva”.²⁰ De allí pasa Lacan a precisar, a modo de evidencia, que “la violencia es lo esencial en la agresión”,²¹ en lo que respecta al plano humano.

A partir de la idea de que la violencia se distingue en su esencia de la palabra, Lacan procede a discernir “la violencia propiamente dicha”,²² del término agresividad en el uso que hasta el momento le es dado. Esta diferencia la establece a partir del principio de que sólo puede ser reprimido aquello que ha accedido a la estructura de la palabra, esto es, a la articulación significativa. Lo que corresponde a la agresividad, en tanto llega a ser simbolizado, es susceptible de represión, analizable, e incluso interpretable. Es el campo de la rivalidad, “del asesinato del semejante, latente en la relación imaginaria”.²³ Según Lacan, esto no parece ser el caso de la violencia, dado que no accede a ser simbolizada. Es ésta una nueva ocasión en la cual anticipa que la violencia remite al orden de lo real y, como tal, imposible de integrar en el orden simbólico.

¹⁹ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 26, “Los circuitos del deseo”, junio 18 de 1958. Buenos Aires, Paidós, 1999.

²⁰ *Idem.* p.468.

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

Es éste un intento de Lacan por elevar la violencia a la categoría de noción a la par con la agresividad, formulada, a su vez, en distinción con respecto al conjunto de la potencia agresiva. En ese empeño avanza poniendo en relación la violencia con la estructura de la palabra para develar su contraposición. Con ello esclarece una diferencia que le es esencial, por cuanto la violencia está fuera de los alcances de la represión y por ende escapa a la posibilidad de ser dialectizable. Es decir, no entra en el circuito de la palabra y, por ello, de mediación simbólica con su efecto pacificante. Cabe destacar, sin embargo, que aún estando ubicada por fuera de la articulación significativa, la violencia constituye para Lacan un modo de relación interhumano.²⁴

Con aguda sutileza, Lacan precisa así el lugar de la violencia entre la agresividad y la pulsión, para no dejarse capturar por uno u otro concepto, en tanto alcanza a advertir una distinción, en especial con respecto a la agresividad. Es ésta una aproximación a la violencia que devela una captación sutil y a la vez evanescente.

En un punto de esta disertación Lacan introduce una afirmación particularmente sugestiva para una nueva vuelta al problema al plantear “el entrecruzamiento de la tendencia, de la pulsión ... con la cadena significativa en la que ha de llegar a articularse”.²⁵

La violencia como acto

En el *Seminario 5* se introduce el asunto de la violencia articulado al fantasma, como fantasía fundamental estructurante de las relaciones del sujeto con el objeto. En la

²⁴ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 26, “Los circuitos del deseo”, junio 18 de 1958. Buenos Aires, Paidós, 1999, p. 468.

²⁵ *Idem*.

construcción del fantasma, a propósito del caso del niño golpeado, Lacan destaca que en un *primer tiempo*, cuando se trata del otro, del semejante que recibe el golpe, el acto es tomado como violencia. Es un acto que connota que el otro no es amado, y más aún, que implica el rebajamiento del hermano odiado.²⁶

En este punto se encuentra un asunto de gran interés para esta reflexión, pues la versión francesa del texto de Lacan, que transcribe su formulación original, no dice violencia sino “sévice”, que en español se traduce como “sevicia”.²⁷ Se enuncia con ello que se trata de una “crueldad excesiva”,²⁸ o mejor aún, que están implicadas la crueldad y el exceso operados sobre el otro.

En el *segundo tiempo* de la constitución del fantasma, es el sujeto quien recibe el golpe. Según Lacan, el golpe se convierte en signo de amor, elevando al sujeto a la categoría de ser amado por el hecho de haber sido golpeado. Se advierte, aquí, un cambio en el sentido de la acción. Cuando el sujeto se convierte en soporte del acto, el acto toma “valor esencial”²⁹ y deriva su efecto instituyendo al sujeto como aquel “con el cual puede ser cuestión de amor”.³⁰ De este modo, la operación del significante asciende a la “dignidad de sujeto”.³¹

Así, entre el amor y el odio, se está ante un cambio de sentido por la mediación del significante. Por una parte, un

²⁶ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 19, “El significante, la barra y el falo,” abril 23 de 1958. *Op. Cit.*, p.353.

²⁷ Jacques Lacan. *Le Séminaire. Livre 5. Les formations de l'inconscient. Cap. XIX. Le signifiant, le barre et le phallus*. Paris, Seul, 1998, p.345.

²⁸ Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, Espasa Calpe, 1992.

²⁹ Jacques Lacan. *Seminario 5. Op. Cit.*, p.353

³⁰ *Idem*.

³¹ *Idem*.

acto que procede al rebajamiento del otro, en tanto violencia, es percibido como signo de que el otro no es amado; más aún, haciéndolo objeto de desecho, implica su destitución subjetiva. De este modo, la violencia procede a la degradación y al sometimiento del otro. Por otra parte, está un acto que, en tanto toma valor esencial, eleva a la dignidad de sujeto signifiante e instituye como sujeto de amor. Se trata entonces de la valía del acto, de la valencia dada por el signifiante, es decir, del producto de la captura del acto por el signifiante.

Aunque en este punto del trabajo de Lacan el acto aparece como sinónimo de acción, se esboza ya la noción psicoanalítica de acto, diferenciado del hacer, que dice de un sujeto implicado y de su responsabilidad, comprometiendo la ética del deseo. En esa perspectiva, se vislumbra que el acto ligado al fantasma habla del deseo del sujeto.

En el seminario sobre *El deseo y su interpretación*,³² haciendo alusión al escrito original de *Hamlet* y a las insuficiencias de las traducciones, Lacan plantea el poder de percusión, es decir de golpear, de aporrear, homologado con el poder de violencia, como algo de lo que se está totalmente estupefacto. Se enuncia así claramente, más que la extrañeza, la perplejidad del sujeto frente a esa emergencia y al dominio que impone. Es particularmente interesante que esta referencia sea presentada a propósito de los textos, porque sugiere acerca de la violencia ejercida por la vía de la letra. Más adelante, en ese mismo escrito, Lacan formulará la “violencia de los sentimientos” y la “violencia de las acusaciones”.³³

³² Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 14, “Hamlet. Cannevas II”, marzo 11 de 1959.

³³ *Idem*.

La violencia y la función paterna

En el *Seminario 2*,³⁴ a propósito del asunto de la violencia de la prohibición del incesto, Lacan destaca su intensidad fantasmática y su relevancia en el plano imaginario de cada uno. Precisa, así mismo, que esta violencia, correlativa a la función paterna, es imposible de medir y no necesariamente se expresa en actos sociales evidentes. Es éste otro modo de plantear su carácter implícito, ante lo cual Lacan advierte, además, que no por ello se restringe su efecto.

A propósito del principio de Sade, como el discurso del derecho a gozar del otro a su capricho que pone de presente la libertad del Otro, Lacan explicita que todo imperativo tiene su trasfondo mortífero, su “fondo matador”.³⁵ La puesta en operación de un comando, de una restricción, no es “tanto de violencia como de principio”,³⁶ pues la dificultad para quien la enuncia “no es tanto hacer que consienta en ello como pronunciarla en su lugar”.³⁷ Entonces, el asunto de la constricción no es propiamente de violencia sino de la posibilidad de la palabra de operar como prohibición, en el lugar y la función de ley. Aquí de nuevo la violencia queda contrapuesta a la palabra que opera como sentencia y, por ende, como límite.

En el *Seminario 6*, *El deseo y su interpretación*,³⁸ la noción de violencia aparece homologada al capricho paterno

³⁴ Jacques Lacan. *Seminario 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Clase 3. “El universo simbólico”, diciembre 1 de 1954. Buenos Aires, Paidós, 1984.

³⁵ Jacques Lacan. “Kant con Sade”, abril de 1963, en: *Escritos 2*. México, Siglo XXI Ed., 1985, p.750.

³⁶ *Idem*.

³⁷ *Idem*.

³⁸ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 7, enero 7 de 1959.

que dice de la transgresión, donde el padre sale de la regulación para actuar en la arbitrariedad. En el punto nodular que se ubica en lo más agudo del amor y el odio, que alude al otro en su ser, el ser es doblegado a su mayor decadencia dada la “valoración simbólica” que sobre él se opera.³⁹ La injuria, el daño, se orienta en el sujeto odiado a privarlo absolutamente de amor. La valoración simbólica que actúa por la violencia, por el antojo paterno, pone en juego el amor y el odio, el reconocimiento y la elisión, puro capricho que, aún así, alcanza a su inscripción en el linde de lo simbólico.

Lacan introduce, en ese mismo *Seminario 6*,⁴⁰ la idea de una “relación fundamental de violencia esencial”,⁴¹ que está presente siempre y que se despliega a modo de abanico en la realidad de la vida social, develándola como perenne sustrato del vínculo humano. En ello están implicadas, según Lacan, toda clase de novedades y paradojas con relación a la ley, constituida ésta por los movimientos necesarios, a los que dan forma sus refinamientos, para “obtener su violación más perfecta”.⁴² Se expresa así el intrincado anudamiento de la violencia fundamental con el vínculo social y, así mismo, con la ley y su transgresión. Es la paradoja de la Ley que en su prohibición ordena y restringe y, a la vez, incita a la transgresión y al exceso.

La violencia, el deseo y el objeto

Para Lacan los programas de las Ciencias Humanas están al servicio de los bienes, o lo que es lo mismo, de los poderes más o menos inestables. Esto entraña, según él,

³⁹ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 7, enero 7 de 1959.

⁴⁰ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 20, mayo 13 de 1959.

⁴¹ *Idem*.

⁴² *Idem*.

un desconocimiento sistemático de “los fenómenos de violencia”⁴³ que hacen evidente lo problemático del advenimiento y del reparto de los bienes. En el velamiento de estos fenómenos hay una apuesta política, tras lo cual Lacan advierte implicado el reparto como fuente del malestar en lo social. Es ésta una manera suya de plantear la relación de los fenómenos de violencia con el objeto y el goce.

Controvirtiendo la tesis de que en el crimen hacen erupción los instintos, en su escrito *“Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”*,⁴⁴ Lacan recuerda la idea de la ferocidad del hombre hacia su prójimo, y precisa que frente a su amenaza se retrocede con horror. Pero, según Lacan, “esa misma crueldad implica la humanidad”,⁴⁵ que además apunta siempre a un semejante, anidándose en el vínculo social. De allí la equivalencia advertida en “el llamamiento del amor: a ti mismo golpeas”,⁴⁶ inscrito en la vía de la especularidad. De igual modo, recalca cómo en esta dimensión el hombre se hace reconocer por el semejante instalándose en una lucha a muerte por puro prestigio.

En los *Escritos*, la última referencia a la violencia aparece en el texto de *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo freudiano*.⁴⁷ Allí se explora esa dimensión imaginaria de la relación con el otro, para derivar una importante conclusión: el movimiento que orienta a la relación imaginaria con el prójimo pone en evidencia su efecto, la agresividad, alrededor de la cual se quiebra todo equilibrio entre seme-

⁴³ Jacques Lacan. *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. Clase 24. “Las paradojas de la ética”, julio 6 de 1960. Buenos Aires, Paidós, 1988, p.385.

⁴⁴ Jacques Lacan. “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”, mayo 29 de 1950, en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984, p.139.

⁴⁵ *Idem.*

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ Jacques Lacan. “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo freudiano”, septiembre 19-23 de 1960, en: *Escritos 2*. México, Siglo XXI Ed., 1985.

jantes, en una dialéctica fecunda de las astucias de la razón y de la sinrazón.

Lacan dilucida el resorte dinámico de la captura especular por la vía que ofrece la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel. Como propio de una servidumbre inaugural, la lucha que la instaure es una puja por el reconocimiento, lucha de puro prestigio, donde se pone en juego la vida.

La muerte, en tanto puesta en juego, es apuesta y es una puja que tiene su límite, mostrando "... a la vez lo que queda eludido de una regla previa tanto como del reglamento conclusivo",⁴⁸ pues para que el vencido devenga esclavo se requiere de modo imprescindible que no perezca. Así, concluye Lacan, "... el pacto es siempre previo a la violencia antes de perpetuarla y lo que llamamos lo simbólico domina lo imaginario."⁴⁹ De esta manera se enuncia que lo simbólico antecede y somete lo imaginario; como precedente, lo determina y organiza. La violencia implica lo simbólico, lo presupone, y de alguna manera está sometida a ello. Esto permite colegir que la violencia no es mera animalidad, es decir, no es propiamente del orden del instinto. De ahí que la muerte no sólo ha de enunciarse en su efecto. Lo simbólico invita a discernir sobre ésta, a interrogar por su inscripción en el orden signifiante y por su anudamiento con la vida, en las dos vías que abre el signifiante: la muerte implicada en la vida y la muerte que conduce a la vida.

El término violencia vuelve a aparecer en el seminario 10, *La angustia*,⁵⁰ cuando Lacan se refiere a la fórmula del deseo de Hegel, específicamente a propósito de la salida de

⁴⁸ Jacques Lacan. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo freudiano", septiembre 19-23 de 1960, en: *Escritos 2*. México, Siglo XXI Ed, 1985, p.790.

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ Jacques Lacan, *Seminario 10. La angustia*. Inédito. Clase 2, noviembre 21 de 1962.

la dialéctica del amo y el esclavo, allí donde se es reconocido como objeto, donde “ya no hay otra mediación sino la violencia”.⁵¹ Si bien en un momento anterior de su trabajo Lacan se apoyó en este enunciado para elaborar sobre la dimensión especular, ahora problematiza esta fórmula por cuanto es un punto de partida centrado sobre lo imaginario. A partir de esta nueva postura, el deseo se dilucida por su constitución en el campo del Otro, en la vía que esclarece el enunciado “el deseo es el deseo del Otro”. Como tal, queda propuesto de manera más abierta a una “mediación”,⁵² pues un tercero implicado puede sacar de la mera relación especular.

Esta temática tiene una nueva vuelta en el *Seminario 10*,⁵³ cuando Lacan precisa la noción de angustia como una demanda que no alude a una necesidad sino al ser mismo, poniéndolo en cuestión; se dirige al sujeto como esperado, como perdido, para advertirlo de su deseo. El deseo del Otro no reconoce al sujeto, porque si lo reconoce, como nunca lo reconocerá suficiente, no hay más posibilidad que apelar a la violencia. La salida de esa dialéctica del reconocimiento siempre es por la vía de la lucha y la violencia. El deseo del Otro pone en cuestión al sujeto, lo interroga en la raíz misma de su deseo como “a”, no como objeto sino como causa de su deseo. Es una búsqueda en una relación de antecendencia, una relación temporal en la dimensión de la espera. Frente a ese “apoderamiento”⁵⁴ el sujeto no puede hacer nada sino comprometerse en él. Esa dimensión temporal es, para Lacan, la angustia. Así, se abre el camino para descifrar el deseo, al igual que su función, no sólo en el plano de la lucha, en la relación con el otro en la perspectiva de la rivalidad imaginaria, sino en el plano del amor.

⁵¹ Jacques Lacan, *Seminario 10. La angustia*. Inédito. Clase 2, noviembre 21 de 1962.

⁵² *Idem.*

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ *Idem.*

Se introduce aquí la violencia como una emergencia circunscrita a la dialéctica del reconocimiento que emplaça a la lucha, en esa perspectiva hegeliana de la cual Lacan propone ahora una salida para explorar el deseo en la óptica del amor. En este nuevo momento de su recorrido, discierne entonces dos vías para indagar por el deseo: en una vía, se orienta por la lucha en la dinámica del reconocimiento y la rivalidad y, en la otra, por el amor. De este modo, se esbozan dos posicionamientos ante el deseo del Otro: uno, cuando el sujeto es reconocido como objeto, donde ya no hay otra mediación sino la violencia y, otro, cuando el sujeto es puesto en cuestión, abriendo la posibilidad de interrogarse por su propio deseo.

En el *Seminario 10 Bis, Los nombres del padre*, la violencia es enunciada como la “única dimensión para forzar los impasses de la lógica”.⁵⁵ De allí, de la violencia, dice Lacan, Freud conduce a la Religión, como punto central que fundamenta una ilusión, o en términos de Lacan, a la iglesia. Sobre ese campo, sugiere que Freud avanza para situar un fundamento estructurante, introduciendo, donde no hay lógica posible, la dimensión de la violencia en el mito. De este modo se enuncia un punto de real como soporte de lo sagrado, en su anudamiento con lo simbólico y lo imaginario.

La violencia del deseo

En la reflexión sobre el amor de transferencia,⁵⁶ introducida en el *Seminario 8, La transferencia*, Lacan plantea por primera vez la expresión “la violencia del deseo”, para referirse al alcance del amor en su efusión y, a la vez, a la

⁵⁵ Jacques Lacan. *Seminario 10 Bis. Los nombres del padre*. Inédito. Clase única, 20 de noviembre de 1963.

⁵⁶ Jacques Lacan. *Seminario 8. La transferencia*. Inédito. Clase 6, diciembre 21 de 1960.

magnitud y la efervescencia de sus frutos. Tomando un ejemplo de la vida de Sócrates para ilustrar que un mero roce del amado es capaz de producir incluso una contracción, enuncia la fuerza ligada al amor y sus efectos sobre el cuerpo, su función un tanto instantánea, pero también su lado bufo, entre el extremo y el absurdo.

Hay una ocasión anterior en la cual se hace también una referencia a la violencia respecto del deseo. En *“Juventud de Gide, o la letra y el deseo”*,⁵⁷ se plantea la pregunta por el “deseo y su violencia”, que por ser la del intruso tiene su eco en el sujeto. Es ésta una violencia del deseo que habla de su carácter advenedizo y, en tanto tal, tiene su resonancia subjetiva. Como efecto del significante que viene del Otro, el sujeto sostiene una tensión especular frente al semejante y la *extimidad* de su deseo, que deviene a la vez íntimo y extraño. La fascinación y el embeleso a los que apunta el deseo conjugan el encuentro con la muerte, puesto que la entrada en el orden significante es el ingreso en la dimensión de la muerte, instalando ante lo ominoso insondable en su comando deletéreo. Precisamente la violencia del deseo puede decir de su fuerza, pero también de su veta mortífera.

Esa conjunción ha sido inaugurada por Freud con su formulación sobre el instinto de muerte, a propósito del cual puede advertirse “que un cumplimiento de la vida puede confundirse con el anhelo de ponerle término”.⁵⁸ Cuando el sentimiento deriva en el máximo de amor, “si amar es dar lo que no se tiene”,⁵⁹ se otorga “la inmortalidad”.⁶⁰ Así, con relación al deseo, el objeto amado implica una relación mortífera y, a la vez, el encantamiento del ideal.

⁵⁷ Jacques Lacan . “Juventud de Gide, o de la letra y el deseo”, abril de 1958, en: *Escritos* 2. *Op. Cit.*

⁵⁸ *Idem.*, p.734.

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ *Idem.*

La violencia, el cuerpo y la pulsión

Lacan plantea el cuerpo como extraño al sujeto, en una relación de tenencia que no define al ser en su existencia: “uno lo tiene, uno no lo es”.⁶¹ Hacerse a un cuerpo implica la subjetivación de la carne y de los órganos que se pone en operación por el trazo del significante, como su efecto. Pero, más allá de la carne y de la imagen confusa que se tiene del cuerpo, el sujeto tiene con su cuerpo una relación “imperfecta”⁶² marcada por el significante, por cuanto no hay coalescencia posible.

Frente a una “violencia sufrida corporalmente”,⁶³ sorprende que pueda ser una cosa “ambigua”, puesto que así como hay algunos que no tienen “afecto” a esa violencia, es posible también que produzca placer; es decir, que en ello no está excluido el masoquismo. Pero, tal como lo sugiere Lacan a propósito de Joyce, lo más impactante, son las metáforas en las que se inscribe la relación con el cuerpo,⁶⁴ que aluden a una invención singular del sujeto respecto de su cuerpo.

En el *Seminario 22, RSI*,⁶⁵ hay una referencia a la biología para decir que al forzarse el significante, al devenir con un acento diferente, la biología lo logra de la violencia. Es allí donde aquel que establece el texto, marcando su instalación del lado de lo humano, transcribe vio-logie (vio-logía), para decir: lo que lleva a la violencia. En su desciframiento se enuncia que el sexo llega a producir, como un accidente de su recorrido, una enfermedad en el *parlêtre*, una desproporción fundamental de la no-relación, en tanto hablante ser, como ser atravesado por el lenguaje.

⁶¹ Jacques Lacan. *Seminario 23. El síntoma*. Inédito. Clase 11, mayo 11 de 1976.

⁶² *Idem*.

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ *Idem*.

⁶⁵ Jacques Lacan. *Seminario 22. RSI*. Inédito. Clase 9, abril 8 de 1975.

En el escrito sobre Hamlet,⁶⁶ se introduce la idea de que hay algo que envenena al padre por la oreja, una palabra, el misterio de la voluptuosidad. A propósito de la madre, entra allí alguna *hybris* por el ideal del padre, ideal del caballero cortés cuya incidencia alcanza el cuerpo. Lacan acude a la palabra griega *hybris* que connota desmesura, insolencia, abuso, violencia. Así, insertada en esta serie, articulada al ideal y con sus efectos sobre el cuerpo, la violencia dice de su carácter.

A propósito de la pulsión sadico-masoquista, en el *Seminario 11*⁶⁷ se precisa que el dolor no tiene relación con su punto de partida; se trata de una violencia ejercida por el sujeto sobre sí mismo en un intento de dominio; en palabras de Lacan es una *Herrschaft*, una *Bewältigung*, una tentativa de dominio con fuerza.

La violencia sádica, está “en el límite de lo sexual”,⁶⁸ donde se pone en juego el sufrimiento esperado por el otro, eje de la erotización sadomasoquista y de la organización de esa estructura. La violencia queda aquí asociada al sufrimiento e inscrita en el vínculo. Está en el linde, como reaparición de lo sexual en la configuración de un *partenaire*, de un par que permite al sujeto organizar su lazo, para este caso, sadomasoquista.

A modo de síntesis

Atendiendo a lo desplegado hasta aquí en el recorrido por la obra de Lacan, se encuentra una diversidad de

⁶⁶ Jacques Lacan. *Seminario 8, la transferencia*. Inédito. Clase 21, “L’abjection de Turelure”, mayo 10 de 1961.

⁶⁷ Jacques Lacan. *Seminario 11*. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. “La pulsión parcial y su circuito”, mayo 13 de 1964. Buenos Aires, Paidós, 1989, p. 190.

⁶⁸ Jacques Lacan. *Seminario 8. La transferencia*. Inédito. Clase 14, “Demande et désir aux stades oral et anal”, marzo 15 de 1961.

formulaciones que comprometen el significante *violencia*. En particular se destaca su puesta en relación con la palabra, en un intento por precisarla respecto del orden simbólico: la violencia o la palabra, la violencia de la palabra, la palabra como violencia.

La violencia, tal como la expone Lacan, está implicada en la subjetividad, compromete el deseo, el cuerpo y el vínculo social, pero se instala en la arbitrariedad, ante la salida de la regulación, y aún en su extremo exceso se halla inscrita en el ámbito de lo humano.

Enunciar a la violencia como implícita y como excluida, como límite y, también, como exterior, más que anticipar acerca de su carácter paradójico, permite dilucidar su estructura de borde, pues si bien arraiga en lo real, así mismo, implica lo simbólico, anudándose con lo imaginario. En esa vía conviene, además, acudir a la categoría de *éxtima*, propuesta por Lacan, para esclarecerla en cuanto familiar e íntima y, a la vez, ajena, lo cual da cuenta de su carácter horrorífico, siniestro.⁶⁹

En su aproximación a la violencia, Lacan es consecuente con la etimología del término en sus sentidos iniciales de fuerza, ímpetu, fogosidad, empuje. Así podrá enunciarse la potencia del acto, del deseo, de la palabra; pero también es clara la conjunción inevitable con lo mortífero. En una de sus vías, la violencia se descifra en el daño, en la destrucción; en otra, más bien en la huella, en la marca. De ahí es posible derivarla también como la fuerza del significante a la que el inconsciente se ase y que comanda en esa función del Otro y, así mismo, como el empuje de la pulsión que podría decir de su violencia.

⁶⁹ Sigmund Freud. "Lo ominoso", en: *Obras Completas*. Tomo XVII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

Plantear que lo simbólico es previo a la violencia, implica que la antecede y propone su lugar, operando su captura. Según esto, la violencia misma tiene existencia en relación con lo simbólico; la valorización simbólica es la que orienta su sentido. O sea que la violencia no está aislada frente a lo simbólico; como acto que traza la huella del significante, hace su marca.

A propósito de la oposición que Lacan enuncia entre la palabra y la violencia, cabe además interrogar cuál es el contrario de la palabra. Aún así, colocar la violencia por fuera de la palabra, ubicándola más del lado de la pulsión introduce una paradoja, pues la pulsión, en contraposición al instinto, es montaje gramatical que implica el lenguaje y la palabra. Más parecería entonces que en la oposición planteada por Lacan, de modo implícito, la violencia se refiere a la fuerza de lo real como innombrable.

Más aún, la sugerencia de Lacan acerca de una articulación del significante y la pulsión ha conducido a reconsiderar la radical oposición de la violencia y la palabra, llevando a interrogar por su anudamiento. Así, el avance que Lacan opera en la teoría psicoanalítica abre a la exploración de lo simbólico en su conjunción con el goce. Precisamente, cuando se devela la faz mortífera de lo simbólico, a más de su faz pacificante y dialectizable, se propone una senda que permite explorar la violencia como el envés de la palabra.

Otra posibilidad queda sugerida a partir de los aportes de Lacan. Al enunciar que en su articulación con el significante la violencia adquiere su poderío trascendente y recóndito, se propone un postulado particularmente fructífero para dilucidar la historia y el devenir de los pueblos, a propósito de las particularidades del lazo social.

Queda, además, el camino abierto para continuar explorando las dimensiones y lógicas de la crueldad excesiva, aquella que Lacan ha atinado en nombrar como “sevice”,⁷⁰ pero que el traductor al español en la versión inédita que circula actualmente prefiere llamar “violencia”.⁷¹ Se trata de una humillación del sujeto en su existencia, que haciéndolo objeto, lo niega en tanto sujeto. Aquella que lo despoja, que lo destituye, de su dignidad de sujeto en un movimiento de anulación subjetiva que compromete su existencia como ser capaz de expresar un anhelo.⁷² Es decir, es la degradación que procede a “reducir a nada su existencia deseante, para reducirlo ... a algo que en tanto sujeto, tiende a abolirlo”.⁷³

En ese horizonte cabe destacar un fenómeno, conocido en todas las épocas, que permite dar curso a la eliminación del semejante con la creación de enconados enemigos: **la guerra**. Es un infausto espectáculo de pompa fúnebre y, así mismo, una majestuosa creación destructora que se erige como paradójica ilustración de lo humano. Tras su parafernalia y su preparativo, tiene a la violencia como su punto excelso. En la vía de su dilucidación, la guerra podrá ser explorada desde una perspectiva psicoanalítica que sostiene como apuesta, no la indagación por el fenómeno social, sino la pregunta por la subjetividad implicada.

⁷⁰ Jacques Lacan. *Le Séminaire. Livre 5. Les formations de l'inconscient. Cap. XIX. Le signifiant, le barre et le phallus*. Paris, Seul, 1998, p.345.

⁷¹ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Inédito. Clase 20, abril 23 de 1958.

⁷² Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 7, enero 7 de 1959.

⁷³ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Inédito. Clase 13, febrero 12 de 1958.

Segunda Parte

De la guerra

1. Los psicoanalistas y la guerra

Los psicoanalistas han tenido formas muy diversas de acercamiento al tema de la guerra. Un recorrido que no pretende ser transversal ni exhaustivo, permite señalar algunos hitos en esa aproximación y ubicar distintos momentos de la indagación planteada desde el psicoanálisis a propósito de la confrontación bélica.¹

El descubrimiento del inconsciente por Freud en las postrimerías del siglo XIX y en el amanecer del siguiente siglo, fue creando múltiples adhesiones a su teoría entre los contemporáneos europeos, formados en la interlocución con el iniciador del psicoanálisis y con sus más cercanos colaboradores. Hombres, la mayoría; mujeres, algunas, por la época fueron testigos de la Gran Guerra. Mientras que Freud mismo alcanzó a advertir los vientos preliminares del nacionalismo, a muchos de ellos les correspondió presenciar también una Segunda Guerra.

Varios psicoanalistas fueron partícipes en la confrontación bélica, unos como combatientes en el frente de guerra,

¹ Esta elaboración encuentra un soporte en la obra de Elisabeth Roudinesco y de Michel Plon, quienes proporcionan elementos básicos sobre la historia del psicoanálisis. A más de la revisión de otros autores, se retoman algunas consideraciones de Jacques Lacan acerca de los aportes desde el psicoanálisis a la guerra.

otros como médicos militares y aún como asesores en el campo de la psiquiatría de guerra. Algunos prestaron sus servicios para habilitar a los mejores militares a fin de asegurar su desempeño, otros se ocuparon de atender a quienes sufrían los efectos de la confrontación. Particularmente en la Segunda Guerra Mundial, algunos fueron activos partidarios de procesos de segregación, mientras que otros fueron horrorizadas víctimas.

Para los psicoanalistas que presenciaron la Primera Guerra Mundial, la vinculación en los frentes de guerra fue, con frecuencia, temprana en sus vidas y más tardía su adhesión al psicoanálisis. En la mayoría de los casos se trató de una experiencia silenciada que no tuvo una posterior elaboración formal contando con el soporte del psicoanálisis. Este mismo fue el caso de muchos de aquellos que vivieron en la Segunda Guerra Mundial.

Durante la Primera Guerra Mundial, hay una aproximación inicial al tema de la guerra y a su nexa con la práctica analítica, a propósito de los efectos de la conflagración bélica. Así, ésta será una ocasión para el debate y el avance teórico en psicoanálisis. Dos categorías emergen para nominarlos, el trauma y la neurosis, derivando en la noción de *neurosis de guerra* y renovando con ello la discusión sobre el origen traumático de la neurosis.

La neurosis de guerra no es una entidad clínica propiamente dicha; se la inscribe dentro de la neurosis traumática que en la psiquiatría hace referencia, inicialmente, a una afección orgánica correlativa a un traumatismo real generador de alteraciones físicas de los centros nerviosos, con consecuentes síntomas psíquicos tales como angustia, delirio, depresión, etc. Freud traslada la noción de trauma del plano orgánico al psicológico, entendiéndola como una afección eminentemente psíquica en la cual los trastornos

parecen ser producidos por un choque demasiado fuerte, una afluencia de excitación excesiva con respecto a la tolerancia del sujeto, interpretación propia de una aproximación económica.

Con el escrito de Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*,² se precisa la discusión sobre el trauma, para inquirir sobre la preeminencia de su existencia en la realidad o su particular configuración psíquica. Cuando algo ocurre que el sujeto no logra integrar a sus representaciones, adquiere el valor de trauma. Inscrito en la neurosis traumática, los síntomas se plantean consecuentes con una afección psíquica ligada a una situación amenazante de la vida. El síntoma opera un intento de repetición y puede acompañarse de inhibición de la actividad del sujeto.

Así, la perspectiva psicoanalítica logra modificar la apreciación psiquiátrica sobre la neurosis de guerra, la cual sitúa la etiología sobre lo orgánico. Los efectos vinculados a la guerra, pueden articularse con situaciones específicas, pero en tanto implican el registro fantasmático, evidencian la historia particular de cada uno, poniendo de relieve el orden subjetivo y los anudamientos implicados.

Frente al trauma, Freud aporta inicialmente su aproximación desde la repetición. Más adelante Lacan avanzará en esta noción en la perspectiva articulada a lo simbólico, para decir de un retorno insistente y repetitivo que subyace al objeto en un intento de integrarlo a la representación simbólica, evidenciado su carácter de automatismo. Pero en tanto intento fallido enuncia su existencia en el registro de lo real y, como tal, es imposible de ser simbolizado; un encuentro insoportable inscrito en el orden de la pulsión de muerte.

² Sigmund Freud, "Inhibición, síntoma y angustia", en: *Obras Completas*. Tomo XX. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

Otra aproximación se detiene en las fobias producidas en la guerra inscribiéndolas dentro de la categoría de trastornos debidos al miedo, como repulsión o terror frente a un objeto. Precisamente la fobia, término derivado del griego *phobos*, evoca aquel dios griego a quien los guerreros veneraban para conjurar el miedo antes de ir al combate. Esta nueva precisión ubica el problema en la perspectiva fóbica, colocando el meollo del asunto como síntoma y ya no propiamente como neurosis.

Por la época de Freud, varios fueron los intentos terapéuticos para la atención de los combatientes afectados. Hugh Crichton-Miller fundó en 1920 la Tavistock Clinic para el tratamiento de los denominados shell-shocks, aquellos traumas nerviosos producidos por los obuses, proyectiles disparados por piezas de artillería. Estos traumas fueron caracterizados por sus manifestaciones, tales como: temblor incontrolable, parálisis y alucinaciones. Algunos terapeutas acudieron para su tratamiento a los choques eléctricos o a la hipnosis; otros, como Freud, al psicoanálisis.

En la Primera Guerra se dio también el requerimiento de las instancias militares para develar a los llamados “simuladores”, a quienes se les imputaba que por la vía del fingimiento intentaban eludir su obligación patria. Freud estuvo atento a demostrar las ventajas del psicoanálisis cuando se vió enfrentado con el psiquiatra Julius Wagner-Jauregg, quien fue inculcado de someter inútilmente a procedimientos eléctricos a soldados acusados de simulación. Llamado a dar su opinión por una junta investigadora, Freud expuso una apreciación moderada en referencia al psiquiatra en cuestión y, más bien, insistió en criticar con vehemencia el método eléctrico y la ética de quienes acudían a éste. Recordó que el deber de todo médico es disponerse al servicio del paciente y no tomar partido por un poder estatal. Frente a la idea de la simulación, enfatizó que todos los neuróticos son

“simuladores” sin saberlo, y que precisamente en eso consiste su enfermedad. De allí que sea el descubrimiento del inconsciente lo que permite explicitar esa diferencia, ubicando el problema en un punto radicalmente distinto a la conciencia. Por lo mismo, Freud deja claro, también, que la simulación no tiene el alcance para definir la neurosis.

A este respecto, vendrán más adelante los aportes de Jacques Lacan quien acude al concepto de *Otro*, nombre bajo el cual designa un lugar esencial a la estructura de lo simbólico, “para situar *en lo verdadero* la cuestión del inconsciente, es decir, para darle el término de estructura que hace de toda la secuencia de la neurosis una cuestión y no un engaño”.³ Esta distinción permite poner en evidencia que el sujeto ejerce sus engaños precisamente para “desviar la cuestión”.⁴

Por otra parte, con el propósito de explicar la actuación justificada por las necesidades de la lucha, el amor patrio, el ideal, el compromiso con la causa, algunos psicoanalistas acudieron a la noción de intelectualización como mecanismo que atribuye a los afectos motivaciones plausibles, otorgándoles una justificación ideal. Pronto se advirtió, además, que en los tiempos de guerra, merman los suicidios y la depresión profunda, mientras que en los tiempos de aparente tranquilidad en la vida social es más prolífica la expresión de las neurosis.

A raíz de la Primera Guerra Mundial unos psicoanalistas se animaron con el propósito de extender el psicoanálisis a los problemas sociales. Siegfried Bernstein se ocupó de la atención a los niños huérfanos de guerra, hambrientos, discapacitados, traumatizados. De su cercanía a Freud

³ Jacques Lacan. “El psicoanálisis y su enseñanza”, en: *Escritos I*. México, Siglo XXI Ed., 1984, pp.435-436.

⁴ *Idem*. p.436.

derivó, además, la conformación de un grupo de psicoanalistas interesados por la niñez y la adolescencia desamparada, entre los cuales estaban, Wilhelm Hoffer, Anna Freud, August Aichhorn, inaugurando con ello ese nuevo campo para el psicoanálisis.

En los tiempos de la Segunda Guerra Mundial hubo también otras participaciones, como la de Werner Kemper, psicoanalista alemán, partidario de los postulados nazis y colaborador de Göring en el Instituto de Investigación Psicológica y Psicoterapia "Goering-Institut", del cual llegó a ser Director, instituto que agrupó a los psicoanalistas adherentes a las tesis de Hitler. Kemper adoptó posturas de tipo eugenésico y fue quien se ocupó de aplicar con rigor las políticas de selección formuladas por el tercer Reich, que consistían en enviar a la muerte a quienes presentarían "anomalías psíquicas", incluidas entre ellas, la angustia, la astenia y la hipocondría. Contó con varios colaboradores quienes atendían en su trabajo clínico personas de todas las clases sociales, en casos de neurosis, psicosis, epilepsias, retrasos y otras afecciones, con excepción de los judíos que eran excluidos de todo tratamiento y enviados de inmediato a los campos de concentración.

El vínculo de Kemper con el psicoanálisis data de antes de la Segunda Guerra, mostrando un problemático recorrido de acercamiento y oposición radical, llegando a colaborar con el nazismo en la destrucción del psicoanálisis y luego, con el mismo empeño, en el apoyo a la empresa de las políticas estalinistas. Tiempo después, radicado en Río de Janeiro, creó la segunda gran escuela brasileira de psicoanálisis.

Se destaca también el aporte de Bruno Bettelheim (1903-1990), psicoanalista, nacido en Viena y posteriormente hecho ciudadano norteamericano. A cuenta de sus impresio-

nes vividas a propósito de la Primera Guerra Mundial inicia la reflexión sobre las posibilidades de adaptación del hombre ante condiciones que le amenazan con su destrucción. En los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, Bettelheim fue detenido por la Gestapo, violentamente maltratado y llevado luego a un campo de concentración, escenario de terror y humillación. Allí avanza un trabajo reflexivo sobre la “situación extrema”, noción que formuló para hacer referencia a las condiciones frente a las cuales el hombre puede abdicar identificándose con su verdugo o, por el contrario, construir una estrategia que le permita salvaguardar la vida. Su texto *Sobrevivir*⁵ retoma estas elaboraciones, soportadas sobre sus propias vivencias. En su libro *El peso de una vida*⁶ se ocupa de nuevo de la situación de los judíos y los campos de concentración, finalizando con un polémico y, a la vez, luminoso artículo sobre la mentalidad de gueto y la implicación de los judíos en su destino.⁷ Más que la guerra, su tema propiamente es el holocausto, del cual Freud había ofrecido ya unos comentarios en una época cercana al término de su vida.⁸

Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial la comunidad psicoanalítica inglesa se movilizó activamente contra la Alemania Nazi, comprometiéndose con variadas participaciones centradas especialmente en el reclutamiento y en la actividad terapéutica. A ello alude detalladamente Lacan en su único escrito en el cual refiere de modo explícito a la guerra.⁹ Anna Freud, Dorothy Burlingham crearon las

⁵ Bruno Bettelheim. *Sobrevivir. El holocausto, una generación después*. Barcelona, Grijalbo, 1981.

⁶ Bruno Bettelheim. *El peso de una vida*. Barcelona, Ed. Crítica, 1991.

⁷ Bruno Bettelheim. “Liberarse de la mentalidad de gueto”, en: *El peso de una vida*. Op. Cit.

⁸ Sigmund Freud. “Comentario sobre antisemitismo” y “Antisemitismo en Inglaterra”, en: *Obras Completas*. Tomo XXIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

⁹ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en: *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis, No. 40. Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994.

Hamstead War Nurseries; Edward Glover fundó la London Clinic, un centro de ayuda psicológica para los tratamientos de urgencia. Algunos profesionales se vincularon al Emergency Medical Service, ocupándose de la atención de las víctimas de bombardeos aéreos. Otros psicoanalistas, tales como John Rees, Wilfred Bion, John Rickman, Ronald Hargreaves, Jock Sutherland, fueron consejeros del Comando del Ejército de Tierra para la reorganización de la psiquiatría de guerra a cargo de la War Office Selection Board (WOSB).

Una labor significativa de los psiquiatras ingleses estuvo orientada desde el psicoanálisis hacia el asunto del reclutamiento, concretándose en un modelo para la selección de oficiales, con resultados particularmente exitosos. Así mismo, con un empeño decidido se trabajó en el campo terapéutico, en el cual se destaca la labor de W. Bion. En su juventud Bion participó en el campo de batalla de lo cual extrajo una experiencia sobre la guerra, la fraternidad y lo engañoso de la jerarquía militar. En asocio con J. Rickman, quien también tuvo una experiencia en la contienda bélica, organizaron un trabajo experimental con desmovilizados, creando un modelo de grupo sin líder. De esa experiencia derivó la fundación de la primera comunidad terapéutica para la atención de militares y los fundamentos para una terapia grupal, en la cual el sentimiento de grupo constituye el soporte de la cura.

Por su parte, Edward Glover (1888-1972) formuló el carácter psicopatológico de la guerra, avanzando sus elaboraciones en su obra *Guerra, sadismo y pacifismo*, como una aproximación a los conflictos sociales en términos de neurosis.¹⁰

¹⁰ Edward Glover. *War, Sadism, and Pacifism*. London, Allen & Unwin, 1933, citado por Elisabeth Roudinesco y Michel Plon. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1998.

Con los cambios que se introducen en la guerra y en su concepción, a cuenta del surgimiento de las armas nucleares, se producen otras formulaciones más recientes, entre las cuales se destaca la del psicoanalista italiano Franco Fornari (1921-1985), a propósito de la guerra fría. Según él, la humanidad avocada a la destrucción priva a la guerra de “su clásica función paranoide de apropiación y conservación de objetos de amor tales como la tierra o la patria”.¹¹

Algunos autores se han ocupado de estudiar las consecuencias de la guerra, tales como la migración y el exilio. Es el caso de León Grinberg y Rebeca Grinberg,¹² quienes trabajan a partir de su experiencia clínica en Argentina, Israel y España, con personas de muy diversas nacionalidades que realizaron “trasplantes migratorios”. Otras elaboraciones abordan el tema desde la perspectiva del refugio y de las propuestas terapéuticas conducentes a su elaboración. Para los casos que ocurren al interior de un mismo país, se formula el problema desde el ámbito del desplazamiento. Así mismo, hay quienes se aproximan al tópico de la tortura y de la desaparición forzada, como modos de violencia política. En estos temas se destaca la bibliografía de psicoanalistas argentinos, a propósito de la experiencia del cono sur, y más recientemente de autores colombianos.¹³

También en tiempos recientes, el tema del holocausto es retomado por otros psicoanalistas con nuevos recursos teóricos, como José E. Milmaniene en su libro “*El holocausto. Una lectura psicoanalítica*”. Es éste un intento de eluci-

¹¹ Franco Fornari. *Psychanalyse de la situation atomique*. Paris, Gallimard, 1969, citado por Elisabeth Roudinesco y Michel Plon. *Op. Cit.*

¹² León Grinberg y Rebeca Grinberg. *Psicoanálisis de la migración y del exilio*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

¹³ Cf. Barudy, Jorge y Otros. *Así buscamos rehacernos. Represión, exilio, trabajo psicosocial*. Bruselas, Colat, 1980. Zuluaga, Beatriz y Otros. *La desaparición, su lógica y sus consecuencias*. Medellín, Asociación de Foros del Campo Lacaniano en Colombia, 2000.

dación sobre las motivaciones inconscientes que subyacen a los extremos insospechados de exclusión que conducen a la eliminación del semejante. Por esa vía, nuevos trabajos apuntan a dilucidar acerca de la segregación y sus extremos de exterminio, como aquellos recopilados bajo el título de *“La clínica frente a la segregación”*,¹⁴ el trabajo de Moustapha Safouan, sobre *“La palabra o la muerte”*,¹⁵ y las elaboraciones de Colette Soler,¹⁶ para nombrar algunos. Este mismo tópico fue abordado preliminarmente por Jacques Lacan, quien formuló la segregación como la otra cara de la fraternidad o, mejor aún, como su fundamento,¹⁷ despejando con ello el camino para su exploración.

Un nuevo filón se abre en la perspectiva de una línea de trabajo alrededor del odio, como oscura pasión de presencia indestructible, y de sus implicaciones en el lazo social, con la autoría de Markos Zafiropoulos y Paul-Laurent Assoun.¹⁸ En el intento de dar cuenta de las masacres sólo se halla una explicación por la referencia a la tendencia humana a ofrendarse a los dioses oscuros que inaugura la vía sacrificial, tal como ha sido planteado por Lacan.¹⁹ Tras la cohesión social lograda por la vía de la idealización y de la identificación a un rasgo común se devela el odio como raíz inconsciente en la que tiene su asiento el lazo social; el odio como afecto propio de la tendencia a la destrucción que encontrará condiciones para su desencadenamiento

¹⁴ Instituto del Campo Freudiano y Centro Interdisciplinario de Estudios del Niño (CIEN). *La clínica frente a la segregación*. Barcelona, EOLIA, 1998.

¹⁵ Safouan, Moustapha. *La palabra o la muerte ¿Cómo es posible una sociedad humana?* Buenos Aires, Ed. La Flor, 1994.

¹⁶ Soler, Colette. “El Otro, hoy. Entrevista con Colette Soler sobre el racismo”, en: *Freudiana*, Revista de la Escuela de Psicoanálisis de Catalunya, Barcelona, 1991.

¹⁷ Jacques Lacan. *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1992.

¹⁸ Zafiropoulos, Markos y Assoun, Paul-Laurent. *La haine, la jouissance et la loi*. Paris, Anthropos, 1995.

¹⁹ Jacques Lacan. *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1989.

colectivo. Dada la lógica de las formaciones de colectivo, éstas no escapan a los procesos de segregación, sino que más bien encuentran en ello su soporte y en consecuencia sus estragos. Por parte de estos autores, se enuncia una “clínica de los fenómenos colectivos” que orienta al registro narcisístico del odio y lo explora en la guerra con el devenir de los nacionalismos y de las identificaciones religiosas.²⁰

Otra vía de la pregunta sobre la guerra interroga por lo particular de la vinculación a ella. En ese horizonte, René Kaës intenta aportar precisando sobre la existencia de dos tipos de ideologías. Una ideología, relativa y abierta, articulada a la cualidad simbolizante del Ideal del Yo, puede admitir la polisemia y la apertura. La otra, proveniente de aspectos arcaicos del superyó, ligados a vertientes narcisistas y absolutas del Yo ideal, puede propender al cierre del discurso y a la obturación de los intercambios simbólicos, derivando fácilmente en lo que él llama “ideología de guerra”.

Michael Ignatieff, a propósito de la guerra étnica, acude al psicoanálisis siguiendo de cerca la elaboración freudiana para explicar el devenir de la guerra fraterna y su dinámica. De lo insoportable de la diferencia que implica el narcisismo, se deriva la intolerancia y, a la vez, la exacerbación. Pero, así mismo, se hace posible develar la paradoja del combate, donde los enemigos, al perecer uno a manos del otro, se hermanan en la muerte. De la gloria guerrera se procede a su desmitificación al enfrentarle al horror del combate. El honor del guerrero, para el cual no hay sustituto en el campo de batalla, aparece entonces como código de pertenencia y ética de responsabilidad. Introduciendo la diferencia y, por consiguiente, la posibilidad de linde, el honor guerrero dice

²⁰ Marcos Zafiroopoulos y Rithée Cevasco. “Odio y segregación. Perspectiva psicoanalítica de una oscura pasión”, en: *Freudiana*, No. 17. Revista de la Escuela Europea de Psicoanálisis, Catalunya, 1996, p.73.

de su función. Frente a esto se revelan los esquivos intentos de regulación y de límite propios de los tiempos modernos, que conminan a intervenir sobre la estética de la guerra y a pretender la humanización del exceso.²¹

Acerca de la guerra interna, aquella llamada por Freud guerra fraterna, otras elaboraciones han centrado la pregunta en la elección subjetiva que implica la adhesión a la guerra y su mantenimiento en ella, desentrañándola en la perspectiva de una elección que compromete el envite de la vida y el reto a la muerte. Haciendo su inmersión en las lógicas de la guerra, el sujeto se instala en la vertiente del sacrificio. De allí que en la guerra, más allá del ideal, sea posible descubrir su anudamiento con el goce, dando vía a lo pulsional.²² El retiro de la guerra es también la ocasión para tematizar acerca del movimiento subjetivo implicado en la renuncia a la postura guerrera, constituyéndose una vía para esclarecer acerca de la pérdida que está en juego en el paso a una vida civil.²³

El 11 septiembre de 2001 marca un hito a nivel mundial que lleva a múltiples pronunciamientos con algunas intervenciones por parte de psicoanalistas. Un tema que se plantea como obligante es ahora el terrorismo y, como personaje central, el kamikasi. Desde la perspectiva del discurso que da cuenta del lazo social, la confrontación bélica que se inaugura es una nueva ocasión para decir sobre las lógicas de la guerra y la configuración de enemigo, los destinos de la retaliación, las justificaciones y sus alcances.

²¹ Michael Ignatieff. *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Madrid, Taurus, 1999.

²² Castro, M. C. y Díaz, C. L. *Guerrilla, reinserción y lazo social*. Bogotá, Almudena, 1997, y Castro, M. C. *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2001.

²³ *Idem*.

Entre todas las elaboraciones se destaca el trabajo inaugural de Freud, quien con su agudeza, introduce desde el psicoanálisis a una exploración exhaustiva de la guerra. Más allá del fenómeno social, su pregunta apunta a la subjetividad implicada para indagar cómo es posible la inmersión en la guerra, pero también para explorar las implicaciones en el vínculo social. Su primer tratado sobre la guerra, escrito a pocos meses de iniciada la Primera Guerra Mundial, evidencia su profunda extrañeza y su desilusión por cuanto "... la guerra, en la que no quisimos creer..."²⁴

Para Freud, no hay guerra buena. A pesar de las justificaciones y argumentos, en la contienda bélica siempre se anteponen las pasiones. Cruel y encarnizada, devastadora y sangrienta, transgrede con su furia ciega todas las restricciones, destrozando los lazos sociales y sembrando el encono. En los tiempos de la guerra se evidencia, así mismo, la ínfima eticidad de los Estados, cuando de su papel de guardianes de las normas éticas pasan a comandar la carrera desenfrenada de la muerte. La extrañeza de Freud se arraiga también frente al torbellino de la guerra que involucra apasionadamente, aún a los mejores hombres. Es así, para Freud, una comprobación del poder omnímodo de la guerra.

Un nuevo movimiento teórico es posible a partir del aporte freudiano sobre la pulsión de muerte, como un más allá del principio del placer, que no deja otra posibilidad para los hombres si se los juzga por las mociones inconscientes del deseo, sino de reconocerlos como una "gavilla de asesinos".²⁵ La inclinación a agredir de la cual no es posible desprenderse puede llevar, así mismo, al sujeto a su propia aniquilación.

²⁴ Sigmund Freud. "De guerra y muerte. Temas de actualidad", en: *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p.280.

²⁵ *Idem.*, p. 298.

Dando posibilidad a la crueldad y a la perfidia, la guerra aparece, para Freud, como evidencia de la maldad humana y de la infructuosa labor de la cultura en su desarraigo; de ahí la desilusión que acarrea. Pero, más que eso, es la constatación insoslayable del empuje y pervivencia de la pulsión en su cara mortífera. En la guerra, Freud discierne un “más allá” de la defensa: estando en juego la apuesta de la vida y el placer de agredir o destruir, orienta a la satisfacción de la inclinación pulsional.

En la ficción de igualdad articulada a una causa encuentra posibilidad de soporte y, a la vez, deriva su potencia el colectivo guerrero, constituido sobre la exclusión radical. En otras palabras, es en la ligazón de sentimientos generados y en la compulsión a la violencia que Freud encuentra el fundamento del colectivo. Y en ausencia de uno de estos elementos, dice él, el otro puede garantizar la cohesión.²⁶

Así, en la vía del narcisismo que compromete las pequeñas diferencias, se da curso a la pulsión convirtiendo en enemigo al opositor. Es la puesta en operación de esa fuerza enigmática que lleva hasta el exterminio y la devastación.

La obnubilación de la guerra, así mismo, alcanza a los combatientes victoriosos que regresan, dice Freud, impertéritos de la confrontación bélica después de dar muerte al enemigo, sin que se turben ante sus actos.

En esa “disarmonía”²⁷ propia del ser humano frente a la muerte y al semejante, implicada en el inconsciente, se instala la guerra. De ahí su carácter ejemplificante de la vida pulsional.

²⁶ Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”. *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

²⁷ *Idem.*, p.300.

Una nueva vuelta al tema de la guerra, realizada en 1932 a propósito de su comunicación con Einstein, le permitirá a Freud precisar la conjunción vital y mortífera que da fuerza a la pulsión. En la confrontación bélica Freud reconoce desde motivos magnánimos hasta vulgares, y aún en los motivos ideales halla un pretexto para dar curso a la inclinación destructiva. De los desmedros estéticos y de las crueldades derivan para el hombre beneficios y perjuicios, revelándose la vida pulsional en sus mociones conjugadas y contrarias.²⁸

El aporte freudiano logra una nueva posibilidad de trabajo con las contribuciones posteriores de Jacques Lacan a la pulsión de muerte y, en particular, con la formalización del concepto de *goce*. De allí, la pregunta por la guerra tiene la ocasión de reformularse, para inquirir por lo que motiva hacia ella, su implicación en el orden de la subjetividad y en el lazo social, así como su usufructo. Se trata precisamente de una posibilidad para darle curso al tema que Freud deja propuesto: “la psicología de los combatientes”.²⁹ Pues, a más de la preocupación por las consecuencias de la guerra, está para Freud la inquietud sobre las alteraciones producidas en aquellos que en la batalla arriesgan su vida.

²⁸ Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”. *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires, Amorrotu, 1976, p.300.

²⁹ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. *Op. Cit.*, p.292.

2. Lacan y la guerra

Preliminares

Aparentemente la guerra no es un tópico de particular preocupación para Lacan, quien no se detuvo, como sí lo hizo Freud, a plantear una pregunta frente a ésta y a sostener a ese respecto una exploración detallada. En términos generales, Lacan es en cierto modo esquivo frente al tema, pero siempre vuelve al asunto de la guerra, aunque parezca de soslayo, para reparar sobre sus lógicas y, así mismo, para ilustrar, a modo de iluminación, sobre el sujeto y el lazo social. De ahí que el tema de la guerra esté presente a lo largo de su trabajo en momentos muy diversos. Si bien de la guerra todos hablan “a tontas y a locas”,¹ Lacan logra advertir su carácter complejo y ejemplar. Aún así, es algo de lo cual no siente agrado recordar.²

Nacido en 1901, en Francia, y viviendo hasta 1981, puede decirse que Jacques Lacan fue un hombre-entre-dos-guerras. Sin embargo, sorprenden por lo exiguas las referencias con respecto a su propio vínculo con la guerra. Eso mismo se encuentra en la extensa obra biográfica sobre

¹ Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico*. Inédito. Clase 7, “El acto psicoanalítico”, enero 24 de 1968.

² Jacques Lacan. *Seminario 21. Los incautos no yerran (Los nombres del padre)*. Inédito. Clase 3, diciembre 11 de 1973.

Lacan de Elisabeth Roudinesco, quien escasamente alude a este tópico.³

Lacan era un adolescente cuando su padre fue movilizado al ejército en la Primera Guerra Mundial, con el grado de sargento de caballería y destinado al área de abastecimiento alimenticio. Se sabe también que por los tiempos de esa misma guerra, el patio de su colegio se convirtió en un hospital, donde fueron llevados soldados heridos en el frente. En la Segunda Guerra Mundial, Lacan fue enrolado en el servicio especial en un rango en el cual pudo apreciar acerca de la ineptitud de los superiores para la guerra, aunque sólo fuese “de oídas”, tal como él mismo lo anota en una oportunidad.⁴

Difícil suponer entonces que fuera inocua la partida del padre y también el espectáculo de heridos y amputados de guerra que habría presenciado en una época temprana de la vida o sus vivencias en una Segunda Guerra que llegó hasta las calles de su propia ciudad.

Su visita a Inglaterra, en 1945, pocos días después de que allí se celebrara su victoria en la Segunda Guerra Mundial, lo motivó a escribir el único texto en el cual se ocupa específicamente de la guerra.⁵ No deja de ser un tanto extraño que sea en otra latitud donde Lacan se permite expresarse sobre la guerra, mientras se mantiene tan mesurado respecto a aquellas que directamente pudo presenciar.

Se trata aquí de un escrito que corresponde a sus apreciaciones a propósito del desempeño de los psiquiatras in-

³ Elisabeth Roudinesco. *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

⁴ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en: *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis. No. 40. Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994.

⁵ *Idem*.

gleses en esa confrontación bélica. Analiza las innovaciones propuestas por ellos desde lo que llamó “una intervención psicológica de filiación psicoanalítica”,⁶ que descubría en el trabajo de grupo el éxito de la selección de oficiales y el principio de una cura, llegando Lacan a valorar su labor como el instrumento con el cual le fue posible a Inglaterra ganar esa guerra.

Es esta una ocasión que le permite hacer algunas referencias sobre el carácter de la guerra, su dinámica, el colectivo guerrero, la incidencia sobre los combatientes, la rehabilitación de los prisioneros de guerra y de los combatientes en la vida civil, así como sobre los efectos en la población. Son aportes puntuales, en una perspectiva que en términos generales se mantiene fiel al planteamiento freudiano. Si bien corresponden a una época en la cual iniciaba los avances en su formulación teórica y conceptual, no constituye una articulación exhaustiva de esas elaboraciones al tema tratado.

Aún así, alcanza a introducirse en puntos sugestivos, como son la estructura y función de la tropa y el papel de la identificación en la construcción de un ejército. Así mismo, alude al efecto de degradación de tipo viril que encuentra en la guerra a escala colectiva, explicativo de la ineptitud de algunos oficiales en la guerra, tema que había tratado en una publicación de 1938 sobre la familia,⁷ como referido a “la decadencia social de la *imagen* paterna.”⁸ El apartado que concluye su intervención abre un camino para una exploración de la guerra desde el psicoanálisis, introduciendo una importante alusión a los poderes del superyo que conminan a una apuesta sacrificial.

⁶ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en: *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis. No. 40. Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994, p.24.

⁷ Jacques Lacan. *La familia* (1938). Buenos Aires, Homo Sapiens, 1977.

⁸ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”. *Op. Cit.*, p. 19.

Pero los aportes de Lacan se opacan en el texto, por cuanto se le encuentra atrapado en el matiz psicológico que influenciaba los programas comentados, cuyo énfasis estaba puesto en cualificar el reclutamiento de oficiales y en la labor terapéutica orientada a la salud mental de los movilizados, que a futuro podría extenderse, según él, hacia una profilaxis social.

En varios apartes de sus *Escritos* y de sus *Seminarios* Lacan también menciona la guerra. En muchas ocasiones alude a ésta como una referencia cronológica, pasando por encima de su carácter específico, para hacerla una temporalidad, de guerra o de posguerra; pero en otros casos se detiene a explicitar sus reflexiones. Una exploración cuidadosa de esos momentos alcanza a vislumbrar sus elaboraciones formuladas en varias vías y articulada a diversas discusiones.

Su aproximación a un problema tan vasto queda precisada y se circunscribe al enunciado de que, como analistas, “nos reducimos a la cuestión de la subjetividad”.⁹

La guerra, ese “rugido del fondo universal”,¹⁰ si bien ha aportado su enseñanza sobre la neurosis y su génesis, según Lacan, muestra sobre todo su extrema exigencia que anonada en su expresión florescente “en cuanto a los sujetos cada vez más neutros en una agresividad cuyo patetismo es indeseable”.¹¹ Se trata de una neutralidad que convoca y pone en escena una nueva ética.

En la dimensión subjetiva que se manifiesta en el malestar de las civilizaciones, el hombre dice de su desgarramiento original, que revela hasta el fondo del ser su

⁹ Jacques Lacan. *Seminario 10. La angustia*. Inédito. Clase 23, junio 19 de 1963.

¹⁰ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”, mayo de 1948, en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984, p.115.

¹¹ *Idem.*

cuarteadura, constituyendo en cada instante su mundo por medio del suicidio.¹² Es este el modo al que recurre Lacan para hacer referencia al develamiento freudiano, esto es, a la pulsión de muerte. De allí que en la guerra, en su empeño de destrozo y de muerte, sea posible reconocer el trazo de lo humano.

Los “sordos desmoronamientos”¹³ de la guerra se coaligan con la “desgarradura humana”¹⁴ que la acompaña. “Campanadas de odio y tumulto de ... discordia, soplo pánico de la guerra...”,¹⁵ impulso que sólo se detiene en los confines y cuyo eco repercute “allí donde no es justo decir que la historia pierde su sentido pues es donde encuentra su límite; allí donde sería incluso erróneo creer que la historia está ausente, puesto que anudada ya sobre varios siglos, no adquiere sino peso por el abismo que dibuja su horizonte demasiado corto”.¹⁶

Múltiples intentos se han dado para discernir la guerra sin llegar a comprenderla, señala Lacan. Ante la interlocución entre Freud y Einstein sobre ¿Por qué la guerra?,¹⁷ destaca el empeño de estos por dilucidarla y, a la vez, considera su escaso logro. A ese respecto, Lacan formula que lo oculto de la guerra es aquello que parece imposible: “la ausencia de relación”.¹⁸ Exponiendo lo imposible del encuentro, la guerra intenta el borramiento de las diferen-

¹² Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”, mayo de 1948, en: *Escritos I*. México, Siglo XXI Ed., 1984, p.116.

¹³ Jacques Lacan. “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, 1955, en: *Escritos I. Op. Cit.*, p.385.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”, en: *Obras completas*, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

¹⁸ Jacques Lacan. *Seminario 21. Los incautos no yerran. (Los nombres del padre)*. Inédito. Clase 2, 20 de noviembre de 1973.

cias, a la vez que en la radicalidad la explaya. Se abre así un camino para descifrar la guerra en su paradoja.

Frente a esto, aclara Lacan, al psicoanálisis le queda como tarea cotidiana en la clínica una apertura en la vía de “una fraternidad discreta por cuyo rasero siempre somos demasiado desiguales”.¹⁹

De manera directa Lacan califica la guerra como una forma de “comercio interhumano”.²⁰ Con ello la inscribe como una relación que compromete el vínculo entre los semejantes, en la cual está implicada una negociación, un trato, un intercambio, un pago, una apuesta.

Una indagación por los momentos en los cuales Lacan se refiere de manera explícita a la guerra a lo largo de sus *Seminarios*, sus *Escritos* y otros textos suyos, es el trabajo que se emprende. La mayor posibilidad de este empeño se encuentra por la vía de un reordenamiento de sus formulaciones, articulándolas alrededor de unos ejes temáticos que permiten dimensionar su aporte.

La guerra y las producciones

La guerra es esplendor de destrucción y de muerte y, como tal, Lacan la evoca en sus marcas: ciudades devastadas, restos descombrados, y las mal llamadas “ruinas”, en tanto alude con pretensión aduladora a un prestigio funesto asociado a la Roma antigua.²¹ Deja también sus signos en la “depresión reactiva a escala colectiva”,²² así como un agotamiento de las fuerzas creativas que contarían el requisito de eficacia de la guerra moderna.

¹⁹ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”. *Op. Cit.*, p.116.

²⁰ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 6, “¡Atrás caballo!”, diciembre 11 de 1957. Buenos Aires, Paidós, 1999, p.115.

²¹ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”. *Op. Cit.*, p.10.

²² *Idem.*

Lacan sugiere, así mismo, que la guerra es fuente de creación y de producciones. En muchos casos “se vio dando luz al progreso”, por ella y para ella.²³ Precisamente recuerda que no es casual que sea en los tiempos de la guerra, de la Primera Guerra Mundial, cuando Freud elabora su trabajo sobre el narcisismo y, así mismo, toda su metapsicología. En ese mismo sentido, destaca el factor tónico que encuentra en los aportes de la psiquiatría inglesa a la guerra.

Otra muestra de inventiva la encuentra Lacan en la configuración de los adversarios, que en la guerra progresa magnífica con la creación de nuevas formas para dar curso a su oposición.

De modo más general, la guerra es enunciada por Lacan, en un tiempo temprano de su trabajo, como “comadroneada obligada y necesaria de todos los progresos”.²⁴ Es ésta una tesis muy familiar a los historiadores y, de cierta manera, en contravía del planteamiento de Freud, quien no pudo aceptar que la guerra fuera “el padre de todas las cosas”.²⁵

Como creación y como destroz, Lacan interpela de manera aguda la guerra en su trasfondo humano, al inquirir si estará “motivada por una concordancia con la necesidad o por esa identificación cuya imagen Dante en su infierno nos muestra en un beso mortal”.²⁶

El colectivo militar y la guerra

Lacan destaca los aportes de Freud a la comprensión de la tropa, de su conformación y funcionamiento, en los

²³ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”. *Op. Cit.*, p.25.

²⁴ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”. *Op. Cit.*, p.115.

²⁵ Sigmund Freud. “16° Conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría. Conferencias de introducción al psicoanálisis”, en: *Obras Completas*. Tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p.224.

²⁶ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”. *Op. Cit.*, p.115.

cuales el asunto del mando y de la moral son explicados por la vía de la identificación, rescatando con ello el tema de las manos de la milicia que tradicionalmente había monopolizado este tópico.

Consecuente con el planteamiento freudiano, Lacan resalta que por la vía de la identificación es posible “el encantamiento destinado a reabsorber totalmente las angustias y los miedos de cada uno en una solidaridad del grupo en la vida y la muerte”.²⁷ Como objetivo se tiene en la mira a la homogeneidad y a la subordinación al servicio de las armas.

A propósito de la identificación horizontal Lacan introduce una cierta controversia con las formulaciones de Freud, pues si bien ésta ha quedado allí sugerida, a criterio de Lacan, es un eje que Freud desatiende en beneficio de la identificación vertical con el líder, a la cual da prioridad.

Es claro entonces para Lacan que en el escenario de la guerra se trata de hacer surgir una tropa en marcha a partir de un agregado irreductible de hombres. Para esto son imprescindibles dos requisitos: un enemigo que ligue al grupo ante una amenaza común propia de las extravagancias de la guerra y un jefe que sirva de soporte, que de margen a las debilidades de sus hombres y que con su autoridad logre mantener el límite.

El odio y la guerra

Para Lacan, en la guerra hace presencia el odio, donde algunos privilegiados lo realizan plenamente.²⁸ En la dimensión imaginaria del odio, la destrucción del otro se inscribe en la estructura misma de la relación intersubjetiva, pos-

²⁷ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”. *Op. Cit.*, p.11.

²⁸ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Clase 22, “El concepto del análisis”, julio 7 de 1954. Buenos Aires, Paidós, 1981, p.404.

tulada por Hegel como callejón sin salida de la coexistencia de dos conciencias, en una lucha por puro prestigio. Es “la relación de exclusión que estructura ... una relación dual”.²⁹ Una “guerra”³⁰ en la que se pone en juego la existencia del uno o la del otro, una captación imaginaria que compromete radicalmente la oposición entre el “tu o yo”.³¹

Durante la guerra, la aspiración de dominio lleva a creerse amo, a creer “que basta con tender la mano para tomar”.³² Es muchas veces la ocasión para un “cerco cultural” que en su afán de dominio provoca su deplorable expansión³³ con un aciago desenlace.

En su dimensión imaginaria, la guerra se encuentra enmarcada por lo simbólico y, “en consecuencia el odio no se satisface con la desaparición del adversario... aspira a su envilecimiento, su pérdida... su negación total, su subversión. En ese sentido... es una carrera sin fin”.³⁴

Como “civilización del odio”,³⁵ en los tiempos actuales queda allanado el empeño de la destrucción sin asumir en su ardor la vivencia del odio. Pretextos, justificaciones y razones, organizadas en el discurso, recubren el odio y saturan “la llamada a la destrucción del ser. Como si la objetivación del ser humano en nuestra civilización correspondiera a lo que –en la estructura del ego– es el polo del

²⁹ Jacques Lacan. “La cosa freudiana o del sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”. *Op. Cit.*, p.411.

³⁰ *Idem.*

³¹ *Idem.*

³² Jacques Lacan. *Seminario 2. El yo en la teoría del Freud*. Clase 6, “Freud, Hegel y la máquina”, enero 12 de 1955. Buenos Aires, Paidós, 1984, p.115.

³³ Jacques Lacan. *Seminario 3. Las psicosis*. Clase 16, “Secretarios del alienado”, abril 25 de 1956. Barcelona, Paidós, 1985, p.302.

³⁴ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. “El concepto de análisis”. *Op. Cit.*, p.403.

³⁵ *Idem.*

odio”.³⁶ Se expresa de este modo, el odio como una vía de realización del ser.

Así, el dominio imaginario es enunciado por Lacan como el pivote de la relación intersubjetiva mortal.³⁷ En el *Seminario 20*, alude a su texto “*El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*”,³⁸ escrito según él en la época de ausencia de futuro promisorio después de la guerra, en el cual alcanza a considerar la intersubjetividad como “salida salvadora”.³⁹ Pero ahora, en este posterior momento de su elaboración, enfatiza en una dimensión que trasciende lo imaginario, al abrir un nuevo lugar para la subjetividad en un movimiento que reconoce al otro en su diferencia. Según Lacan, lo que ha de considerarse que opera como soporte para el sujeto no alude a “cuando es uno entre otros, sino cuando es, en relación a los otros...”⁴⁰

La dialéctica de la mirada

Inscrita en la relación intersubjetiva que sostiene la alienación del sujeto, Lacan explora la “dialéctica de la mirada” y su función en la guerra.⁴¹ Es ésta una ocasión en la cual dilucida sobre la mirada dando primacía a la dimensión especular. El asunto no se ubica sólo a nivel de los ojos, pues estos pueden estar inclusive encubiertos. Por ello, la mirada no implica meramente el rostro del seme-

³⁶ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. “El concepto de análisis”. *Op. Cit.*, p.403.

³⁷ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. “El orden simbólico”. *Op. Cit.*

³⁸ Jacques Lacan. “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, en: *Escritos 1. Op. Cit.*

³⁹ Jacques Lacan. *Seminario 20. Aún*. Clase 4, “El amor y el significante”, enero 16, 1973. Buenos Aires, Paidós, 1985.

⁴⁰ *Idem*. p.63.

⁴¹ Jacques Lacan. *Seminario I, Los escritos técnicos de Freud*. “El orden simbólico. *Op. Cit.* p.327.

jante “sino también la ventana tras la cual suponemos que nos está acechando”.⁴² Para Lacan, la mirada es entonces la que refiere al “objeto ante el cual el sujeto deviene objeto”.⁴³

Según Lacan, en la guerra hay el supuesto de estar “bajo una mirada que... acecha”,⁴⁴ no propiamente por el temor al ataque del enemigo, pues esto sería más bien un alivio, al permitir deducirlo. Lo importante en los tiempos de guerra es saber aquello que imagina el otro y lo que detecta de mis acciones en la avanzada, porque en lo esencial se procura ocultar al otro las propias acciones. Se trata entonces de “una astucia”,⁴⁵ en la capacidad de proceder al engaño frente a las propias actuaciones, por la vía del artificio.

En este plano se sostiene, según Lacan, la dialéctica de la mirada, que opera como un soporte de la lógica guerrera. “Lo que cuenta, no es que el otro vea dónde estoy, sino que vea a dónde me dirijo”.⁴⁶ Lo que importa es su anticipación conclusiva. Como propio de la relación intersubjetiva, “lo esencial no es lo que está ahí, lo visto. Lo que es la estructura, es lo que no está ahí”.⁴⁷ En este punto de su trabajo, Lacan devela una prioridad de la dimensión especular en la guerra, descifrándola en el paso a paso, en la mirada a mirada, que lo aproxima a la dialéctica de la guerra enunciada por el gran teórico castrense, Karl von Clausewitz.⁴⁸

En la acechanza, en la trampa, en el artificio, con su empeño de desorientación, hace emergencia algo más que

⁴² Jacques Lacan. *Seminario I, Los escritos técnicos de Freud*. “El orden simbólico”. *Op. Cit.*, p.321.

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*, p.327.

⁴⁵ *Idem.*

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ Karl von Clausewitz. *De la guerra*. Barcelona, Labor, 1992.

la erección fascinante del combate. Según Lacan, se está en una relación intersubjetiva que no trasciende la “función del engaño”.⁴⁹

De la guerra y el camuflaje

A propósito de la dialéctica del ojo y de la mirada, explorada en el *Seminario 11*, Lacan precisa que “no hay coincidencia alguna, sino un verdadero efecto de señuelo”.⁵⁰ En esa dimensión imaginaria se despliega la actividad mimética, propia de las tácticas de guerra, en la que el sujeto se inserta en un cuadro, poniéndose al resguardo en camuflaje, abigarrándose en un fondo abigarrado.

En la guerra, está también la intimidación que implica una sobre valoración que se intenta lograr por la apariencia.⁵¹ Sin embargo, ahí aclara Lacan, que “... conviene no apresurarse en recurrir a la subjetividad.”⁵² Tratóndose de la imitación, es sin duda la reproducción de una imagen, pero en lo fundamental es para el sujeto “insertarse en una función cuyo ejercicio se apodera de él”.⁵³ Es ésta una importante precisión, por cuanto le permite a Lacan explicitar el soporte simbólico que puesto en operación captura al sujeto, trascendiendo con ello una aproximación meramente desde la dimensión imaginaria.

La teoría de los juegos

Según Lacan, la relación intersubjetiva desplegada en lo imaginario está comprometida en una “regla de jue-

⁴⁹ Jacques Lacan. “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en: *Escritos 1. Op. Cit.*, p.505.

⁵⁰ Jacques Lacan, *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Clase 8, “La línea y la luz”, marzo 4 de 1964. Buenos Aires, Paidós, 1989, p.109.

⁵¹ *Idem.* p.107.

⁵² *Idem.*

⁵³ *Idem.*

go”.⁵⁴ De allí que para él, la “teoría de los juegos” sea un modo fundamental de analizar esa relación. Por esta vía esclarece su inscripción en la dimensión simbólica⁵⁵ y de paso precisa que dicha regla atañe a todas las funciones de la vida humana. Dado que lo esencial no es la presencia sino la ausencia que organiza la estructura, ser deseante deja en suspenso el juego, orientado a los desafíos de la búsqueda en el fantasma, en “un desfasaje del objeto de deseo respecto al objeto real”.⁵⁶

La teoría de los juegos concierne entonces, según Lacan, a la teoría de la guerra.⁵⁷ La guerra desprendida de su contingencia, es un juego que implica la intersubjetividad, una relación de coordinación intersubjetiva. Pero, como en el juego de azar, en la guerra el sujeto va allí a probar su suerte y también a develar su destino. En la guerra, precisamente cuando no se tiene a nadie enfrente, se revela algo que le es propio al sujeto: “el azar del inconsciente”.⁵⁸ De este modo, más allá de la intersubjetividad, la guerra pasa a ser pensada como prosenio del sujeto, es decir, como ocasión que pone en escena la subjetividad.

El objeto y el cuerpo

En el punto en que se alcanza algo de lo real en lo que tiene de insondable se pone en evidencia, según Lacan, la relación narcisista. El objeto deviene estructurado a imagen del cuerpo del sujeto narcisista y en el cuadro perceptivo

⁵⁴ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. “El orden simbólico”. *Op. Cit.*, p.326.

⁵⁵ *Idem.*, p.327.

⁵⁶ Jacques Lacan. *Seminario 8. La transferencia*. Inédito. Clase 28, junio 28 de 1961.

⁵⁷ Jacques Lacan. *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Clase 23, “Psicoanálisis y cibernética o de la naturaleza del lenguaje”, junio 22 de 1955. Buenos Aires, Paidós, 1984, p.443.

⁵⁸ *Idem.*

reaparece siempre esa imagen especular del sujeto, su reflejo, confiriéndole una particular inercia. Es una imagen que puede estar disimulada aún por completo y que puede revelar un “punto de angustia en el que el sujeto choca con la experiencia de su desgarramiento”.⁵⁹

¿Podrá decirse que el sujeto forja en la guerra su objeto, para recrear en ella la imagen de cuerpo? Al menos es posible vislumbrar dentro del siniestro espectáculo que ofrece la guerra en su luminaria majestuosa, así como en su oscuridad, ese fundamental trasfondo narcisista, en el anudamiento que implica subjetivamente a cada uno. En la guerra se pone el cuerpo, cuerpo im-propio, cuerpo del otro, que se expone en sus investiduras, en sus destrozos y cicatrices. Es escenario horrorífico en el cual se re-conoce el sujeto, punto de real en el cual el sujeto no puede soslayarse. Pero siempre habrá el recurso de las ardidess subjetivas que operan su velamiento, del espejismo del ideal, de la ocasión para la transgresión, como posibilidad de dar curso al goce.

La guerra y su nevadura significativa

Para Lacan, la guerra se inscribe en contraposición a la paz. Esta, al igual que muchas oposiciones, “no se desprenden del mundo real”,⁶⁰ sino que más bien le dan su armazón, su estructura, derivando para el sujeto una realidad y permitiéndole no perderse en ella. “La noción de realidad supone esa trama, esas nevaduras significantes”.⁶¹ De allí que gracias al soporte simbólico de la gue-

⁵⁹ Jacques Lacan. *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Clase 14, “El sueño de la inyección de Irma (fin)”, marzo 16 de 1955. *Op. Cit.*, p. 254.

⁶⁰ Jacques Lacan. *Seminario 3. Las psicosis*. Clase 15, “Acerca de los significantes primordiales y de la falta de uno”, abril 18 de 1959. *Op. Cit.*, p. 284.

⁶¹ *Idem.*

rra el sujeto no se escamotee plenamente en una especularidad radical. Esa “estructura”, esa organización de la guerra, en tanto inscrita en un orden signifiante, puede favorecer, así mismo, un punto de límite que sostenga al sujeto en una contabilidad, operando alguna regulación de su goce.

En “ese gran fenómeno, el de la guerra”⁶² se ponen en escena las funciones humanas en su vínculo con lo simbólico. La elección guerrera es la apuesta por un nombre en la cual el sujeto se subsume arriesgando la vida. Se ocupa un lugar, se cumple una función en el orden simbólico, que imperiosa obliga y somete. Los ejércitos son, al decir de Lacan, “discursos ambulantes”, que se sostienen únicamente porque atribuyen a alguno el ser su capitán.⁶³ El poder de quien asume el mando, el jefe guerrero, el general, representa una función respecto a la cual el sujeto está alienado, como función de la palabra cuyo soporte es el sujeto, pero que lo sobrepasa en su particularidad.⁶⁴ Así enuncia Lacan al sujeto en su relación con el signifiante, como su efecto.

Consecuente con el avance de su elaboración teórica, en el *Seminario 5*, Lacan logra dar un paso en la articulación del signifiante con el goce, al plantear “la asimilación de aquel que en su posición y en su función de... general, goza de su posición”.⁶⁵ Es esto a lo que Lacan llama “una erotización de la relación simbólica”.⁶⁶

⁶² Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones de inconsciente*. Clase 14, “El deseo y el goce”, marzo 5 de 1958. *Op. Cit.*, p. 271.

⁶³ Jacques Lacan. *Seminario 21. Los incautos no yerran. (Los nombres del padre)*. Clase 2. *Op. Cit.*

⁶⁴ *Idem.*, p. 271.

⁶⁵ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 14, “El deseo y el goce”. *Op. Cit.*, p. 272.

⁶⁶ *Idem.*

El acto y la muerte

Para Lacan, la muerte nunca es real, nunca se experimenta propiamente,⁶⁷ por cuanto no hay palabra propia para decir de la muerte vivida. En lo que refiere al miedo, éste se despliega en el plano imaginario, trascendiendo el orden biológico. Ante el terror a la muerte, que conmina al sujeto como Amo Absoluto, Lacan formula su subordinación al temor narcisista de la lesión del propio cuerpo.⁶⁸ Pero, aún más que riesgo, la muerte es apuesta inscrita en una regla de juego que la organiza en lo simbólico.⁶⁹

En la relación imaginaria primitiva, cuyo fundamento mortífero Lacan destaca, el sujeto se enfrenta de “forma bruta”⁷⁰ a la oscilación entre dos objetos irreconciliables que conduce “a un desenlace destructivo, incluso asesino”.⁷¹ Para que esa dialéctica pueda sostenerse se requiere que el combate no termine por falta de combatientes, es decir, que la muerte no sea realizada, o más propiamente, que se opere en la dimensión imaginaria.⁷²

Pero en la guerra, el paso al acto, como precipitación subjetiva y a la vez como padecer, despliega la muerte en lo real, en el sin sentido y el desborde. Esto deja al sujeto orientado a poner en escena el encuentro de su acto y su propia muerte.⁷³ En la vía de la relación narcisista, del “yo

⁶⁷ Jacques Lacan. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. “El orden simbólico”. *Op. Cit.*, p.326.

⁶⁸ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”, en: *Escritos 1. Op. Cit.*

⁶⁹ *Idem.*, p.326.

⁷⁰ Jacques Lacan. *Seminario 4. La relación de objeto*. “La función del velo”, Clase 9, enero 30 de 1957. Barcelona, Paidós, 1994, p.162.

⁷¹ *Idem.*

⁷² Jacques Lacan. *Seminario 0. El mito individual del neurótico. (El hombre de las ratas)*. Inédito. 1953. Cf. también en: *Intervenciones y textos*. Buenos Aires, Manantial, 1985.

⁷³ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 18, “El deseo y el duelo”, abril 22 de 1959.

o él”, algo engancha al sujeto que hace “de él un hombre”.⁷⁴ Como expresión de su humanidad, por un instante le hace “capaz de batirse, y capaz de matar”.⁷⁵

Ese acto de guerra compromete toda eficacia deletérea, sosteniendo al sujeto alienado a su goce. A diferencia de éste, precisa Lacan, el acto psicoanalítico implica cierto atravesamiento que pone en juego un nuevo deseo.⁷⁶

La guerra es escenario de la paradoja de la muerte del héroe, aquel que se destruye en aquello que lo eterniza. Como una forma de hacerse al ser, en el acto que acaba y desanuda la vida, pasa a la posteridad. Es un paso que Lacan destaca en tanto irrisorio. Sin embargo, allí mismo advierte lo que caracteriza como los dos términos de la duplicidad de la función mortífera, siempre reencontrados.⁷⁷

Lo imprevisible de la guerra está dado por su carácter contingente, en tanto suceso humano, que radica precisamente en el goce del combatiente. De allí que para un ejército una victoria sea incalculable pues, como dice Lacan, “si hay quienes gozan con hacerse matar, llevan la ventaja”.⁷⁸ En ese punto se ubica lo imponderable de la guerra.

Motivos y razones

Para Lacan, la reacción agresiva, en su forma de expresión brutal así como en su forma de “explosión... inmotivada del acto”,⁷⁹ pasa por “todas las gamas de las formas de

⁷⁴ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 15, “El deseo de la madre”, marzo 18 de 1959.

⁷⁵ *Idem*.

⁷⁶ Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico*. Inédito. Clase 5, enero 9 de 1968.

⁷⁷ Jacques Lacan. *Seminario 8. La angustia*. Inédito. Clase 7, enero 11 de 1961.

⁷⁸ Jacques Lacan. *Seminario 21. Los nombres del padre*. Inédito. Clase 2, “Los incautos no yerran”. *Op. Cit.*

⁷⁹ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”. *Op. Cit.*, p.103.

beligerancia”,⁸⁰ desde la llamada guerra fría, hasta las demostraciones que implican estrago y destrozo. Son los rostros multiformes de la guerra que encuentran su soporte en la expresión subjetiva.

En la guerra, “donde pasaron no pocas cosas”,⁸¹ quienes proceden a las prácticas “en nombre de no sé qué locura en el género del interés de la patria o de la tropa”,⁸² lo prolongan en el placer de poner en escena. Se explicita, así, cómo el orden del interés es secundario frente a lo que ocurre en la práctica. De este modo queda planteado que algo más allá del ideal, y tal vez en su conjunción, se pone en operación en la guerra.

A propósito de su época, los tiempos del poder del capitalismo, Lacan llama la atención sobre la necesidad de fraguar guerras con frecuencia, que llevan a los jóvenes a precipitarse contra los obstáculos, incitándolos a morir, en una exhibición de coraje físico que no tiene gran mérito.⁸³

Allí, en los avatares de la guerra, muchos jóvenes sobre los cuales podrían tenerse grandes esperanzas, encuentran el fin, “concluyendo... con el rigor del destino”,⁸⁴ que lo eleva a una belleza trágica. Tragedia, muerte y destino tres significantes que, desde el sujeto, hacen su anudamiento en el escenario magnífico de la guerra. De esta manera Lacan hace una alusión precisa a la apuesta mortífera en la guerra y al destino logrado, avanzando en el desciframiento de la paradoja implicada en el sacrificio.

⁸⁰ Jacques Lacan. “La agresividad en psicoanálisis”. *Op. Cit.*, p.103.

⁸¹ Jacques Lacan. *Seminario 16. De un otro al otro*. Inédito. Clase 16, 26 de marzo, 1969.

⁸² *Idem.*

⁸³ Jacques Lacan. *Seminario 16. De otro al otro*. Inédito. Clase 15, marzo 19 de 1969.

⁸⁴ Jacques Lacan. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, 1953, en: *Escritos 1. Op. Cit.*, p.291.

El motivo guerrero, así como puede ser magnánimo, bien puede ser de escasa importancia. La obra de *Hamlet* es una ocasión para Lacan de referirse al drama guerrero, a propósito de un importante avance en la dilucidación de las funciones del objeto.⁸⁵ El motivo, Lacan lo precisa mejor como pretexto. El “pretexto guerrero”, dice él, aún en su futilidad opera como coartada, dando en su nombre la ocasión para una vuelta del sujeto sobre sí. Constituye una pregunta del sujeto dirigida al Otro, en la búsqueda de su palabra, que pone de presente una cierta relación con el significante y que no tiene otra posibilidad de exploración fuera de la cadena inconsciente, “del circuito del deseo con lo que está enfrente, a saber, el fantasma”.⁸⁶ Es una relación del sujeto afectado irreductiblemente por el significante con una coyuntura en su esencia imaginaria, que dice del objeto en el deseo.

La ofrenda que conduce al derramamiento de sangre por una causa noble es llamada por Lacan, “oblatividad”. Es sacrificio por una causa que Lacan precisa como el “honor”, designándolo “don”. En su soporte especular, el honor convoca el puro prestigio; opone radicalmente a un rival, conminando en el desafío a la lucha mortal. Pero no es un formalismo, pues el honor deja al sujeto implicado en su palabra con “su peso ya sea de carne o de compromiso”.⁸⁷ Tras la rivalidad, Lacan descifra el drama del cumplimiento del deseo. En el encuentro con el Otro, el sujeto se orienta a “identificarse con el significante fatal”,⁸⁸ lo cual sólo puede resolverse en la desaparición del sujeto.

Así, el drama de Hamlet le permite a Lacan poner en evidencia aquello profundamente enigmático, en tanto en-

⁸⁵ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 18, “El deseo y el duelo”, abril 22 de 1959.

⁸⁶ *Idem*.

⁸⁷ *Idem*.

⁸⁸ *Idem*.

mascarado para el sujeto. Dado que el sujeto está privado de algo de sí mismo, por su constitución enajenada y su sujeción al Otro, por lo perdido hecho inconsciente, toma su valor de aquello que lo liga al significante. Es por estar en esta posición de pérdida que un objeto deviene objeto de deseo. Por el doblegamiento al deseo del Otro y la subsistencia del objeto en el deseo, el sujeto llega a tomar su lugar de objeto, procediendo al sacrificio de sí, de “esa libra de carne empeñada en su relación con el significante”.⁸⁹

La guerra y el pacto

Según Lacan en el trasfondo de todo drama humano están los vínculos, los pactos, los nudos. Compromisos tempranos hacen lazo entre los sujetos; sellados por la vía del discurso, marcan un lugar, trazan un nombre. Otro discurso, otras palabras, otros compromisos llegan luego, en un tiempo donde ya no tienen propiamente una función estructurante del sujeto, pero que derivan en tratados. Frente a estos, “hay puntos donde ciertamente es preciso irse a las manos”;⁹⁰ otras veces no se llega a la guerra, pues los tratados continúan operando y se da más bien una reconvencción o una sustitución.

Así, “la guerra se hace para saber cual será el tratado válido”.⁹¹ Frente a esto, resultará interesante discernir los pactos, los lazos consecuentes con sus nudos, soporte del vínculo interhumano, de aquellos tratados a modo de contrato, que en otros tiempos, apelando cada uno a su legitimidad y a su legalidad, se intentan validar por la vía de la muerte.

⁸⁹ Jacques Lacan. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito. Clase 18, “El deseo y el duelo”, abril 22 de 1959.

⁹⁰ Jacques Lacan. *Seminario 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Clase 16, “La carta robada”. *Op. Cit.*, p.296.

⁹¹ *Idem.*

Ante la disensión entre sujetos, la oposición o contrariedad en los pareceres o en los propósitos, en su forma de contienda, riña o altercación, Lacan advierte que la “guerra ideológica”⁹² está condenada al poder sin límite, en su alcance implacable, derivando en orientaciones divergentes, sobre las cuales el pacto deviene tanto más imposible, porque ceder entraña la primacía de una postura atentando contra la gloria de la otra. “Caballeros” y “Damas”, episodio recogido por Lacan de una controversia infantil,⁹³ le permite advertir la paradoja que envuelve a la guerra: desde un primer momento son “dos patrias hacia las que sus almas tirarán cada una con un ala divergente”.⁹⁴ Pero, dado que en verdad es la misma, no habrá posibilidad de pacto.

Los efectos de la guerra

La guerra deja ineluctablemente su marca en el conjunto social. Para referirse a ello, Lacan se apoya en una obra colectiva de varios psicoanalistas a propósito de la Primera Guerra Mundial,⁹⁵ en la cual se precisan los efectos trascendentes de la guerra: inaugura preguntas sobre la perennidad, conmociona las bases sociales y produce una angustia frente a un mundo cambiante, como una vuelta del sujeto sobre su ser, interrogando su existencia. El retorno de la ciencia sobre sí misma, en la vía del relativismo, las incertidumbres y el probabilismo, sugieren la pérdida de confianza del pensamiento objetivo que se inscribe en la quiebra de las certezas.

⁹² Jacques Lacan. “La instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud”, en: *Escritos 1. Op. Cit.*, p.480.

⁹³ *Idem.*

⁹⁴ *Idem.*

⁹⁵ Jacques Lacan. *Seminario 4. La relación de objeto*. Clase 1, “Introducción”. *Op. Cit.*, p.19.

Como efectos de la guerra Lacan halla también su incidencia en el lazo social. La “diáspora”,⁹⁶ la diseminación producto de las persecuciones, tienen su consecuencia en la desagregación de los vínculos. Pero, así mismo, la guerra deja su rastro en las afecciones que, según Lacan, sufre todo hombre cuando es apartado del honor militar, inaugurándose un horizonte desolado.

A propósito de un caso de Anna Freud, sugiere Lacan que durante la guerra hay “condiciones favorables para una fobia”.⁹⁷ Este enunciado permite dilucidar acerca del objeto fóbico que viene a colocarse en el lugar que presentifica la castración. Pero la favorabilidad que puede ofrecer la guerra opera sobre un soporte estructural del sujeto.

De ese espectáculo trágico que es la guerra resultan, a la vez, provechos. Están los efectos favorables de la guerra en cuanto a la disminución de casos de enfermedad mental, tanto en el ejército como en la población civil. Tal es el caso, también, de una “especie de aura benéfico”,⁹⁸ que puede derivar de la guerra el sujeto por haber estado comprometido en ella, como un trazo cuyo soporte imaginario enaltece y protege. Es ésta una manera de decir sobre los efectos en la dimensión subjetiva que sostienen el vínculo con la guerra y que trascienden la temporalidad cronológica.

La guerra produce también su efecto, aun cuando ésta culmine, con un nombre que hace su marca perenne en relación a una función, recordando con ello que el sujeto no es sólo lo que es. Por apreciación simbólica se traza

⁹⁶ Jacques Lacan. “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, 1955, en: *Escritos 1. Op. Cit.*

⁹⁷ Jacques Lacan. *Seminario 4 La relación de objeto*. Clase 4, “La dialéctica de la frustración”, diciembre 12 de 1956, *Op.Cit.*, p. 73.

⁹⁸ Jacques Lacan. *Seminario 8. La transferencia*. Inédito. Clase 1, noviembre 16 de 1960.

un vínculo con la guerra, así ya no se ocupe de esa función, signando en la palabra algo que siempre está en potencia. De este modo, según Lacan, “excombatiente” será un “título” que opere hasta el fin de la vida.⁹⁹

⁹⁹ Jacques Lacan. *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Clase 6. “El amo castrado”, Febrero 18 de 1970. Buenos Aires, Paidós, 1992.

3. Lacan y Clausewitz

Unas pocas veces a lo largo de su obra Lacan acude a citar al general prusiano Karl von Clausewitz.¹ Algunas referencias aparecen en el *Seminario 15*,² seminario sobre el acto analítico. Una alusión más temprana es hecha por Lacan en la “*Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*”, texto que se presenta como Seminario de técnica freudiana, realizado en 1954 y recopilado en los llamados *Escritos I*.³ Así mismo, hay otros momentos en los cuales Lacan se sirve de las ideas de Clausewitz sin proceder a citarlo expresamente.

Si bien Clausewitz tuvo como fuente la guerra de su época, cuando participó en las guerras contra la Francia Napoleónica como Oficial Mayor de los ejércitos prusianos, sus tesis han seguido siendo valoradas hasta los tiempos contemporáneos y atendidas con gran interés por analistas y estrategias militares de muy diversas corrientes. Su trabajo magistral le ha merecido el reconocimiento como el gran teórico de la guerra de los tiempos modernos.

Las referencias de Lacan a Clausewitz, formuladas con 14 años de distancia una de las otras, son momentos en

¹ C.f. Karl von Clausewitz. *De la guerra*. Barcelona, Labor, 1992.

² Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico* (1968). Inédito.

³ Jacques Lacan. *Escritos I*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

los cuales Lacan acude a este autor para dar soporte a sus ideas inscritas en una reflexión sobre la clínica, sin detenerse a profundizar de modo exhaustivo en la obra de Clausewitz. A manera de contraste con la experiencia bélica, Lacan encuentra en esto un modo de puntualizar algunos tópicos de la clínica, tales como el acto analítico. En otras ocasiones, inmerso en la polémica con otros enfoques, adelanta precisiones sobre el análisis de la resistencia y los manejos de la defensa.

Aún así, en el contexto del trabajo en curso, interesa explorar estas referencias de Lacan por cuanto son presentaciones sugestivas de las tesis de Clausewitz y, en particular, porque se encuentran expuestas allí algunas especificaciones acerca de la guerra que se articulan con planteamientos de Lacan expuestos en otros momentos de su trabajo, los cuales han sido recogidos en el aparte inmediatamente anterior.

En su propósito por descifrar las condiciones generales que rigen toda guerra, Clausewitz apunta a su esencia, es decir, a lo que él llama la naturaleza de la guerra. Para Clausewitz, en lo esencial, la guerra es un asunto humano. Más precisamente, es “una forma de relación humana”,⁴ una actividad social caracterizada como conflicto de grandes intereses. Por eso se hace pertinente para Clausewitz compararla con el comercio, que a su vez es actividad humana y conflicto de intereses. Sin embargo, encuentra la guerra aún más parecida a la política, un comercio a gran escala. De ahí deriva el enunciado que retoma Lacan para plantear la guerra como una forma de comercio interhumano.⁵ Su resolución, tal como lo especifica Clausewitz,

⁴ Karl von Clausewitz. *Op. Cit.*, p.134.

⁵ Jacques Lacan. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase 6, “¡Atrás caballo!”, diciembre 11 de 1957. Buenos Aires, Paidós, 1999, p.115.

tiene lugar mediante el derramamiento de sangre, lo cual la diferencia claramente de otros conflictos.

En una primera oportunidad Lacan había acudido ya a esa caracterización, para aludir al fundamento de la apuesta de la guerra en su anudamiento con la violencia. Llevar la guerra a los confines donde la palabra dimite y empieza el dominio de la violencia, requiere saber sobre sus principios y también advertir que sus límites se desconocen si no se la comprende como un caso particular del comercio humano, tal como lo enseña Clausewitz.⁶

Lacan no se detiene en muchos apartados de la obra de Clausewitz, a los cuales seguramente hubiera podido sacarle un gran provecho. Pero coincide en algunos puntos, sobre los que hace su enunciado. En su análisis acerca de los aportes de la psiquiatría inglesa a la guerra, Lacan destaca un punto de verdad tras una evidencia psicológica: la victoria en la guerra “es de una fuerza moral”.⁷ Soportada sobre la intrepidez de un pueblo, intuye Lacan, “reside en una relación verídica con respecto a lo real”.⁸ Así, el valor de la fuerza moral, en su relación con lo real, dice de una verdad en juego.

Esto coincide con los postulados de Clausewitz presentados en uno de los apartes avanzados de su trabajo y que no siempre alcanza a ser leído por quienes se detienen en sus formulaciones iniciales. Para el gran teórico castrense, la “verdadera arma” de la guerra es la fuerza moral, que hace expresión de un poder desmedido e insospechado.⁹

⁶ Jacques Lacan. “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”, en *Escritos I. Op. Cit.*, p.360.

⁷ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en: *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis, No. 40. Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994, p. 9.

⁸ *Idem.*

⁹ Karl von Clausewitz. *De la guerra*. Libro III. *Op. Cit.*, p.183.

Según él, aunque poco se diga de ello, corresponde propiamente a la teoría del arte de la guerra.¹⁰ Este componente enigmático de la guerra advierte de la subjetividad que Clausewitz alcanza a intuir mucho antes del develamiento freudiano sobre la vida pulsional, y que halla su ocasión elocuente y estrepitosa en la contienda bélica.

Siguiendo a Lacan en el *Seminario 15*,¹¹ la guerra podría entenderse como un hito crucial, en tanto implica un viraje del sujeto con respecto al acto. La guerra aparece en la historia subjetiva a partir de cierto momento como una especie de *episodio*, abriendo un modo de relaciones, que con Lacan pueden ser denominadas “relaciones de acto entre los seres humanos”¹² y, como tal, exploradas en sus lógicas. Pero la guerra no es propiamente un episodio en el sentido de una forma limitada de casos extremadamente particulares de una práctica en la que sólo algunos participan, sino que más bien tiene un alcance exhaustivo en la vida social. Como Freud mismo lo advierte, el torbellino de la guerra abraza de modo envolvente,¹³ aunque muchos se empeñen en enunciar su ajenidad.

El planteamiento de Lacan afirma para el psicoanálisis la posibilidad de escudriñar la guerra en la dimensión del acto y de ahí la ocasión para decir que allí hay un sujeto implicado.

En los avances que formula Lacan en este momento de su producción, advierte que las coordenadas de un acto refieren a su estructura lógica. En ello Lacan discierne las operaciones vividas, de aquellas dejadas en estado muerto,

¹⁰ Karl von Clausewitz. *De la guerra*. Libro III. *Op. Cit.*, p.182.

¹¹ Jacques Lacan, *Seminario 15. El acto psicoanalítico*. *Op. Cit.*

¹² *Idem*.

¹³ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, en: *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

es decir, los desconocimientos selectivos, partes muertas o puestas en suspenso en la operación, a partir de lo cual será posible develar sus paradojas.

En tanto acto, ninguno puede decirse enteramente dueño de él. Más bien, promete al que toma la iniciativa que encuentre el fin en lo que Lacan designa como objeto (*a*). Es hacia allí a donde apunta la promesa del acto, con su alcance de logro e inadecuación, en tanto, frente al objeto (*a*), el acto siempre tiene de logrado y de fallido.

Entonces, es desde esta perspectiva del acto que el psicoanálisis se aproxima a la guerra como experiencia opaca para ser dilucidada en sus lógicas y en sus efectos. Con ello, “no estamos dando un brochazo a lo trágico para hacerlo brillar”,¹⁴ dice Lacan, sino tratando de esclarecer la estructura lógica del acto para concebir lo que se pone en juego en el campo de la guerra. Se abre, así, la ocasión para desenmascarar, desde el psicoanálisis, algo profundamente encubierto en la crítica de la historia.¹⁵

A Lacan le interesa destacar que no siendo precisamente Clausewitz titubeante sobre la necesidad de la ofensiva, logra también darle un papel preponderante a la defensa. Según Lacan, el objeto (*a*), no conocido por Clausewitz, permite dimensionar su planteamiento que con toda claridad reconoce la disimetría fundamental de las dos partes de la guerra, esto es, lo que ella tiene de “absolutamente heterogéneo”,¹⁶ disimetría que logra dominar “toda la partida entre la ofensiva y la defensiva”.¹⁷ Esta formulación permite advertir que ese punto donde la guerra devela su carácter

¹⁴ Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico. Op. Cit.*

¹⁵ Jacques Lacan. *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.* Barcelona, Paidós, 1989.

¹⁶ Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico. Op. Cit.*

¹⁷ *Ibid.*

esencial, es punto de inadecuación, donde hay algo en lo fundamental que no cuadra; a partir de lo cual habrá de enunciarse entonces una desproporción.

De allí Lacan descubre una nueva luz para comprender que sobre la batalla encarnizada alrededor de un objetivo no puede deducirse, ya lo advertía Freud, que se apunta a un santuario de una de las partes en conflicto; en la acción militar está en juego otra cosa. En otras palabras, el sentido de una acción defensiva u ofensiva no está en el objeto en apariencia disputado al adversario, “sino más bien en el designio del que participa y que define al opositor por su estrategia”.¹⁸ Es ésta una ilustración de la cual Lacan deriva una enseñanza clínica acerca de la resistencia, tal como en su momento lo hiciera Freud.¹⁹

La guerra, es una dialéctica del yo y del otro que constituye un callejón sin salida propio de la especularidad y solidario del prejuicio de la mala voluntad. El análisis de las defensas sería más fructífero para quienes de eso se fían, plantea Lacan, si aprendieran de la lucha real “que la respuesta más eficaz a una defensa no es llevar a ella la prueba de la fuerza”.²⁰ Así extrae también una lección de las tesis de Clausewitz para el campo de la clínica, en la confrontación que sostuvo con otros enfoques.

Una nueva vuelta tendrá esta elaboración cuando el concepto de objeto (*a*) refiera al goce. El “deleite taciturno”,²¹ al que Lacan alude en el *Seminario 15*,²² pero que no

¹⁸ Jacques Lacan. “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”, en: *Escritos 1, Op. Cit.*, p.361.

¹⁹ Sigmund Freud. “Sobre la dinámica de la transferencia”, en: *Obras Completas*. Tomo XII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

²⁰ Jacques Lacan. “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”, en: *Escritos 1, Op. Cit.*, p.361.

²¹ Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico. Op. Cit.*

²² *Op. Cit.*

se atreve a nombrar como goce solitario, es el punto esencial alrededor del cual se juega todo en la guerra: lo específico del acto dice del punto de goce. Según Lacan, allí se ubica eso esencial que Clausewitz enuncia como disimétrico entre la ofensiva y la defensiva.

A propósito del escrito de André Glucksman,²³ una obra analítica sobre Clausewitz, Lacan convoca a analizar la influencia del Discurso de la guerra sobre la guerra, pues según él, este trabajo puede dar la dimensión, en un cierto campo, sobre la guerra enunciada como ejemplar. Esta influencia no orienta a tomar el Discurso de Hegel, calificado por Lacan como discurso de la guerra, sino a sus límites y, en particular, al discurso de un militar, como lo es Clausewitz, discurso que, en las escasas ocasiones en que tiene lugar se destaca por su impacto y su eficacia.

En ese sentido, hay para Lacan una diferencia entre Hegel y Clausewitz, a nivel del discurso de la guerra. Según él, el discurso de Clausewitz aporta su contrapartida al discurso de Hegel. Frente a esto, el discurso psicoanalítico plantea una relación que permite creer, dice Lacan, que en nuestra época, por fuera del discurso de la guerra, hay un discurso válido.²⁴

Hegel introduce a la dialéctica del amo y el esclavo que instala en una rivalidad mortífera, soportada en la exacerbación de la lucha por prestancia y prestigio. Es una relación especular que configura una tensión radical entre “él o yo”. Si bien Lacan lo nombra como un discurso de guerra, en su esencia esa dialéctica opera en el registro imaginario, pues precisamente para que pueda resolverse, aún cuando es llevada al extremo, requiere que ambos oponentes conserven la vida.

²³ c.f. André Gluskman, *El Discurso de la guerra*. Barcelona, Anagrama, 1969.

²⁴ Jacques Lacan. *Seminario 15. El acto psicoanalítico*. Op. Cit.

Clausewitz tiene un punto de partida semejante, al plantear la guerra como un juego de acción recíproca. En tanto tal, cada parte queda empeñada al otro en un vínculo en el cual los enemigos se construyen mutuamente, instalados en una relación intolerable de rivalidad. La simétrica adecuación de las partes se inscribe en la insondable especularidad, donde las acciones recíprocas van en desenfrenada carrera a la desmesura. Pero en la guerra se trasciende esta dimensión imaginaria, dando paso al acto de muerte, pues en ella, según Clausewitz, no es posible desarmar o derrotar al adversario sin acudir al derramamiento de sangre. Aquel que haga uso de la fuerza con crueldad, sin miramientos y sin detenerse ante la sangre por vasta que sea, obtendrá ventajas sobre su oponente. Por lo mismo, el ser sangrienta es una característica propia de la guerra. De allí que Clausewitz plantee como vano ignorar esa dimensión de brutalidad implicada en la guerra, por más repugnancia que esto pueda producir.

En una referencia al postulado de Clausewitz que ha tenido mayor resonancia, para Lacan es claro que fue reconociendo la dialéctica interna como guerra total, que Clausewitz llega a enunciarla como prolongamiento de la política. Pero Lacan se ahorra la explicación de este tránsito al no advertir que ante la dificultad de Clausewitz de enfrentar el carácter paradójico de la guerra, plantea la política como fin y como linde, obnubilando con ello los excesos.²⁵

Precisamente se trata de la mediación que Clausewitz introduce en la formulación de la guerra total, abstracta, por la vía de su anudamiento a la política. Así, el objetivo político como causa de la guerra sustituye a la lógica del exceso. Pero, a la vez, con este postulado se procede al

²⁵ Maria Clemencia Castro. "La guerra: más allá de la vida y la muerte", en: *Affectio Societatis*, No. 5. Revista electrónica, Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia, 1999.

velamiento de la guerra como estallido de violencia, porque independiente de la política, la guerra evidencia de modo descarnado el horror y la barbarie.

De allí que el psicoanálisis sólo puede aceptar la tesis de la guerra como continuación de la política, a cuenta de anteponer la idea de que en la política se resigna la violencia individual para autorizarla como ejercicio colectivo. La política, pretensión de totalidad y unidad, porta ineluctablemente la pulsión de muerte, colocándose el meollo en la aporía de lo social. Así, la guerra que no acaba de explicarse por la vía de la política, habrá de escudriñarse en la política del goce.²⁶

Para Lacan, la tesis de Clausewitz sobre la guerra como continuación de la política por otros medios, permitió a los practicantes en la guerra moderna inferir que no se puede “dejar escapar el momento en que el adversario se hace otro que lo que era”,²⁷ lo cual indicaría proceder lo más pronto “al reparto de las apuestas que funda las bases para una paz equitativa”.²⁸ Con ello sugiere esencialmente que en algún punto de la guerra se opera un movimiento subjetivo que permitiría cambiar la partida. Según Lacan, esto es desconocido por los demagogos quienes entonces se lanzan al desesperado empeño de humanizar al adversario derrotado, buscando la restauración de las *human relations*²⁹ y convocando hasta a los psicoanalistas quienes, dice Lacan, no vacilan en extraviarse. Por eso mismo, según él, las guerras victoriosas engendran las contradicciones en las que escasamente hay posibilidad de reconocer los efectos prometidos.

²⁶ María Clemencia Castro. “La guerra: más allá de la vida y la muerte”. *Op. Cit.*

²⁷ Jacques Lacan. “Introducción al comentario de Jean Hypolite sobre la Verneinung de Freud”, en: *Escritos 1. Op. Cit.*, p.360.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

Para finalizar, cabe señalar en términos generales que en estas breves referencias de Lacan a propósito de las tesis de Clausewitz se asienta un importante aporte al tema de la guerra por cuanto se encuentran sugeridos tres ejes analíticos que permiten trazar el camino para una aproximación a la guerra desde el psicoanálisis: el acto, el objeto (*a*) y el discurso, en el anudamiento ineludible que dice del lazo social. La exploración de la gramática de la guerra, en su confluencia con la estructura lógica del acto, permitirá avanzar en su dilucidación.

4. De la guerra y su fin

Aproximaciones

Preguntarse por el fin de la guerra implica tratar acerca de los fines, es decir, de las finalidades, los propósitos, y también sobre los motivos. Pero, así mismo, compromete a esclarecer lo que depara su final.

Frente a la guerra se han tenido diversas aproximaciones, puntos de interés y sesgos de la mirada y de la interpretación. Los trabajos de sus grandes teóricos, analistas e historiadores han permitido dilucidarla como fenómeno social. Estudiada en sus causas, sus manifestaciones, su desarrollo y sus leyes, se ha puesto de presente su carácter metódico, organizado y colectivo, sus formas ampliamente variables de regulación y de delimitación, así como la preeminencia de la lucha armada y sangrienta. Algunos autores han enfatizado en sus ritos y ceremonias y, aún, en su cara festiva. Otra mirada, de gran riqueza, se encuentra en las producciones artísticas y literarias, como aportes de especial valor por su capacidad para explorar los enigmas del ser humano.

Está también la mirada social que denigra de la guerra a propósito de sus destrozos y secuelas, en una postura de repudio y de clamor por encontrarle su final. Y, a la vez,

está la óptica de las partes más directamente implicadas que alcanzan siempre a encontrarle una justificación y a augurar su radical desenlace de vencedores.

La aproximación desde el psicoanálisis inaugura una nueva mirada de la guerra a cuenta de la pregunta que introduce por la subjetividad. Es la pregunta por el sujeto, no como individuo, en su pretendida unidad y dominio de sus actos, sino por el sujeto del inconsciente, como sujeto de deseo y como ser de goce en el decurso de lo pulsional. Es ésta una pregunta que a la vez avanza hacia el desciframiento del vínculo humano. En lo esencial, orienta a develar aquello profundamente oscuro y encubierto en la historia, referente a un universo des-conocido que, como propio de la ignorancia, dice de lo que no se quiere saber.

Específicamente, desde el psicoanálisis se indaga por las coordenadas subjetivas que soportan a un sujeto en la guerra, las elecciones en juego, la adhesión al colectivo y a la causa, la relación con el arma y con la muerte, el cuerpo implicado, el vínculo con la destrucción y la sangre. Así mismo se interroga por los quiebres que dan lugar a un retiro o que se producen ante el fin de la guerra. Esto conlleva a construir un decir del sujeto en lo social como un aporte al desciframiento del fenómeno, no para quedarse en el fenómeno mismo de la guerra, sino para analizar la subjetividad implicada.

Tras la parafernalia y el equipamiento de la guerra se descubre la expresión de lo humano. Su carácter ejemplificante fue destacado por Jacques Lacan y su aporte ilustrativo de la vida pulsional fue advertido tempranamente por Sigmund Freud, como una ocasión en que se deponen las amarras culturales develándose la propia condición humana.

Es allí, en la guerra, donde el psicoanálisis evidencia algo a más del ideal, lo cual ha de formularse como del orden de la paradoja, como una contradicción en apariencia insalvable: ningún otro ser viviente, salvo el hombre, se deleita en hacer daño a otro hombre, en circunstancias que no atienden a una necesidad vital. Es esto lo más humano y no propiamente lo más animal.

De modo excepcional la literatura nos ofrece un acercamiento a estas complejidades de la vida humana, que en su proximidad con el psicoanálisis logra precisar con particular agudeza: *“La eterna historia, la eterna novela del Hombre que en la guerra se manifiesta en toda su verdad. Porque, desgraciadamente, nada revela como la guerra. Nada exacerba con tal fuerza su belleza y su fealdad, su inteligencia y su estupidez, su bestialidad y su humanidad, su valor y su cobardía, su enigma”*.¹

En la vía de explicitar acerca de la guerra en la dimensión de la subjetividad, desde Freud quedan sugeridos unos ejes que como propios de lo inconsciente dicen de lo inaccesible, de la división subjetiva y sus coartadas: la particular relación que el hombre tiene con la muerte y la conversión del extraño en enemigo, con el consecuente deseo de su aniquilación.

Introducir la palabra a propósito de lo que se pone en juego en la guerra en todo su esplendor y en toda su opacidad, compromete desde el psicoanálisis una apuesta ética, que no toma partido ante los bandos enfrentados en la guerra ni por la guerra ni en su contra, sino que más bien toma partido por la palabra, por el sujeto, para decir de su deseo y del goce que lo habita. Se orienta, entonces al desciframiento, al develamiento, permitiendo poner de presente las paradojas del sujeto en lo social.

¹ Oriana Fallaci. *Inshallah*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1990.

Una elección y un posicionamiento

Múltiples son los móviles para una elección por la guerra, desde una causa movilizadora que convoca hasta un reclutamiento. Al decir de Freud, hay una conjunción de motivos, “unos de los que se habla en voz alta y otros que se callan”.² En tanto que toda elección implica el inconsciente, siempre hay motivos de cada uno que operan un enganche con la guerra, permitiendo un posicionamiento frente a ella. Es una elección que hace destino orientando a la fatalidad, en el hallazgo de cada uno que ineludiblemente tiene de logrado y de fallido.

Como elección en juego, hay siempre un consentimiento del sujeto y también un beneficio. Por lo tanto, desde una perspectiva psicoanalítica el problema no radica en las circunstancias ni en las determinaciones externas, como atenuantes o motivos que pueden existir en lo real. El asunto ha de ubicarse en el modo como cada uno se coloca ante estos, es decir, en su posicionamiento subjetivo.

En el empeño bélico hacen presencia mociones conjugadas y contrarias de la vida pulsional. La guerra es la exacerbación de las pasiones y por lo mismo da expresión a febriles y encontrados sentimientos, a la radicalidad y polarización de los afectos, que deriva en servidores enconados.

En la guerra, el psicoanálisis pregunta por el sujeto, encontrando, al igual que en todo fenómeno de masas, su desvanecimiento, la ocasión para el levantamiento de la represión y la desaparición de la culpabilidad. Subsumido en el colectivo, amparado por el ideal, el sujeto podrá aliviarse del oneroso sentimiento de culpa. Como dice Freud,

² Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”, en: *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p.193.

al igual que en la ceguera del amor, uno puede dar lugar a los actos más ignominiosos sin remordimientos.³ Estas son las condiciones para el despliegue de los excesos, pues la guerra misma es **exceso**;⁴ traspasando los límites de lo ordinario y de lo lícito, inscribe en un nuevo universo moral que trae el trastocamiento de los valores.

La guerra pone en escena un “espíritu de cuerpo”⁵ que le sirve de soporte, cuerpo que se prefigura integrado y completo. Mediante la unificación de muchos se conforma el colectivo guerrero, haciéndose posible por el sometimiento a un significante amo, religioso, político, ideológico, etc., que opera para todos. Produciendo el encantamiento destinado a reabsorber los temores y angustias en la solidaridad del grupo, permite a cada uno sostenerse en la más extrema adversidad sin miramientos y descubrirse capaz del despliegue de una fortaleza jamás imaginada.

El “ardor guerrero”,⁶ se inflama en el punto de enganche del sujeto con la fascinación de las armas, pues hacerse a las armas es instalarse en la fatuidad que comanda la vida y la muerte; compostura imaginaria que conlleva el enaltecimiento del yo, prefigurante de grandeza, de encomio y de altiva arrogancia.

Habitándose por insignias y ropajes que bordean el cuerpo en tanto vacío, se deviene cuerpo armado, en un investimento libidinal que hace del cuerpo un estandarte henchido de poderío. Delineándolo en la postura guerrera, en

³ Sigmund Freud. “Psicología de las masas y análisis del yo”, en: *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

⁴ María Clemencia Castro. *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y en el paso a la vida civil*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, D.C., 2001.

⁵ Karl von Clausewitz. *De la guerra*. Barcelona, Labor, 1992, p. 184.

⁶ Precisamente este enunciado sirve de título a una novela autobiográfica. Cf. Antonio Muñoz, *Ardor guerrero*. Madrid, Alfaguara, 1995.

el temple aguerrido, en la musculatura tensa, se transforman la contextura y el andar. El arma como miembro prohijado, se incorpora, haciéndose parte de una integridad corpórea imaginada, garante de la vida.

Así, en la vía del narcisismo que da lugar al valor y a la osadía, opera la protección frente a la incertidumbre y se resguarda el sujeto, elidiendo su responsabilidad subjetiva.

Esa misma identificación que aglutina operando un particular efecto de borramiento de las diferencias es soporte de la ilusión de igualdad. Hacerse colectivo es devenir uniforme e indiferenciado, pero también cierra a la diversidad convirtiendo en enemigo al opositor.

La fraternidad que se inaugura en la guerra se basa en la radical segregación, teniendo en la muerte el fundamento del vínculo que la soporta. Inscrita en un círculo necro, se aviva con presteza por las retaliaciones y venganzas.

La conflagración bélica compromete una extrema polaridad que da curso al despliegue y puesta en escena de las pasiones, el amor, el odio y la ignorancia; polaridad donde la victoria de uno depende de la destrucción del otro. La exaltación y el paroxismo irrumpen frente al empuje irrefrenable que conduce al borramiento del otro.

La guerra envuelve en una relación especular, en una identidad lograda en la relación dialéctica con el enemigo, donde la agresión voraz expresa su dominio deletéreo. Es un retorno a la insondable especularidad constitutiva del sujeto, articulada a imagos de cuerpo fragmentado, cuya agresividad apuntala a segar la existencia del otro. Por su parte, así lo precisa Kundera: "El peligro del odio consiste en que nos ata al adversario en un estrecho abrazo. En eso radica la obscenidad de la guerra: la intimidad de la sangre

que se mezcla, la lasciva proximidad de dos soldados que se apuñalan y se miran a los ojos”.⁷

Para Clausewitz, la guerra tiene por objeto doblegar, someter al enemigo. Se trata de un acto para imponer la propia voluntad al adversario por la fuerza física. El propósito es derribar al enemigo, incapacitarlo para ofrecer resistencia, colocarlo en posición desventajosa mediante el desarme.⁸ El psicoanálisis permite advertir que toda relación bélica tiene un componente imaginario de lucha a muerte, rivalidad absoluta y mortífera que intenta satisfacerse en el borramiento del otro. Esto se logra de manera más contundente eliminándolo radicalmente, o sea, matándolo; aunque, según Freud, hay también otras vías por las cuales es posible eliminar: subyugando, doblegando el deseo, es decir, sometiendo el deseo al deseo del otro.⁹ Pero la guerra no se reserva a la dimensión imaginaria, propia de la dialéctica hegeliana, en tanto compromete al sujeto en el acto que comporta la destrucción y la muerte, y por eso mismo, lo real.

Bien puede decirse que el accionar bélico es un paso al acto de la intención agresiva ante lo insoportable de la diferencia. Opera el borramiento del otro; tras el estruendo devastador y el grito que ensordece, permite imponer silencio y sumisión.

En la guerra hace su esplendor el “narcisismo de las pequeñas diferencias,”¹⁰ con su expresión en el encono que envuelve a los más cercanos. Con quienes no alcanza a operar el mecanismo propiciador de la tolerancia, las dife-

⁷ Milan Kundera. *La inmortalidad*. Barcelona, Tusquets, 2000, p.36.

⁸ Karl von Clausewitz. *Op. Cit.*

⁹ Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”. *Op. Cit.*

¹⁰ Sigmund Freud. “El malestar en la cultura”, en: *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p.111.

rencias se hacen inadmisibles por pequeñas que sean. Poniendo en evidencia que con los más próximos se expresa la mayor susceptibilidad y la acción más extrema, la posibilidad de acotamiento languidece donde el oponente es más cercano. De allí que las guerras internas, llamadas también fraternas, que tienen un ejemplo en las guerras civiles, son al decir de Freud las más despiadadas de todas. Anudadas a la especularidad avasalladora, llegan a ser las más encarnizadas y feroces.

Así, develar al sujeto en su elección por la guerra, permite enunciar su borramiento en la exuberancia de la contienda bélica y del colectivo que la soporta. Por frágiles que puedan aparecer los motivos o por prosaica que se advierta la escogencia, cuando subjetivamente se accede a la guerra, el sujeto se instala en su discurso instaurándose una adhesión que envuelve apasionadamente en la hegemonía de sus lógicas. La relación consistente del sujeto con el discurso, como significante amo, conlleva la alienación a esos significantes y compromete el recubrimiento de la división subjetiva.

En la guerra, todo acto que orienta al sometimiento o a la muerte de otro se inscribe en el registro del deber, se soporta en la defensa de una causa o en el derecho y el privilegio garantizado por el oficio de soldado. Configurando la obediencia y la sumisión, el deber entra a operar en el lugar del deseo. Así, enaltecido por la excelencia de su causa, el sujeto encuentra su servidumbre. De ahí la paradoja que inaugura la elección guerrera, señalada por Alfredo de Vigny como la grandeza y la servidumbre militar.¹¹

Esa elección, como apuesta de la existencia por la vía de ser guerrero de una causa, con sus búsquedas y huidas, con sus desafíos y horizontes, deja al sujeto obnubilado

¹¹ Alfredo de Vigny. *Grandeza y servidumbre militar*. Madrid, Espasa-Calpe, 1962.

tras la causa y, a la vez, en el sometimiento que aún forma colectivo. Aún como lucha por un ideal altruista, la guerra se descifra como exceso permitido y ordenado que envuelve en su trampa fascinante y mortífera, desplegando la paradoja del goce que orienta a la destrucción y a la muerte.¹² Así, en la guerra, más allá del ideal, el psicoanálisis permite descubrir su anudamiento con el goce, develándose la adhesión a la guerra en la vía de lo pulsional.

Entre la vida y la muerte

La guerra implica la ofrenda de la vida, exponerla al riesgo y al peligro como acto de altruismo y de abnegación; de ahí que inscribe al sujeto en la vía del sacrificio, en una apuesta de la existencia, como oblación que anuda a la muerte. Hacerse a la guerra es instalarse en una ofrenda vital y mortífera de la vida expuesta a la muerte. En esa conjunción se escenifica el ideal en su función de convocar a la entrega, a la devoción, a la fraternidad y al altruismo, pero también en su otra cara, de imperativo que empuja a la destrucción y al aniquilamiento.

Freud avanza en el desciframiento de “el secreto del heroísmo”,¹³ al advertir que nada del orden pulsional convoca la creencia en la muerte. El heroísmo se soporta en la sobre valoración de bienes universales y abstractos. Pero más frecuente es encontrar, dice él, a quien prescinde de este tipo de motivo y arrostra el peligro con la certeza de que la muerte no ha de tocarlo. De una u otra manera, en el desmentido de la muerte subyace la “reacción heroica que corresponde a lo inconsciente”.¹⁴ Así, dirá Freud, “la

¹² Maria Clemencia Castro. *Del ideal y el goce*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, D. C., 2001.

¹³ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, en: *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p.298.

¹⁴ *Idem*.

guerra nos fuerza a ser nuevamente héroes que no pueden creer en la muerte propia”.¹⁵

Pero, así mismo, en la guerra la muerte no se deja desmentir. Es un punto de linde que reúne al mismo tiempo la vida y la muerte. La vida expuesta a la cercanía de su fin alcanza un sentido pleno, desplegándose en ella la intensidad vital. Y allí está también su negación: quien muere pervive en la inmortalidad que lo preserva como héroe.

Bajo el nombre de sacrificio se avizora una fuerza aniquilante en el destino de todo ser hablante, poniéndose en evidencia la división del sujeto contra sí mismo. El ideal apremia, como sometimiento que orienta a la muerte. Pero el sujeto no sólo desafía la muerte en los actos sino que también la convoca, encontrándose en la dimensión de la muerte el soporte de la osadía.

En un momento de la existencia, la guerra puede permitir hallarle fin a la vida, esto es, darle un motivo, una razón, una finalidad, pero también permite ponerle término, es decir, llevar la vida a su final. Es una posibilidad singular para el sujeto de entregar la vida y ofrendar hasta la muerte. Como dice un combatiente: “... *el atroz juego de la guerra es la caza de las cazas, el desafío de los desafíos, la apuesta de las apuestas. La caza del Hombre, el desafío de la muerte, la apuesta de la vida. Excesos que el verdadero soldado necesita*”.¹⁶

Según Freud, en el mundo de la ficción, como en el teatro, es donde hay “hombres que saben morir”¹⁷ y es únicamente allí donde se cumple, tras todos los avatares, las condiciones para reconciliarse con la muerte, esto es, que

¹⁵ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. *Op. Cit.*, p.300.

¹⁶ Oriana Fallaci, *Op. Cit.*

¹⁷ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. *Op. Cit.*, p.292.

reste intocable la vida. Freud mismo advierte que la guerra contraría la posibilidad de desmentir la muerte, pues ahí es donde la muerte deja de ser una contingencia, es decir, donde los hombres mueren realmente.¹⁸

Lacan permite situar la paradoja, bosquejada por Freud, al hablar de un “teatro de guerra”.¹⁹ Colocando de entrada a la guerra del lado de la ficción, da pie para explorar el desmentido donde el sujeto se juega su destino. Así, en tanto ficción, como puesta en escena del sujeto, podrá enunciarse la irrealidad de la guerra, en el desmentido de la muerte, contrapuesta a lo real de la guerra en el aniquilamiento de la vida.²⁰ En ese escenario donde puede recuperarse el sentido pleno de la vida, es donde los hombres saben morir.²¹ Queda entonces la posibilidad de descifrar la apuesta de un saber que implica la muerte, allí donde el sujeto va a jugarse su destino.

La guerra y su violencia

La guerra tiene en la violencia su apogeo, como un acto que se fragua en el encuentro sostenido de muchos. Allí la violencia pierde su arbitrariedad para instalarse como derecho, adjudicándose siempre una justificación. Pero, ya lo ha dicho Freud, no es una renuncia a la violencia, sino su recurso amparado en la causa y en el colectivo que la representa.²² Articulada al ideal, inscrita y regulada dentro de cierta reglamentación particular, el colectivo se autoriza para hacer ley, diluyendo la responsabilidad individual.

¹⁸ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. *Op. Cit.*

¹⁹ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”, en: *Uno por Uno*, Revista Mundial de Psicoanálisis. No. 40. Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994.

²⁰ Sigmund Freud. “De guerra y muerte. Temas de actualidad” *Op. Cit.*, p.299.

²¹ *Idem.*

²² Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”. *Op. Cit.*

En los actos de guerra no se mata, hay dados de baja a cuenta de un ideal de patria, revolución, religión, o etnia. Soslayando la responsabilidad subjetiva, ninguno responde por ello. Sólo está la causa que conmina; por eso, salvo en los casos que denuncian un “exceso” del exceso, no hay crimen ni criminal. La violencia propiamente queda del lado del otro, de la contraparte, al otro se le imputa y reprocha. Se está presto a denunciar sus actuaciones y a endilgarle la desmesura y la injusticia.

Como le fue obligante admitirlo a Freud, el empuje a destruir al enemigo, inherente a la conflagración bélica, no necesariamente se verá mediatizado por el grado de civilización de un conjunto social. El torbellino de la guerra ineluctablemente acaba envolviendo a todos, implicando no sólo a las partes abiertamente enfrentadas. Unos son partícipes con su arma empuñada, algunos con su inteligencia y su estrategia, otros con su eco exacerbante, unos con su mirada aterrada, y otros con su indiferencia y su silencio.

Por su parte, los combatientes y estrategias devienen en actores de horror y sufrimiento. Sus modalidades y recursos bien pueden acomodarse a las formas de los tiempos, a las innovaciones tecnológicas que van resguardando del contacto de los cuerpos y de las miradas encontradas. Pero esto no hace que las conflagraciones sean menos sangrientas y devastadoras.

Freud mismo señala el carácter trasgresor de las restricciones implicado en la guerra, la subversión de reglas morales y el levantamiento de prohibiciones, el desplazamiento de los límites, la reconfiguración de lo sagrado y lo profano. En la guerra se alteran las regulaciones éticas, se suprime el reproche y a la vez se instiga, configurando ese nuevo universo moral.

Cada guerra se delinea organizando sus límites, los límites de su exceso. Está regida por reglas de mayor o menor precisión y por un derecho formal o habitual que sofrena. Su ética soporta la ambivalencia del héroe que mata sin reparo, procediendo al sacrificio y al crimen. La legalidad propia de la guerra le autoriza, al igual que la legitimidad de su motivo, para decir luego de “el deber cumplido”.

La violencia que le es esencial a la guerra tiene como principal invitada a la muerte; a esto se orientan todos sus preparativos y estrategias. La guerra es derroche y ostentación, ocasión para la esplendidez; es emergencia de paroxismo y exaltación; provoca la insensibilidad del cuerpo y sus proezas. Logra estrechar los vínculos, la solidaridad y la cohesión y convoca al sacrificio. Es estética de ornamento, cantos, paradas, donde el combate mismo es espectáculo. Opera distrayendo de la cotidianidad, de la monotonía y de la responsabilidad. Introduce lo imprevisible y es fuente incomparable de emociones. Cabe advertir que todos estos son los atributos de la fiesta, tal como los señala Emile Durkheim.²³ Por su parte, la guerra instala en un escenario festivo deletéreo, pues la guerra es la fiesta de la muerte. Su celebración es su fin; realización que inevitablemente implica la hazaña estertórea que se regodea en el cuerpo.

A cuenta de una causa, colocada en el lugar de ideal, el otro, el semejante, pierde su posibilidad de existencia, en tanto adquiere estatuto de objeto degradado. En el rebajamiento, el otro deviene “objetivo militar”. Se convoca a la lucha descarnada que se recrea en la pletoría de los cuerpos, convite privilegiado de la pulsión donde el cuerpo hecho “carne de cañón” es puesto al goce en el paroxismo del combate. Se pone el cuerpo para que devenga vaciado de

²³ Es esta una reflexión introducida por Freud, pero que encuentra una mayor desarrollo en Gaston Bouthoul. *La guerra*. Barcelona, Oikos-Tau, 1971.

vida, retorno a su fragmentación en una horrorífica exhibición de órganos, de carne y de sangre.

Trascendiendo la dimensión especular propia de la rivalidad, la guerra es escena que atrapa la mirada en la magnificencia y obscenidad del destrozo, dando curso a lo pulsional en su vía escópica. En el punto subjetivo puede hallarse el aval en el derecho auspiciado por el discurso, pero ineluctablemente a cada uno compete su usufructo de goce.

Así, en la guerra el goce encuentra su posibilidad, en su carácter inefable, en su padecer subjetivo, inflexible y despiadado. Es ese el elemento incomputable en la batalla frente a cualquier pretendida estrategia militar. Como dice un combatiente sobre la guerra: “... *hay que verla para entender la atracción venenosa que ejerce sobre el hombre*”.²⁴ En su juego mortífero deja sus huellas de destrucción, de escombros y de fragmentación, como marcas imborrables. La guerra cuenta pero no se cuenta, en el sentido de lo indecible de lo real. Como acto de muerte, en su emoción y sufrimiento, es una aproximación a la muerte sin palabra, donde el vencedor acaba siendo un vencido de su goce.

En tanto conjunción privilegiada de las expresiones agresivas y violentas, en la guerra el sujeto se instala en un punto de lucha vital en el cual el juego de lo imaginario se anuda al ímpetu insistente y al sonido sordo de la pulsión; de ahí su fuerza potenciada.

La pulsión de muerte encuentra en la guerra su expresión insistente y humana del empuje vital y mortífero. Bien puede decirse con Freud, que la guerra ha puesto al descubierto la vida pulsional en su desnudez, no la de unos po-

²⁴ Oriana Fallaci. *Op. Cit.*

cos como excepción, sino la propia de todo sujeto.²⁵ Frente al empuje indomeñable de la pulsión de muerte, la guerra implica su reto. Inscrita en el orden simbólico, regulada siempre de alguna manera, en su legalidad y su ilegalidad, la guerra es a la vez exceso, expresando así su carácter paradójal. En el horizonte de toda guerra está la destrucción y la muerte; ese es su fin, en el sentido de su finalidad y también de su final.

La confrontación bélica tiene cierta posibilidad de acotamiento en tanto tenga como resorte al ideal. Soportada en un discurso que organiza su política, introduce elementos ordenadores, que a la vez implican cierta regulación. Pero, así como la política puede regular los excesos y apaciguar, también puede incitar, dando motivo a la desmesura.

Los avances de Lacan en la conceptualización del ideal del yo esclarecen su función de revestir al sujeto con las insignias del Otro. Su puesta en operación en la guerra permite dilucidarla como una ocasión en la cual el ideal se muestra en sus funciones más heterogéneas: el ideal enaltece y obnubila, es garante de fatuidad, soporte en la más extrema adversidad, cimiento del lazo social en la conformación de una intensa fraternidad, mediación dialéctica y, por lo tanto, competencia pacificante. Pero está también su otra cara, la del ideal que mata. Cuando el ideal deviene imperativo expone su cara mortífera, fascinación desafiante ante la muerte y desborde de energías pulsionales, voluntad caprichosa que incita a la destrucción y la muerte, cuya consecuencia más ostensiva es la tiranía, obligante a una devoción sin límite. Es el ideal jalonado por el superyo en su función de incitar, como seductor y gozante y, a la vez, interdictor. El ideal que exalta, sustentado en las insignias, tiene su envés de abnegación, de sacrificio, de comando deletéreo. Es ésta la dramática

²⁵ Sigmund Freud. "¿Por qué la guerra?". *Op. Cit.*

historia de la psicología de las masas, que en su efervescencia puede convocar al exterminio.²⁶

Más allá de toda idealización, en la guerra está la trampa del goce que cabe subrayarse como su envés. Es el tenaz desafío de un amo implacable que no conoce límites. En la guerra, su mandato conmina “mata”; y su eco resuena “muere”. Pero en lo esencial es el imperativo de goce, con su trasfondo aniquilante. Nada más arduo y penoso que la guerra y, a la vez, más seductor. Precisamente, en la guerra, la compulsión del imperativo converge con los desatinos del goce, como envite a la muerte y a la inmortalidad, que impele a las prácticas sacrificiales y al holocausto. Convocado y movilizado por la guerra, el sujeto se instala en su borde usufructuando el presunto poderío sin límite. Reivindicando una causa, la salda con sangre bordeando el riesgo de la devastación.²⁷

Así, en la perspectiva de la dimensión subjetiva, en la guerra, se descifran entreverados investimento y semblante, insignia y emblemática, dimensiones imaginaria y simbólica que, anudadas a lo real de la destrucción y el aniquilamiento, auguran al sujeto un aciago destino. Es ésta una apuesta que en su final resta como cicatriz.

De la guerra y su final

En términos generales, quizás sea propio decir con Lacan que la guerra compromete la “conquista de la razón”,²⁸ o mejor aún, habrá de hablarse de la razón conquistada. En los recodos del entramado significativo, en los contornos de lo imaginario y en los encuentros con lo real, el sujeto se halla implicado en la guerra. Como elección que hace des-

²⁶ María Clemencia Castro. *Del ideal y el goce*. Op. Cit.

²⁷ *Idem*.

²⁸ Jacques Lacan. “La psiquiatría inglesa y la guerra”. Op. Cit., p. 11.

tino en la vía sacrificial involucra al sujeto en su acto, en su cuerpo, en su goce. Es una apuesta que pone en juego la relación con el semejante, comprometiendo el vínculo social en la vía mortífera.

Así mismo, la guerra es la ocasión para desmistificar la formación militar respecto a la sombra del carácter sagrado del guerrero.²⁹ Para Lacan, los oscuros poderes del *superyó* se conjugan con los cobardes abandonos de la conciencia, llevando a una muerte por las causas menos humanas. De este modo, lo que se plantea como sacrificio no necesariamente es heroico.³⁰ Pero como expresión de su paradoja, siguiendo los aportes de Lacan es posible concluir que la guerra, ese círculo de encantamiento mortífero, es precisamente un prosenio para la escenificación a lo humano.

Precisamente, la guerra, independiente de la política que le sirve de argumento, muestra de manera desgarrada la atrocidad y la barbarie. Por lo mismo, cuando el ideal flaquea es posible entrever lo descarnado de la guerra impidiendo a muchos sostenerse en ella y obligando a dejarla. Cuando se torna familiar e íntima, cuando se la advierte como una forma de vida, puede hacerse insoportable porque ella misma entraña el destrozo, la fragmentación, la muerte. Así, su carácter ominoso, siniestro, puede augurarle su término. Es decir que la guerra puede encontrar en ella misma su final.

Para Freud, la guerra no es un medio particularmente apropiado para obtener una paz duradera, porque según él, la cohesión que se logra por la vía de la violencia se destaca por su fragilidad. De allí que a su interior anide la ocasión para reiniciar una nueva contienda.³¹

²⁹ Jacques Lacan. "La psiquiatría inglesa y la guerra". *Op. Cit.*

³⁰ *Idem.*

³¹ Sigmund Freud. "¿Por qué la guerra?". *Op. Cit.*

Confrontado con el hallazgo sobre la vida pulsional, Freud se resigna a lo vana e infructuosa que es la tentativa de eliminación de las tendencias agresivas de los hombres, es decir, a la constatación de que pretender la armonía humana no es más que una ilusión y una utopía.³²

Sus intentos por encontrar caminos para desviar la pulsión de su destino lo retornan a las paradojas de la subjetividad esclarecidas por su elaboración teórica, que dan cuenta inevitable de las aporías de lo social. Aún así, para Freud resta persistir en el intento, desde la cultura, de desviar la pulsión para que no halle en la guerra la ocasión de expresarse.

A Lacan el desenlace de la guerra lo llevan a preguntarse por las condiciones que puedan redundar en un punto de término. Frente a ello, ubica el meollo en el posicionamiento subjetivo implicado y en el requerimiento de un viaje que oriente a la posibilidad de un tratado.

Una negociación de paz requiere hacer del enemigo un interlocutor, cesando el engaño y logrando que prevalezca, dice Jacques Lacan, no la palabra de uno ni la del adversario, sino las proposiciones que se sitúan en un lugar tercero, el lugar de la convención significativa. Es decir, es una gestión que ha de inscribirse “en la relación con el Otro que garantiza la Buena Fe”.³³

Cabe advertir que enfrentar el final de la guerra o salir de ella, aún cuando sea una elección obligante desde la subjetividad, compromete para el sujeto renunciar a la postura y al discurso guerrero y con ello al enaltecimiento y al poderío que aúna formando colectivo. Implica abdicar de la

³² Sigmund Freud. “¿Por qué la guerra?”. *Op. Cit.*

³³ Jacques Lacan. “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en: *Escritos I*. México, Siglo XXI Ed., 1984, p.505.

omnipotencia y de la inmortalidad, renunciando a una vida que arrostra la muerte en el despliegue de su extrema intensidad. Es el ocaso del "héroe" desarmado de su causa mortífera y encarado al vacío.

Del desafío a la muerte se retorna a los cauces de la vida en su forma civil, al vínculo que encuentra en la ley su regulación, al retorno a la existencia que puede implicar una apuesta por la vida, a la búsqueda de nuevas vías del goce inscritas en los ofrecimientos de la época. Pero, en lo fundamental, compromete una emergencia subjetiva que se impone al sujeto, desgarrándolo de su pretendida integridad y enfrentándolo a su falta en ser. El agujero creado en la existencia, como encuentro con lo real, siempre es traumático e implica inexorablemente una quiebra de la consistencia del referente. En lo esencial, se trata de una pérdida subjetiva y sus efectos se evidencian en la tragedia de cada uno. Son los estragos a los que sucumbe aquel que durante un tiempo sólo ha sabido del oficio de la guerra, como trasfondo del drama que se inaugura cuando la contienda bélica termina o cuando ocurre el retiro de ella.

El sujeto se enfrenta también a las resonancias de la guerra sobre su cuerpo. El desinvertimiento del ideal con su apuesta mortífera compromete una devastación subjetiva que horada la integridad corpórea antes imaginada, exponiendo su rajadura. Es escritura que a modo de cicatriz traza una huella perenne.

Queda para cada uno, como nuevo desafío, la posibilidad de elaborar la pérdida en un tránsito que implica esencialmente su posición subjetiva. La subjetivación de la pérdida, es decir, elevarla a la categoría de falta, es la ocasión para suplementar con un nuevo trazo el universo simbólico. Transformando en legado la herencia que la pérdida presentifica se abre la vía para nuevos enlaces y reanuda-

mientos, “allí donde ya no encandila el brillo del objeto ni aplasta el peso de su sombra”.³⁴

Como acto subjetivo, este paso *intimo* compromete a uno por uno e ineluctablemente deja expuesto al conflicto. Eso contrasta con la ganancia social que pueda derivar de darle un final a la guerra. He ahí los retos que una sociedad habrá de sortear a la hora de pensar lo que de manera equívoca ha sido llamado el “post-conflicto”.

³⁴ Adriana Bauab. *Los tiempos del duelo*. Rosario, Homo Sapiens, 2001.

Bibliografía

- ALLOUCH, Jean. *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. México, Sitesa, 1998.
- ARENDT, Hannah. *Sobre la violencia*. México, Ed. Joaquín Motriz, 1970.
- AROCHA, Jaime, CUBIDES, Fernando y JIMENO, Gladys. *Las violencias: inclusión creciente*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Colección CES, 1998.
- BARUDY, Jorge y Otros. *Así buscamos rehacernos. Represión, exilio, trabajo psicosocial*. Bruselas, Colat, 1980.
- BAUAB, Adriana. *Los tiempos del duelo*. Rosario, Homo Sapiens, 2001.
- BETTELHEIM, Bruno. *El peso de una vida*. Barcelona, Ed. Crítica, 1991.
- BETTELHEIM, Bruno, "Liberarse de la mentalidad de gueto", en: *El peso de una vida*. Barcelona, Ed. Crítica, 1991.
- BETTELHEIM, Bruno. *Sobrevivir. El holocausto, una generación después*. Barcelona, Grijalbo, 1981.
- BICECCI, Mirta. "El cuerpo y el lenguaje", en: Nestor Braunstein. *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. México, Siglo XXI Ed.

- BLAIR, Elsa. "El espectáculo del dolor, e sufrimiento y la crueldad," en: *Controversia*. No. 178, mayo, 2001.
- BOUTHOU, Gaston. *La guerra*. Barcelona, Oikos-Tau, 1971.
- BRODSKY, Graciela, COHEN, Fanny y Otros. *Acerca de la "ética del psicoanálisis"*. Buenos Aires, Manantial, 1990.
- CARDONA, Dora Stella, PARRA, Orlando y CURREA, Víctor. *Memoria de los olvidados*. Bogotá, Fondo Editorial para la Paz-Fundación Progresar, 1994.
- CASTRO, María Clemencia. "Comentario 'Del psicoanálisis y la violencia'", en: *Balance de los estudios sobre Violencia en Antioquia*. Medellín, Municipio de Medellín y Universidad de Antioquia, 2000.
- CASTRO, María Clemencia. *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá, D.C., Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2001.
- CASTRO, María Clemencia. "El fin de la guerra", *Affectio Societatis*, No 4, Revista electrónica del Departamento de Psicoanálisis. Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- CASTRO, María Clemencia. "Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra", en: *Desde el Jardín de Freud*, No. 2. Revista de la Escuela de Psicoanálisis y Cultura. Bogotá, D.C., Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2002.
- CASTRO, María Clemencia. "Jóvenes guerreros: elecciones, pasajes y pasos", en: Bello, Martha Nubia y Ruiz, Sandra (Ed.). *Conflicto armado, niñez y juventud. Una perspectiva psicosocial*. Bogotá, D.C., Universidad Nacional de Colombia y Fundación Dos Mundos, 2002.

- CASTRO, María Clemencia. "La guerra, más allá de la vida y la muerte", *Affectio Societatis*, No. 5. Revista electrónica del Departamento de Psicoanálisis. Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- CASTRO, María Clemencia y DÍAZ, Carmen Lucía. *El goce y el cuerpo: su anudamiento en la violencia y la guerra*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, proyecto de investigación en curso.
- CASTRO, María Clemencia y DÍAZ, Carmen Lucía. *Guerrilla, reinserción y lazo social*. Bogotá, Almudena, 1997.
- CEVASCO, Rithée y ZAFIROPOULOS, Markos. "Odio y segregación. Perspectiva psicoanalítica de una oscura pasión", en: *Freudiana*, No. 17. Revista de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Catalunya, 1996.
- CLAUSEWITZ, Karl von. *De la guerra*. Barcelona, Labor, 1992.
- CHEMAMA, Roland (Dir.). *Diccionario de psicoanálisis. Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu, 1996.
- CONTÉ, Claude; LACAN, Jacques; FALADÉ, Solange y Otros. *Actas de la Escuela Freudiana de París. VII Congreso, Roma, 1974*. Barcelona, Petrel, 1980.
- COROMINAS, Joan. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos, 1983.
- CUERVO, R. J. *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA. Universidad Nacional de Colombia *Revista Colombiana de Psicología. Agresividad, violencia y ley*. No. 2. Bogotá, 1993.

DIAZ, Carmen Lucía. "Deletreando la violencia", en: *Desde el Jardín de Freud*. No. 1. Revista de la Escuela de Psicoanálisis y Cultura. Bogotá, D.C., Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2001.

DIAZ, Carmen Lucía. "En torno al síntoma y al padre. ¿Es la violencia colombiana un síntoma social?", *Revista Colombiana de Psicología. Psicoanálisis y salud*. No. 9. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Psicología, 2000.

ESCUELA DE LA ORIENTACIÓN LACANIANA. *El Caldero de la Escuela. El peso de los ideales*. VII jornadas anuales de la EOL. No. 63. Buenos Aires, EOL, octubre 1998.

ESCUELA DE LA ORIENTACIÓN LACANIANA. *El peso de los ideales*. Colección Orientación Lacaniana. Buenos Aires, EOL-Paidós, 1999.

FALLACI, Oriana. *Inshallah*. Buenos Aires, Emecé Ed., 1990.

FORNARI, Franco. *Psychanalyse de la situation atomique*. Paris, Gallimard, 1969.

FREUD, Sigmund. "Antisemitismo en Inglaterra", en: *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

FREUD, Sigmund, "Comentario sobre antisemitismo", en: *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

FREUD, Sigmund. "De guerra y muerte. Temas de actualidad", en: *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

FREUD, Sigmund. "El malestar en la cultura", en: *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

FREUD, Sigmund. "El porvenir de una ilusión", en: *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

- FREUD, Sigmund. "Inhibición, síntoma y angustia", en: *Obras Completas*, Tomo XX. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "Introducción al narcisismo", en: *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "Las pulsiones y sus destinos", en: *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "Lo ominoso". *Obras Completas*. Tomo XVII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "Más allá del principio del placer". *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "¿Por qué la guerra?", en: *Obras Completas*, Tomo XXII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "Psicología de las masas y análisis del yo", en: *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- FREUD, Sigmund. "16° Conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría. Conferencias de introducción al psicoanálisis", en *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- GALLO, Hector, y CÉSPEDES, Gerardo. "Estado del arte de los estudios sobre violencia y subjetividad", en: *Balance de los estudios sobre Violencia en Antioquia*. Medellín, Municipio de Medellín y Universidad de Antioquia, 2000.
- GALLO, Héctor; ZULUAGA, Beatriz; y Otros. "De la agresividad a la pulsión de muerte", en: MILLER, Jacques-Alain; SOLER, Colette; LAURENT, Eric y Otros. *Agresividad y pulsión de muerte*. Medellín, Fundación del Campo Freudiano, 1991.

GEREZ-ALBERTIN, Martha. *Las voces de superyo*. Buenos Aires, Manantial, 1993.

GIRARD, René. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1995.

GLOVER, Edward. *War, Sadism, and Pacifism*. London, Allen & Unwin, 1933.

GLUCKSMANN, André. *El discurso de la Guerra*. Barcelona, Anagrama, 1969.

GRANDSAIGNES d'HAUTERIVE, R. *Dictionnaire de raciness des langues européennes*. Paris, Librarie Larousse, 1948.

GRAVE, Vera. *Razones de vida*. Bogotá, Planeta, 2000.

GRINBERG, León y GRINBERG, Rebeca. *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.

IGNATIEFF, Michael. *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Madrid, Taurus, 1999.

INSTITUTO DEL CAMPO FREUDIANO Y CENTRO INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DEL NIÑO (CIEN), *La clínica frente a la segregación*, Barcelona, EOLIA, 1998.

KANT, Immanuel. *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. Madrid, Tecnos, 1987.

KAUFMANN, Pierre (Dir.). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*. Buenos Aires, Paidós, 1996.

KEEGAN, John. *Historia de la guerra*. Barcelona, Planeta, 1995.

KOYEVE, Alexandre. *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Buenos Aires, Pleyade, (s.f.)

KUNDERA, Milan. *La inmortalidad*. Barcelona, Tusquets, 2000.

LACAN, Jacques. "De un designio", en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "Del sujeto por fin cuestionado", en: *Escritos 1*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en: *Escritos 1*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "El psicoanálisis y su enseñanza", en: *Escritos 1*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma", en: *Escritos 1*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud", en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología", en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "Juventud de Gide, o de la letra y el deseo", en: *Escritos 2*. México, Siglo XXI Ed., 1985.

LACAN, Jacques. "Kant con Sade", en: *Escritos 2*. México, Siglo XXI, 1985.

LACAN, Jacques. "La agresividad en psicoanálisis", en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis", en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. *La familia*. Buenos Aires, Homo Sapiens, 1977.

LACAN, Jacques. La instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud, en: *Escritos 1*. México, Siglo XXI Ed., 1984.

LACAN, Jacques. "La psiquiatría inglesa y la guerra", en: *Uno por Uno*. Revista Mundial de Psicoanálisis. No. 40. Buenos Aires, EOLIA-Paidós, 1994.

LACAN, Jacques. *Le Séminaire. Livre 5. Les formations de l'inconscient*. Paris, Seul, 1998.

LACAN, Jacques. *Seminario 0. El mito individual del neurótico. (El hombre de las ratas)*. 1953. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Paidós, 1981.

LACAN, Jacques. *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós, 1984.

LACAN, Jacques. *Seminario 3. Las psicosis*. Barcelona, Paidós, 1985.

LACAN, Jacques. *Seminario 4. La relación de objeto*. Barcelona, Paidós, 1994.

LACAN, Jacques. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Paidós, 1999.

LACAN, Jacques. *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1988.

LACAN, Jacques. *Seminario 8. La transferencia*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 10. La angustia*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 10 Bis. Los nombres del padre*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1989.

LACAN, Jacques. *Seminario 15. El acto psicoanalítico*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 16. De un otro al otro*. 1969. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1992.

LACAN, Jacques. *Seminario 18. De un discurso que no sería de apariencia*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 20. Aún*. Buenos Aires, Paidós, 1985.

LACAN, Jacques. *Seminario 21. Los incautos no yerran. (Los nombres del padre)*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 22. RSI*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 23. El síntoma*. Inédito.

LACAN, Jacques. *Seminario 24. lo no sabido que sabe de una equivocación se ampara en la morra*. Inédito.

LACAN, Jacques. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo freudiano", en: *Escritos 2*. México, Siglo XXI Ed., 1985.

LAPLACHE, Jean y PONTALIS, Jean Bertrand. *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, Labor, 1983.

LAURENT, Eric. *Las paradojas de la identificación*. Buenos Aires, EOL-Paidós, 1999.

LOWENSTEIN, Alicia y SALMAN, Silvia. "Apuntes sobre el odio", en: Fundación del Campo Freudiano en Argentina. *Perversión y vida amorosa*. Buenos Aires, Manantial, 1990.

MAZZUCA, Roberto. "La segregación y las agrupaciones de analistas", en: Laurente, Eric. *Lacan y los discursos*. Buenos Aires, Manantial, 1992.

MESA, Clara Cecilia. "¿Qué ilusiones para el porvenir", en: *Jóvenes, bandas y actos delictivos*. Medellín, Asociación de Foros del campo Lacaniano en Colombia, 1999.

MICHAUD, Ives. *Violencia y la política*. Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

MILLER, Jacques-Alain. *El banquete de los analistas*. Buenos Aires, Paidós, 2000.

MILLER, Jacques-Alain. *Elucidación de Lacan. Charlas brasileñas*. Buenos Aires, EOL-Paidós, 1998.

MILLER, Jacques-Alain. *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*. Buenos Aires, Paidós, 2000.

- MILLER, Jacques-Alain. *Los signos del goce*. Buenos Aires, Paidós, 1998.
- MILLER, Jacques-Alain. *Polí(e)tica*. Cuadernos Europeos de Psicoanálisis. No. 13, 1996.
- MILLER, Jacques-Alain. *Recorrido de Lacan. Ocho conferencias*. Buenos Aires, Manantial, 1986.
- MILLER, Jacques-Alain; SOLER, Colette; LAURENT, Eric y Otros. *Agresividad y pulsión de muerte*. Medellín, Fundación del Campo Freudiano, 1991.
- MILMANIENE, José. *El goce y la ley*. Buenos Aires, Paidós, 1995.
- MILMANIENE, José. *El holocausto. Una lectura psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós, 1996.
- MOLINER, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 1994.
- MUÑOZ, Aleida. "El quite a la muerte o la ilusión de paz como síntoma", en: *Revista Colombiana de Psicología. Agresividad, violencia y ley*. No. 2. Bogotá, Departamento de Psicología, Universidad Nacional de Colombia, 1993.
- MUÑOZ, Antonio. *Ardor guerrero*. Madrid, Alfaguara, 1995.
- OÑATIVIA, Javier. "El ideal del yo y el superyo", en: *Cuadernos Europeos de Psicoanálisis*. No. 13. Barcelona, Asociación del País Vasco de la escuela Europea de Psicoanálisis del Campo Freudiano.
- ORTIZ, Carlos Miguel. "Historiografía de la violencia", en: *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol 1. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

- PALACIO, Luis Fernando. "Sujeto, acto y responsabilidad", en: Hincapié, Carmenza, Zuluaga, Beatriz, y Otros. *Letrazas. Jóvenes, bandas y transgresiones*. Cuadernos del Campo Lacaniano en Bogotá, septiembre, 2000.
- PECAUT, Daniel, "De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano", en: *Controversia*, segunda etapa, No. 171. Bogotá, diciembre, 1997.
- PECAUT, Daniel. "De las violencias a la violencia", en: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (comp.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Santafé de Bogotá, Cerec, 1995.
- PECAUT, Daniel. *Orden y violencia*. Santafé de Bogotá, Norma, 2001.
- PEREZ, Juan Fernando. "En torno a la noción de violencia", en: Giraldo, Carlos Alberto, González, Julio y Otros. *Rasgando velos. Ensayos sobre la violencia en Medellín*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1993.
- RAMÍREZ, Marcela. "El sujeto ante el duelo", en: *Post Data*, Bogotá, Aldabón, septiembre, 1999.
- RAMÍREZ, Mario Elkin. *Aporías de la cultura contemporánea*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*. Madrid, Espasa Calpe, 1994.
- ROLDAN, Carolina. "El ocaso de los ideales", en: Instituto Jorge Robledo. *¿Adolescencia o adolescencias? Representaciones y contextos*. Medellín, 2000.
- ROLDAN, Ciro. "Génesis del vínculo entre cultura y violencia", en: *Revista Colombiana de Psicología. Agresividad, violencia y ley*. No. 2. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Psicología, 1993.

- ROBERT, Paul. *Le nouveau petit Robert dictionnaire de la langue française*. Paris, Dictionnaires Le Robert, 1995.
- ROUDINESCO, Elisabeth. *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- ROUDINESCO, Elisabeth y PLON, Michael. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1998.
- SAFOUAN, Moustapha, *La palabra o la muerte ¿Cómo es posible una sociedad humana?*, Buenos Aires, Ed. La Flor, 1994.
- SANMIGUEL, Pio. "Consideraciones previas al estudio de la violencia", en: *Revista Colombiana de Psicología. Agresividad, violencia y ley*. No. 2. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Psicología, 1993.
- SILLS, David (Director). *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*. Madrid, Aguilar, 1977 (ed. original, 1968).
- SOLER, Colette. El cuerpo en la enseñanza de Lacan, en: *Traducciones 1*. Medellín, Fundación Freudiana de Medellín, 1988.
- SOLER, Colette. "El Otro, hoy. Entrevista con Colette Soler sobre el racismo", en: *Freudiana*. Barcelona, Revista de la Escuela de Psicoanálisis de Catalunya, 1991.
- VASQUEZ, María Eugenia. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000.
- VIGNI, Alfredo. *Grandeza y servidumbre militar*. Madrid, Espasa-Calpe, 1962.
- VILLAMIZAR, Darío. *Un adiós a la guerra*. Santafé de Bogotá, Planeta, 1995.

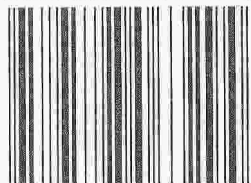
VILLARRAGA, Alvaro y PLAZAS, Nelson. *Para reconstruir los sueños (Una historia del EPL)*. Santafé de Bogotá, Fondo Editorial para la Paz-Fundación Progresar, 1995.

WALDMANN, Peter. "La insospechada fecundidad de la violencia", en: *Revista Colombiana de Psicología. Agresividad, violencia y ley*. No. 2. Bogotá, Departamento de Psicología, Universidad Nacional de Colombia, 1993.

ZAFIROPOULOS, Markos y ASSOUN, Paul-Laurent, *La haine, la jouissance et la loi*. Paris, Anthropos, 1995.

ZULUAGA, Beatriz y Otros. *La desaparición, su lógica y sus consecuencias*. Medellín, Asociación de Foros del Campo Freudiano en Colombia, 2000.

ISBN 958-8063-29-9

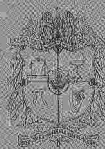


9 789588 063294 >

Con esta obra la autora nos invita a realizar un recorrido que toma dos vías distintas cuyas diferencias y particularidades están determinadas por los conceptos a examinar: la violencia y la guerra.

El abordaje de la noción de violencia desde la etimología en diferentes lenguas y el rastreo de su devenir en las Ciencias Sociales y en el Psicoanálisis permite resaltar algunos puntos esenciales, develando el carácter paradójico que encierra esta dimensión de lo humano: 1. La violencia como fundamento constante de lo social formado por dos realidades opuestas: la fuerza de la destrucción y la fuerza del empuje vital, dimensiones inseparables pero con posibilidad de disociarse o de arrear uno de sus extremos, situándose el mayor estrago en el sujeto o en lo social cuando se intensifica la dimensión aniquiladora. 2. La violencia referida a la fuerza que mantiene el ordenamiento de lo humano, al poder regulador de la Ley y de los pactos y, de igual modo, a su transgresión, implicando ante todo la profanación “del vínculo social, de lo sexual, del cuerpo y de lo sacro”. 3. La presencia permanente de algunos elementos que constituyen un nudo: “el significante, el acto y la huella”, a los cuales puede agregárseles “el sentido”, elementos que en su articulación permiten hablar de un nudo borromeo de la violencia. El significante introduce la dimensión simbólica de la violencia; el acto y la huella dan cuenta del movimiento y de los efectos en lo real del cuerpo de un sujeto o del cuerpo social; y el sentido despliega el carácter imaginario en juego. Estos son aspectos que a la vez se entrelazan con el goce, real siempre presente en esos actos, y con el Otro en su faz ordenadora, pero también en su faz mortífera que se escapa al mandato pacificante.

La autora explicita algunos de los elementos fundamentales que definen y caracterizan la guerra, reconociéndola como una actividad exclusivamente humana que busca resolver conflictos a través de un intercambio en lo real, exacerbado de violencia, es decir, repleto de transgresiones, de destrucción, de exceso, de actos de profanación y de barbarie, implicando el cuerpo, el derramamiento de sangre y la muerte.



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

Carmen Lucía Díaz L.

Psicoanalista
Profesora de la Escuela de Estudios
en Psicoanálisis y Cultura
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia